

EL TESORO DE LOS ESPÍRITAS



Miguel Vives

Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espírita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espírita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespirita.org



www.ebookespirita.org

Miguel Vives

**El Tesoro
de los
Espíritas**

GUÍA PRÁCTICA DEL ESPIRITISTA

INTRODUCCIÓN, NOTAS Y COMPLEMENTOS

DEL

Hermano Saulo

Esta edición contiene la traducción al castellano* del libro *O Tesouro dos Espíritas*, por el Irmão Saulo (Hermano Saulo), pseudónimo utilizado por J. Herculano Pires.

O Tesouro dos Espíritas fue originalmente una traducción al portugués, realizada por J. Herculano Pires, del libro *Guía Práctica del Espiritista* de Miguel Vives, que incluye una segunda parte complementaria del Hermano Saulo.

*Para la primera parte se han cotejado diversas ediciones (1872-1904) en castellano de la obra original *Guía Práctica del Espiritista*, fusionadas con algunas de las mejoras del traductor al portugués, que, según sus propias palabras, tuvo la inspiración del propio Miguel Vives. Para la segunda parte se ha utilizado la traducción de *Marcha para o Futuro*, que llevó a cabo Rafael González Molina, revisada y corregida en la presente edición.

© Copyright Salvador Martín por la revisión, adaptación y obra derivada

© Copyright de esta edición cursoespirita.com & libroespirita.es

<https://cursoespirita.com>

info@cursoespirita.com

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, sin permiso por escrito del editor, al amparo de la legislación vigente en materia de propiedad intelectual.

1ª Edición, octubre 2018

ISBN: 9781728723105

En agradecimiento a todos los que colaboraron en las ediciones anteriores de este libro, y particularmente a los que me ayudaron a ser espírita.

Rafael González Molina

El libro noble es un maestro silencioso que enseña sin que se le pague.

Batuíra

Sonría siempre, aunque sea una sonrisa triste, porque más triste que una sonrisa triste es la tristeza de no saber sonreír.

Emmanuel

A los espíritas de España

*Que hoy viven en el subsuelo, como los cristianos primitivos en las catacumbas, el homenaje brasileño de esta reedición de las lecciones de Miguel Vives, el médium, el vidente y el profeta de Tarrasa; con el complemento: "Marcha para el futuro", del autor **Hermano Saulo**¹.*

¹ *Hermano Saulo* fue el pseudónimo que utilizaba J. Herculano Pires, cuando era articulista del *Estado de São Paulo*.

ÍNDICE

DEDICATORIAS

DE ESTA EDICIÓN	9
DE LA EDICIÓN DE 1975	10
UN TESORO DE LUZ	13
MORAL ESPÍRITA	17
CALVARIO ESPÍRITA	19

PRIMERA PARTE

GUÍA PRÁCTICA DEL ESPIRITISTA	21
PREFACIO DEL AUTOR	23
EL ESPIRITISTA ANTE DIOS	29
EL ESPIRITISTA ANTE EL SEÑOR Y MAESTRO	37
ENTRE LOS HERMANOS Y EN LOS CENTROS ESPIRITISTAS	45
EL ESPIRITISTA ANTE LA HUMANIDAD	55
EL ESPIRITISTA ENTRE LA FAMILIA	61

EL ESPIRITISTA ANTE SÍ MISMO	67
EL ESPIRITISTA ANTE LOS SUFRIMIENTOS Y DOLORES DE LA VIDA	75
¿CÓMO DEBEN SER LOS CENTROS ESPIRITISTAS?	79
ANTE LAS TENTACIONES	89
EL TESORO DE LOS ESPÍRITAS	101
CONCLUSIÓN	113
VIDENCIA	115

SEGUNDA PARTE

MARCHA PARA EL FUTURO	117
HERMANO SAULO	117
EL ESPÍRITA ANTE LA DOCTRINA	119
EL ESPÍRITA ANTE LAS RELIGIONES	125
EL ESPÍRITA Y LA CULTURA	131
EL ESPÍRITA Y LA POLÍTICA	137
EL ESPÍRITA Y LA CUESTIÓN SEXUAL	143
EL ESPÍRITA Y EL MUNDO ACTUAL	151
EL PROFETA DE TARRASA	157

DEDICATORIAS

De esta edición

Esta edición está dedicada a Juan Martín, mi progenitor en esta existencia, dedicado espiritista y médium manchego, que tantas veces leyó y releyó este libro, hasta el punto que la muerte le sorprendió con él en las manos. Mientras un infarto interrumpía definitivamente los latidos de aquel corazón generoso y a su espíritu se le abrían las puertas del infinito, su cuerpo ya inmóvil, sin caerse de la silla en la que reposaba, agarraba firmemente **El Tesoro de los Espíritas**.

Quiero también agradecer a Rafael González Molina por ser el artífice y traductor de aquella edición de 1975, y a sus hijos por la autorización que han tenido a bien concederme para la edición presente.

Salvador Martín

En un lugar de la Mancha, 10 de octubre de 2018

De la edición de 1975

En este pequeño libro, de su compatriota y cristiano, allende su salutar lectura, estará también mi corazón.

Amigo, Rafael, cada vez que toques en este libro, pueda él recordarte de los días felices que pasamos juntos en nuestro querido «Hermano X».

Con nostalgia, cariño y respeto.

¡Dios os guarde!

Tu amigo, **Sergio Pelli**

São Paulo, 5 de julio de 1968

Cuando este pequeño libro llegó a mis manos, enviado por un hermano muy querido de Brasil, yo me encontraba pasando por una situación caóticamente aflictiva. Mi desesperación era desmesuradamente ostensible en aquellos tiempos. La ausencia de contacto con Grupos Espiritistas me causaba gran desdicha. Mi búsqueda en pos de consuelo espiritual, mi inactividad en el referido campo, al que había dedicado parte de mi vida en tierras lejanas, producía intranquilidad inusitada en mi ser, hasta el punto de quedar al borde del desequilibrio psíquico. Y es que me llegó **El Tesoro de los Espíritas**, su dedicatoria ya fue algo que me

conmovió ostensiblemente. Todavía existían almas que se acordaban de mí..., ¡y de qué manera! La lectura del mismo fue un bálsamo eficacísimo para mi mente conturbada y mi corazón extenuado por el dolor.

Tengo leído este libro por más de media docena de veces en su íntegra, y parcialmente un número desorbitado de ocasiones que he consultado alguno de sus capítulos, procurando consuelo para mi corazón amargado. Gracias al contacto casi permanente con las enseñanzas de Miguel Vives, mi mente se fue calmando, el corazón volvió a su ritmo acompasado, la serenidad se convirtió normativa de mis actos y los emprendimientos espirituales surgieron de mí; dejé de buscar el fruto en otros huertos, ajenos muchas veces al sabor Divino, y empecé a sembrar con mis propios recursos la semilla procedente de Dios y que Él proporciona a los amantes del Evangelio de Cristo.

Hoy estoy nuevamente en la brecha y mantengo una actividad constante en la Huerta que el Señor tuvo a bien concederme, y soy más feliz, pues la cosecha comienza a dar sus frutos, con lo que de rebote voy enriqueciéndome en espiritualidad.

Por eso, decidí hacer esta traducción al español de este libro que nació en nuestra España, de la pluma de Miguel Vives; desapareció en ella; reapareció, en un homenaje a «los sufridos espíritas españoles», en Brasil, por medio del esfuerzo del dedicado y esclarecido Hermano Saulo, y hoy vuelve al castellano en una apoteosis pletórica de felicidad y luz, brindando a nuestros hermanos y lectores la oportunidad de, a través de su examen, llegar a conocer el Tesoro que se desprende de sus enseñanzas.

Al hacer su conversión al castellano, he tratado de respetar al máximo el estilo literal de la traducción al portugués, ya que desconozco el original en castellano (pues si lo conociese, no habría caso para su traducción); por otra parte, creo sinceramente que el texto es legible, comprensible y elucidario en todos sus términos y exposiciones.

Por último, quiero rendir mi homenaje al traductor Hermano Saulo, pues merced a su bello trabajo, enriquecido con su aportación adicional que, también respetamos y traducimos brindándosela al lector amigo, tuvimos la oportunidad de llevar adelante y sacar a la luz un espléndido trabajo espiritual que estaba inédito para los nuevos espíritas de ahora. También homenajeamos al hermano Sergio que nos proporcionó el ejemplar en portugués, con la inserción de su dedicatoria en el mismo y que dio lugar al resurgir en nuestra lengua de **El Tesoro de los Espíritas**, a mi reencuentro conmigo mismo y, por consiguiente, con la Doctrina Espírita. Ofrezco mismos términos de la dedicatoria a todos los hermanos que acepten leer este libro.

Rafael González Molina¹

Madrid, 18 de septiembre de 1975

¹ Responsable por la traducción del portugués y la coordinación de aquella edición. Rafael González Molina promovió la unificación del movimiento espírita en España en aquella difícil época. Entre sus numerosos servicios a la causa espírita fundó y presidió la Asociación Espírita Española y la Federación Espírita Española, así como el Consejo Espírita Internacional. (Nota de Salvador Martín)

UN TESORO DE LUZ

Las riquezas de la Tierra son perecibles, como nos enseña el Evangelio de Jesús, Pero existe una riqueza que nada le puede afectar ni nadie puede destruir: la riqueza del cielo, que podemos y debemos construir en nuestra alma. Esa riqueza está en nuestras manos. No se encuentra en el subsuelo, ni en las profundidades de los ríos o de los mares. No precisamos buscarla en cosas exteriores. Miguel Vives, el notable médium español, que escribió este pequeño libro, nos advierte bajo la inspiración de los Buenos Espíritus que le guiaran durante su vida espírita: «Los espiritistas tenemos un tesoro en nuestras manos».

Extremadamente modesto, Miguel Vives dio a su libro un título sencillo: **Guía práctica del espiritista.**

Con este título, el pequeño tesoro de experiencias, de profunda vivencia espírita y de elevada inspiración, que él compuso, fue publicado por Carbonell y Esteban, en Barcelona. La segunda edición, notablemente aumentada y corregida, es la que sirvió para esta versión brasileña. Hicimos todo para que este librito, pueda producir, en nuestra lengua y en nuestra tierra, los mismos frutos de luz que produjo, en la sufrida tierra española.

La traducción, a pesar de ser hecha de una lengua hermana —y más aún, de la lengua—madre que es para nosotros el castellano—, no

fue nada fácil. Miguel Vives escribió estas páginas con la sencillez del espírita que habla a sus hermanos, en el más puro lenguaje popular. Nada de cuidados estilísticos, de preciosismos, de artificios de índole alguna. Escribió claro y preciso. Pero todo eso para su gente, en el lenguaje barcelonés de Tarrasa, el pequeño pero activo centro textil de la provincia de Barcelona. Tuvimos, por eso, que esforzamos para mantener un difícil equilibrio, en la doble fidelidad al espíritu y a la letra.

Es ciertamente, por ese motivo, que el libro de Vives no ha tenido las traducciones que merece. Por otro lado, los propios títulos de los capítulos son demasiado extensos, como se usaba antiguamente. Los simplificamos, sin quitarles o disminuirles el sentido. Otro problema: el tono de conversación personal, con períodos demasiado largos, a veces elípticos, repitiendo palabras y expresiones. Los reducimos a periodos cortos y precisos, de expresión directa en el lenguaje moderno, procurando cuanto posible no quitarles el sabor de confesión y hasta incluso de monólogo íntimo. Fue muy difícil hacer todo eso. Pensábamos gastar unos diez días en la versión, y se prolongó hasta un mes.

Son así los tesoros ocultos. No los alcanzamos con facilidad. Es preciso coraje, audacia y trabajo para descubrirlos y sacarlos a la luz. Pedimos fuerzas a Dios y estamos convencidos de haber conseguido lo que deseábamos. El librito de Vives aquí está, en su humildad y en su esplendor. Es verdad que lo reescribimos en portugués, mas nuestro trabajo fue apenas el del sastre que hace una ropa nueva para un bello cuerpo. No modificamos la anatomía del cliente: apenas lo vestimos, y lo hemos hecho con el mayor cariño y el mayor respeto por su perfección física y espiritual.

El título **El Tesoro de los Espíritas**, que damos al volumen en portugués, no fue de nuestra invención. Lo encontramos en el propio texto de Vives, y el lector se reencontrará con él en el capítulo noveno. Claro, que el tesoro no es el libro. Vives se refiere a la Doctrina Espírita. Pocos de nosotros conseguimos comprender, hasta ahora, el tesoro que tenemos en las manos. Vives nos descubre eso. Entendemos no haya mejor título, ni más acertado, para este librito que nos guía a la verdadera comprensión doctrinaria. Aparte de eso, Vives nos muestra, con el ejemplo de su vida, cómo haremos del Espiritismo nuestro tesoro inalienable.

MORAL ESPÍRITA

Los adversarios del Espiritismo —que, de acuerdo con la regla más antigua, no lo conocen— acostumbran decir que no tenemos un sistema de moral. Eso, cuando no nos acusan simplemente de inmoralidad. Nuestra respuesta es la Codificación Doctrinaria. Y en ella, además de las Leyes Morales de *El Libro de los Espíritus*, ese código del más puro espíritu cristiano, que es *El Evangelio según el Espiritismo*. Miguel Vives menciona este último, en su trabajo sobre las reglas de la vida espírita. Mucho más que eso, sin embargo, nos enseña cómo aplicar los principios evangélicos a una conducta espírita.

La moral espírita resplandece en estas páginas, en toda su pureza cristiana. Quien lea este libro, y aplique a la vida sus principios, hará en sí mismo aquella reforma que, para Kardec, es la única y verdadera característica del verdadero espírita. Vives, entretanto, no es un teórico. Él declara, enseguida, en la primera línea: *No soy escritor, pero soy médium*. Para los legos, eso no tendrá un significado mayor. Para los espíritas, entre tanto, eso quiere decir que Vives está escribiendo sobre cuestiones que enfrentó en la vida, sobre problemas que vivió.

Ahí está el mayor valor de este libro. Él nos da el ejemplo de la vivencia espírita. Fundador del *Centro Espírita Fraternidad Humana*, de Tarrasa, Miguel Vives lo presidió durante treinta años. Ejerció la mediumnidad y militó en la propaganda doctrinaria. Desde que se

volvió espírita, su vida se convirtió en un apostolado. Muchas de sus páginas nos recuerdan la figura del apóstol Pablo: son páginas epistolares, dirigidas a las asambleas cristianas de los primeros tiempos. En otras, él es el oscuro y humilde Ananías, que a través de la oración y del pase arranca las escamas de los ojos de Pablo.

La moral espírita, como la del cristianismo primitivo, no se constituye apenas de preceptos, de reglas, ni de principios normativos. Hay una técnica moral, que se fundamenta en el conocimiento de las leyes morales. Vives compara la salud física a la salud moral, para mostrar que somos criaturas sujetas a influencias de dos especies: las que provienen del medio físico y las que provienen del medio espiritual. Indica como las influencias psíquicas nos envuelven, y cómo penetran nuestra mente, cómo invaden nuestro psiquismo, como dominan a nuestro espíritu. Y enseña cómo enfrentarlas, soportarlas y vencerlas. Hoy, más que nunca, este librito de Miguel Vives precisa ser leído y releído, estudiado, cargado en el bolsillo, para consultas constantes.

A la manera del propio Cristo, que para él es siempre «Señor y Maestro», el autor de esta Guía nos ofrece la regla moral y el ejemplo de la práctica moral. Él mismo es un modelo de lo que enseña. Indícanos el Modelo Supremo, que es Jesús —como *El Libro de los Espíritus* nos lo indica— pero nos ayuda también con su propio ejemplo. Vemos aquí, a través de la vida del autor, cómo el espírita debe enfrentar sus problemas, en todas las circunstancias de la existencia.

CALVARIO ESPÍRITA

El Calvario cristiano estaba en Palestina. El Calvario espírita está en España. Miguel Vives presintió, con su sensibilidad mediúmnica, la aproximación de la tragedia española. Las palabras que dirige, en el final de este volumen, a la Juventud Espírita de España son proféticas. Él prevé los dolores, los sufrimientos, la asfixia que va a caer sobre los que profesan el Espiritismo en tierras españolas. Y enseña, aconseja, advierte: «¡Confiemos en Él, Juventud Espírita, y no desmayemos en el camino!».

Joaquín Rovira Fradera, Miguel Vives, José Hernández, Amalia Domingos Soler: son unos pocos nombres que nos recuerdan la España Espírita. Después del Auto de Fe de Barcelona, en el que los libros de Kardec ardieron en las llamas inquisitoriales, el Espiritismo floreció en Cataluña e invadió todo el país. Grandes nombres brillaron en la tierra, como respuestas de luz a las estrellas del cielo. Mas la noche llegó de nuevo, la noche de plomo de la Inquisición, sin estrellas y sin luces terrenas. Este libro es una centella que escapó de las tinieblas, y que nos da el testimonio de la España espírita.

No importa el dominio pasajero de las tinieblas. El suelo de Barcelona está sembrado de luces. Las vidas espíritas que allí se apagaron volverán a brillar. Las simientes de luz no mueren en las tinieblas. ¿No fue de las tinieblas del Calvario que las luces del Cristianismo subieron para los cielos de todo el mundo? Los sicarios

judíos y romanos no sabían lo que hacían, mas Dios lo sabía. Y Jesús ya enseñara que, si el grano de trigo no muere, no puede fructificar. Los dolores de la España fanática de hoy son como dolores de parto. Quien lee este libro de Miguel Vives siente la pulsación del futuro en el subsuelo de España. Los muertos resucitan y los túmulos hablan. Otros apóstoles marcarán de nuevo el mapa de España, con sus pies misionarios.

La publicación de este libro es un homenaje del Brasil espírita de hoy a la España espírita de ayer, de hoy y de mañana. Al pasar por Madrid y Barcelona, los médiums brasileños Francisco Cándido Xavier y Waldo Vieira encontraron el Espiritismo como fuego de rescoldo, en los braseros ocultos del subsuelo. Nada consiguió matar el ardor espírita de los españoles. Vieron con sus propios ojos, bibliotecas doctrinarias y la venta secreta de libros espíritas. Compraron algunos volúmenes para la Exposición Permanente de Uberaba. El Brasil espírita testimoniaba el Calvario de la España espírita. Y ahora el Brasil espírita, a través de la vivencia doctrinaria de Miguel Vives en Tarrasa, comulgará con la España espírita.

Hagamos de este librito nuestro tesoro. Revivamos en el Brasil esta vivencia espírita catalana, que brota de la pluma de Miguel Vives como la sangre de los mártires cristianos de la Antigüedad, y como la de los mártires espíritas, de la Actualidad brotó de las heridas mortales. Todos los sicarios pasan, como figuras de un gran-guiñol, esfumándose en la memoria de las generaciones. Mas los mártires permanecen. Renacen. Se hacen oír. Los espíritas españoles, masacrados aquí, están de nuevo, enseñándonos a vivir el Espiritismo. Oigámoslos en estas páginas de amor y vida, que serán un tesoro en nuestras manos.

PRIMERA PARTE

**GUÍA PRÁCTICA
DEL ESPIRITISTA**

MIGUEL VIVES

PREFACIO DEL AUTOR

No soy escritor, pero sí soy médium; así es que nunca podré tener la pretensión de haber hecho nada bueno por mí solo, sino que, si alguna cosa sale de mi pluma y merece la aprobación de mis hermanos, será y es de los buenos espíritus que me asisten; todo cuanto se note y se haya notado como deficiente en lo que he escrito y escriba, es obra de mi inteligencia; pero mis hermanos espiritistas, que tan indulgentes han sido conmigo, espero continuarán siéndolo como hasta ahora, y sabrán distinguir entre lo bueno, que se debe a los espíritus, y lo insuficiente mío.

Sentados estos principios, no titubeo en entregarme a la inspiración después de haberlo pedido mucho al Padre, al Señor y Maestro y a los buenos espíritus, a fin de poder escribir una GUÍA PRÁCTICA para que los espiritistas tengan en cualquier necesidad y de una manera sencilla donde consultar en las distintas situaciones de la vida.

Todos sabemos que en lo mucho que hay escrito sobre el Espiritismo y sobre todo en las obras fundamentales de Allan Kardec, hay lo suficiente como para hallar la regla de conducta que los espiritistas debemos seguir; pero, por lo mucho que hay que leer, son muy pocos los espiritistas que se toman la molestia de estudiarlo,

tal vez por falta de tiempo o por otras circunstancias de las cuales la vida está llena.

Así pues, en esta GUÍA PRÁCTICA DEL ESPIRITISTA encontrarán mis hermanos algunos consejos que, de seguirlos, les podrán ser útiles para hallar la paz en la presente vida y alcanzar una buena posición en el espacio.

He dicho que soy médium, y lo tengo probado de tal manera, que ninguno de mis hermanos de Tarrasa, y de fuera de ella, que me hayan oído hablar alguna vez, lo dudarán.

¡Dios mío! ¿Qué era yo antes de ser espiritista? Un ser verdaderamente olvidado por el mundo, incapaz de todo; tanto era así, que me hallaba sumido en la más crítica y reducida situación en que un hombre puede hallarse en los días más hermosos de su juventud.

Había perdido mi salud, se habían separado de mí todos mis amigos, no tenía fuerzas para trabajar, estuve cinco años sin poder salir de casa; tal era mi estado que, a no ser por la protección de los padres de mi primera esposa, a los cuales nunca les estaré lo suficientemente agradecido, hubiera tenido que refugiarme en un hospital. Cuando hacía cinco años que esta situación duraba, se trasladaron unos cuñados míos a Tarrasa desde Sabadell; en cuya población había vivido desde mi infancia, y por misericordia, más que por otra cosa, me llevaron con ellos para ver si mi salud cambiaba.

Era el año 71 del pasado siglo; al cabo de seis meses de vivir en Tarrasa fui un día a Sabadell, y mi hermano carnal me habló de Espiritismo. Al momento, me pareció algo muy extraordinario, pero

como me habló con tanta formalidad y yo sabía lo serio y lo recto que él era y es en todos los asuntos de su vida, comprendí en seguida que había algo de verdad en lo que me decía; le pedí algunas explicaciones, y él, por toda contestación, me mandó las obras de Allan Kardec. Leer las primeras páginas y comprender que aquello era grande, sublime, inmenso, fue cuestión de un momento. ¡Dios mío!, dije, ¿qué pasa por mí?

De manera que yo, que había renunciado a todo, ¡ahora me encuentro con que todo es vida, todo es progreso, todo es infinito! Caí postrado y admirado ante tanta grandeza e hice el propósito de ser espiritista de verdad, estudiar el Espiritismo y emplear todas mis fuerzas para propagar una doctrina que me había dado de nuevo la vida; y me había enseñado de una manera tan clara la grandeza de Dios.

Empecé a estudiar y propagar el Espiritismo; con algunos hermanos, fundamos el Centro Espiritista de Tarrasa "*Fraternidad Humana*".

Como durante mi enfermedad me había dedicado, en los ratos que mis sufrimientos me lo permitían, a estudiar la Medicina, empecé a curar enfermos, y fue tal la protección que se desarrolló a mi alrededor que muchas veces los enfermos quedaban curados antes de tomar los medicamentos, pudiendo citar algunos casos de curaciones sorprendentes de esta índole.

Como mi propaganda espiritista producía sus efectos, adquiría cada día nuevas adhesiones, y como ya empezaban a demostrarse odios implacables, mi cabeza desembocó en un volcán de ideas. Antes de ser espiritista, hubiera sido incapaz de pronunciar una pequeña peroración ante una docena de personas; después de ser

espiritista, cobré un valor y una serenidad tales que nada me impresionaba ni me impresiona.

Para demostrar el poder de mi mediumnidad, diré: que fui diez años médium parlante semi-inconsciente; durante los diez años no estuve en una sola “fiesta” que no recibiera y diera comunicación, gozando durante estos diez años de una salud muy regular. Después de estos años, tuve que dejar la mediumnidad a causa de una dolencia, que me impidió asistir a las reuniones espiritistas unos cuatro meses, único período de tiempo que he dejado de concurrir, durante los treinta y dos años que soy espiritista, como médium o como director de sesiones; y aún hoy, mi inspiración es tan potente y tan clara que basta que esté en sesión espiritista para que me sienta inspirado para hablar todo el tiempo que quiero.

Para dar una prueba de lo que yo afirmo, voy a contar lo que me pasó en los días de Navidad del pasado año.

Hacía veinticinco años que di una comunicación muy larga y muy expresiva sobre uno de los pastores que fueron a adorar al Mesías en el portal de Belén. Aquella comunicación dejó muy impresionados a los hermanos que se reunían en el Centro de Tarrasa en aquella época. Unos días antes de Navidad, alguno de los hermanos que aún recuerda aquella comunicación, me hizo memoria de la misma. Vine, pues, en deseos de poseerla, así que me sentí impulsado, me puse a escribir, y, en dos horas, la obtuve tan igual que los que la habían oído en aquella época exclamaron admirados: ¡es idéntica!; ¡no falta ni un concepto, ni un detalle! Digo esto para probar la fuerza de la mediumnidad.

¡Oh, Dios mío! ¡Cuán agradecido os debo estar! ¡Cuán grandes son vuestros designios! Quizás fue necesario que pasara por una

grande y prolongada aflicción antes de que viniera a mí la luz del Espiritismo; si hubiera gozado de buena salud me habría perdido en las distracciones del mundo, y, distraído y preocupado en las cosas de la tierra, no hubiera hecho caso de lo que hoy tanto amo y tanto me ha servido y ha de servirme en el porvenir. Gracias, Dios mío; Omnipotente mío; Soberano mío.

Hoy reconozco vuestra grandeza, vuestro amor, vuestra previsión, y que vuestra providencia llega a todos, que siempre dais a todos y a todas las cosas lo mejor y más justo. Yo os amo, os alabo, os adoro con toda mi alma, y mi reconocimiento hacia Vos es tan grande que no tiene límites; veo vuestra grandeza en todas partes y en todo os admiro, os amo y os adoro; y sobre todo, en donde la veo más sublime, es en la ley de humildad que tenéis establecida para que los hombres lleguemos a amarnos como verdaderos hermanos.

Cuando reflexiono sobre el drama del Calvario y veo al Ser más grande que ha venido a encarnarse en este mundo, sometido a tanto sufrimiento y a tanto dolor, exclamo: si Él que era y es más que todos los que habitamos en este mundo, no vino a ceñir una corona y a empuñar un cetro, sino que vino a ser el más humilde, el servidor de todos, el que curó las dolencias de la humanidad, el que sufrió todas las impertinencias, todos los suplicios y dio tan gran ejemplo de paciencia, humildad y perdón, es que el Padre, es que Vos no admitís categorías, ni grandezas humanas, ni ostentación, sino virtud, amor, pureza, sacrificio, caridad. Así, digo: la ley vuestra ensalza al abatido, consuela al afligido y el más humilde es el más grande, si es virtuoso y bueno.

Entonces, busco la ley proclamada por el Humilde de los humildes, el Bueno de los buenos, el Pacífico de los pacíficos, el que por su elevada conducta es el Rey de todos los corazones justos, el

que dirige todas las conciencias puras, el que dirige a todos los que queremos ir a Vos; que por eso yo le admiro en la ley proclamada, en los ejemplos dados, y me inspiro en las palabras que pronunció; y como Él dijo que debemos perdonar, yo perdono todas las ofensas; y como dijo que nos hemos de amar, yo amo a todos mis hermanos; y como dijo que el que quisiera seguirle debía llevar su cruz, yo la llevo sin quejarme y su figura me parece tan grande que, después de Vos, Padre mío, es mi amor, mi esperanza, mi bien, mi consuelo. ¡Señor! Siguiéndoos a Vos, hallaremos nuestra felicidad, nuestro gozo, nuestra vida eterna; siguiéndoos a Vos, sentiremos paz en el alma, porque seremos pacíficos y humildes; siguiéndoos a Vos, tendremos nuestro espíritu lleno de esperanza; por eso, yo os sigo como el criado sigue a su señor, como el pequeñuelo sigue a su madre, y cuando me aquejan los sufrimientos os miro clavado en la cruz y sigo firme el camino del calvario de mi vida, no separando de mí el recuerdo del grande ejemplo que nos disteis y llevando en mi corazón el agradecimiento y el respeto del que sois acreedor por tan sublimes virtudes por Vos practicadas, para enseñarnos el camino que conduce a la felicidad eterna.

Pido indulgencia al lector por haberme extendido en las consideraciones anteriores; pero hubiera considerado una falta de agradecimiento y de respeto al que Todo lo puede, si antes de entrar en el fondo de la GUÍA PRÁCTICA DEL ESPIRITISTA no hubiera dado un testimonio de amor y de adoración al Padre y de agradecimiento y de sumisión al Señor y Maestro.

MIGUEL VIVES

EL ESPIRITISTA ANTE DIOS

Cuando el hombre, venga de donde venga, sea religioso, ateo, filosófico, etc., entra en el Espiritismo, se le desarrolla un campo tan grande de investigaciones, que, de momento, no se da cuenta de tanta grandeza. A medida que va ensanchando sus estudios y sus experimentos, más grande es la perspectiva de lo que antes desconocía, y en todo ve la grandeza de Dios.

Tanto es así, que se queda el ser maravillado ante tanta justicia, amor, belleza y poder. Entonces ve lo que significa su individualidad en esta creación; comprende su vida eterna, al menos en un principio; sabe que no se halla aquí por casualidad, que no es un ser venido a la Tierra sin plan ni concierto, sino que su existencia está unida al concierto universal de la creación y, además, nunca será abandonado, sino que está sujeto a una ley que alcanza a todos y que, como los demás seres de la humanidad, alcanzará con sus esfuerzos, más o menos tarde, su felicidad, su belleza, su sabiduría; sabe que puede retardar su progreso más o menos, pero que al fin tendrá que verse atraído por el amor universal, y tanto si quiere como sino, se verá un día impregnado de todo cuanto encierra de bello y grande el amor divino y formará parte de la gran familia de espíritus felices que gozan y trabajan dentro del amor divino. Así pues, el ser encarnado, al descubrir su vida, su porvenir, la grandeza del objeto para el cual ha sido creado, siente admiración por la suprema

sabiduría, por el Todo amor, por el Omnipotente Autor de tanta belleza, de tanta armonía y de tanto amor.

La impresión recibida al principio de convertirse al Espiritismo, debe procurar todo espiritista no solamente guardarla, sino aumentarla, porque de esto depende una gran parte de su progreso. Y digo esto porque, pasadas las primeras impresiones, el espiritista va olvidando el respeto y la adoración que debe al Padre, incurre en una falta de agradecimiento y esta falta le va separando de influencias que le son muy necesarias para el curso de su vida planetaria.

Si todo en la creación se atrae y compenetra, no puede dejar de existir esta ley entre la criatura y su Creador. Aquí cabe citar lo que algunos espiritistas dicen: que a Dios no se le ha de pedir nada, porque Él no derogará la ley y que todo lo tiene dado. Mala manera de pensar; Dios tiene la ley hecha y todo lo creado a disposición de sus hijos; pero a nosotros nos toca alcanzarlo; y teniendo, como tiene todo, que sufrir su atracción, ¿no lo tendrá también el amor a Dios, el agradecimiento y su adoración?

Si el espiritista siente, atraerá sobre él lo que siente. Supongamos que un hombre tiene pensamientos malos sobre el crimen, el vicio, la vanidad; ¿no atraerá sobre él influencias que le impulsarán a ser criminal, vicioso y orgulloso? Pues si los deseos y pensamientos malos atraen influencias malas, ¿dejará de existir la misma ley sobre los pensamientos buenos y deseos del bien? No hay duda; porque si no, existirían dos leyes: una para dar y atraer el mal y otra para quitar el bien. Pues si los pensamientos y buenos deseos hacia el bien atraen buenas influencias, ¿cuánto más no las atraerá el que ame mucho al Padre, le adore en espíritu y verdad y procure seguir sus mandamientos? Así que, sin derogar leyes ni conceder

privilegios, el espiritista verdaderamente agradecido y enamorado de Dios, recibirá influencias que, como ya tengo dicho, le serán muy provechosas para el curso de su vida planetaria.

Tanto es así, que yo entiendo que, si todos los espiritistas nos hubiéramos fijado en lo antes dicho y hubiéramos sido prácticos en el amor divino, no nos encontraríamos tan diseminados y faltos de unión como nos encontramos. Fijense bien, mis hermanos; apenas se encuentra un Centro espiritista en donde no haya habido sus disensiones y algún Centro que se ha reducido a cenizas, y es porque la falta de caridad y amor entre unos y otros les ha impedido seguir el camino de unidad y de amor fraternal, a causa de defectos no corregidos, y a falta de aquella prudencia y mesura a que debe ceñirse en todos sus pensamientos y obras todo espiritista.

Si el amor y la adoración al Padre reinara en el corazón de todo espiritista, antes de decir y obrar se pensaría si lo que se dice o se hace está conforme con la Ley del Creador, del Padre, y si no se obrara como la Ley manda, el espiritista, lleno de amor a Dios, se apartaría de todo lo que no fuera justo por no faltar a la Ley y no ponerse en rebeldía contra Él, que es todo amor y justicia.

Muchas veces en lugar de hablar, causando conflictos, hubiera callado y con su acto de indulgencia o de tolerancia hubiera dado un buen ejemplo, que habría servido de enseñanza a sus hermanos y él se hubiera evitado responsabilidades.

Yo he conocido espiritistas que todo lo fían a su criterio y a su saber, prescindiendo de tener vivo el amor a Dios y de otras prácticas que luego diré; pero esos espiritistas no saben que, por más entendidos que sean, prescinden de lo principal, y, sin que ellos se aperciban, caen en la corriente de todos. De manera que, en sus

conversaciones, en sus tratos, en sus maneras, casi no se distinguen de los demás hombres; tanto es así que, si bien creen en el Espiritismo, no pasa de ser un Espiritismo mental, pero que no domina al corazón; por eso en muchos actos de la vida poco se distinguen de los demás que no conocen el Espiritismo.

De eso proviene que haya espiritistas que no hacen ningún daño, pero tampoco hacen ningún bien, y por poco más que el descuido se apodere de ellos, caen en ridículo y entonces ya hacen un mal a la propaganda de la doctrina que sustentan; y a veces suceden cosas peores, y es que algún espíritu obsesor influya de una manera muy directa en los espiritistas citados y les haga concebir y propagar teorías extrañas, que vienen a perturbar la marcha del Espiritismo, sembrando la duda en unos y la división en otros. Y esto lo mismo puede acontecer a los que por su falta de instrucción todo lo encuentran bueno y maravilloso, como con los que penetran en regiones que, por no ser aún bien exploradas y entendidas, hacen afirmaciones y adoptan principios que ni consuelan ni edifican, y solo sirven para llevar la confusión a las inteligencias exaltadas.

No es este folleto a propósito para hacer la crítica de tales teorías; solo deseo dar reglas de conducta a los espiritistas de buena voluntad, para que puedan evitar ciertos escollos que tanto daño les pueden causar¹.

He dicho que el amor a Dios puede traer cierta influencia a todo espiritista que procure avivar en su ánimo este amor, y sepa

¹ Esta observación es muy oportuna ante el número de absurdas teorías que invaden actualmente el medio espírita. Se aplica muy bien a los llamados "reformadores" de la doctrina. (Nota de Herculano Pires)

transportarlo a las regiones del infinito por medio de la plegaria, la oración y las exhalaciones del alma.

¡Oración! He aquí un tema muy discutido y abandonado por muchos espiritistas. Separo toda oración rutinaria, distraída, convencional, sistemática. Hablo de la oración que acompaña al sentimiento: la firme voluntad, el amor y la adoración al Padre. Hablo de la oración que edifica, que consuela, que se siente en lo más hondo del alma. Hablo de la oración que lleva al ser a querer emanciparse de las miserias y defectos de la Tierra.

Esta oración, entiendo que es tan necesaria a todo espiritista, que me atrevo a decir que el que prescinde de ella no se elevará a las cualidades morales que son necesarias para ser un buen espiritista. Mas digo: el que prescinda de ella no podrá alcanzar, cuando regrese al mundo espiritual, ser espíritu de luz y se expondrá a serlo de tinieblas y de turbación, a no ser que sus trabajos y sus ocupaciones en la Tierra fueran la caridad y amor al prójimo, lo que poco sucede en este mundo.

Hemos de tener en cuenta que la humanidad está llena de errores, de maldad, de hipocresía, de egoísmo, de orgullo. Cada ser de los que vivimos en este mundo, despedimos algo de nosotros mismos, de lo que somos. Poned un espiritista en medio de tanta imperfección, y, a pesar de sus creencias, se contagiará con la atmósfera de los demás; si este espiritista no tiene el medio de quitarse de encima la influencia acumulada sobre él, le será imposible permanecer prudente, circunspecto, tolerante, justiciero; y como la ley obliga, si queremos alcanzar alguna felicidad espiritual, es necesaria la práctica de estas virtudes, si nos falta alguna, seremos ineptos para morar después entre los buenos; y si no somos aptos para vivir entre los buenos, hemos de ser contados en la categoría de

los que no lo son; y allí donde la bondad no impera, no puede haber ni felicidad, ni luz, ni libertad.

Por eso, entiendo que el espiritista, para limpiarse de vicios, ha de saturarse de fluidos e influencias superiores a las que nos rodean en este mundo, y, además, para que estas lleguen a nosotros, hay que ponerse en condiciones de poderlas recibir.

Cuando el ser ora con fervor, el espíritu se eleva en busca de su símil en el espacio. Como los seres que habitan en él tienen como principal misión la caridad universal, nunca dejan sin amparo al que con su voluntad llega a ellos. Entonces se establece una corriente fluídica entre el que ora y la influencia que recibe, que le circunda de luz. Esa luz lo limpia de fluidos imperfectos que se han pegado a él, y al salir de la oración, no solamente se ha limpiado de los fluidos imperfectos que se han pegado a él, sino que le rodea la sana atmósfera de buenos fluidos; y así como los primeros eran un vehículo que facilitaba a todo espíritu de tinieblas el poderse acercar a él, los buenos fluidos son una valla que se oponen a que influencias perversas puedan dominarle.

Para más claridad pondré un ejemplo. Supongamos una casa de campo que está sin valla, ni muralla, ni dique de ninguna especie; a cualquier transeúnte que quiere acercarse a ella, no le cuesta más que el trabajo de ir y, aunque sea de noche, podrá llegar hasta las puertas de la casa, sin tomar ninguna precaución ni detenerse para nada.

Supongamos que este transeúnte sea un malhechor; se encontrará, sin correr ninguna clase de peligro, en las puertas de la misma. Si la casa tiene una buena muralla y tiene sus puertas cerradas, ni el transeúnte ni el malhechor podrán acercarse a la casa

sin antes pedir que le abran las puertas, o bien ha de saltar la muralla. Así es que, tanto para el malhechor como para el transeúnte, una casa de campo amurallada ofrece mucha más dificultad de entrar en ella que el entrar en la que no tenga ni muralla ni dique de ninguna clase.

El espiritista que ora es la casa de campo amurallada, y el que no ora es la que está sin cerca ni murallas y por eso todas las malas influencias tienen más facilidad para acercarse a él.

Todo espiritista, pues, debe ser agradecido al Padre, debe adorarlo por su grandeza, admirarlo por las maravillas de la creación y debe respetarlo por ser hijo de Él, porque en verdad el hombre no tiene otro Creador que Dios. Él es nuestro Padre, nuestro Bien, nuestra Esperanza; a Él se lo debemos todo. Él es el autor de toda la belleza que nos rodea, desde el ave que se eleva en el espacio, hasta el pez que se hunde en el agua; desde el monte en donde crece la encina y florece la violeta, hasta el astro que brilla en el espacio. Él es el autor de la que concibió nuestro cuerpo en sus entrañas. Él es el todo: la luz, el amor, la belleza, la sabiduría, el progreso, todo es de Dios. Pues si el espiritista que todo esto sabe y no se siente atraído por tanta grandeza, tanto amor, tanto poder y vive olvidando a su Padre y pasa horas y días sin demostrarle su agradecimiento, ¿qué calificativo le daremos? Yo callo en esto: pero el tal espiritista no siente aún en su alma lo que ha de sentir, no cumple con el primer deber de un buen espiritista, y es muy difícil que pueda ser apto para cumplir bien su misión.

En resumen: el espiritista ha de ser ante Dios un buen hijo, que debe agradecer a su Padre el haberle creado; debe ser respetuoso con la grandeza de su Creador; debe adorarlo por su Omnipotencia; debe amarle por su Sublimidad; y ese agradecimiento, ese respeto, esa

adoración, ese amor, debe ponerlo de manifiesto al Todopoderoso tanto como pueda, ya para portarse como buen hijo ante tan sublime y amoroso Padre, como para atraerse su influencia y la de los espíritus buenos que tanto necesitamos en nuestro estado de atraso, y en un mundo en donde impera la ignorancia y el dolor.

EL ESPIRITISTA ANTE EL SEÑOR Y MAESTRO

Para alcanzar el grado de moralidad que necesita todo espiritista para cumplir bien su misión, tener paz en la Tierra y alcanzar alguna felicidad en el espacio, debe cumplir la ley divina. ¿En dónde está la ley? En el Evangelio proclamado por el Señor. Por lo tanto, el espiritista, debe conocerlo de memoria en su parte moral, si es posible; porque, ¿cómo aplicará la ley si no la conoce? ¿Cómo podrá aplicarla si no la recuerda?

El espiritista debe grabar en su interior la gran figura del Señor. Debe tenerle respeto y gratitud, y no debe olvidar que solo por Él se va al Padre. Así es que, para el espiritista, el Evangelio no debe ser letra muerta, sino que es la ley moral viviente de todos los tiempos y de todas las edades, porque la ley proclamada por el Gran Maestro en su parte moral no sufrirá modificación, y del cumplimiento de ella depende nuestro progreso moral, nuestra paz y nuestra felicidad en la Tierra y en el espacio.

Tenemos la costumbre, bastante generalizada, de dar al olvido lo que más nos interesa. Las palabras del Señor casi el mundo las sabe de memoria, pero las olvida muy a menudo. Se sabe que el Señor dijo que debíamos amarnos como hermanos, y por poco instruido que esté el hombre sabe que el Señor dijo también que debíamos amar a

nuestros enemigos, bendecir a los que nos maldicen, orar por los que nos ultrajan y persiguen, y que devolviéramos bien por mal. La humanidad sabe todas estas cosas, ¿las ha cumplido? No.

¿Cuál ha sido el resultado de la falta de cumplimiento de estos mandatos? Las guerras, las disensiones, las infamias y tantos y tantos males que resulta muy difícil calcularlos.

Se explica que los hombres hayan olvidado estos mandatos por la ignorancia del más allá y su mismo atraso; pero, ¿y los espiritistas?, ¿hemos cumplido estos mandatos? No. Si separamos algunas excepciones, en general, el cumplimiento de estas enseñanzas ha sido letra muerta. ¿Es, acaso, que no sabemos lo que nos aguarda y la responsabilidad que caerá sobre nosotros por el incumplimiento de estos mandatos? ¿Viene el Espiritismo a derogar o a cumplir la ley del Señor? No viene a derogarla, sino a cumplirla; pues, ¿por qué los espiritistas vivimos tan fuera de los mandatos y enseñanzas del Señor y Maestro? Que el «amarás a tu enemigo», «devolverás bien por mal», «orarás por los que te ultrajan y te persiguen», no son prácticas muy arraigadas entre los espiritistas, está probado a todas luces. Consulte cada espiritista dentro de su vida privada, y ya verá cuántas veces ha dejado sin cumplimiento estas enseñanzas; consulte cada espiritista con su conciencia y verá lo que ha pasado con su familia, o con sus relaciones sociales, o bien dentro de los Centros espiritistas, y verá que si él, prescindiendo de los demás, hubiera sido cumplidor de estos mandatos, tanto entre la familia como entre la sociedad, como en los Centros espiritistas, quizás se hubieran evitado disgustos, rencillas, disensiones y otras cosas que no cito. Esto muchas veces no es por mala fe, sino que es por falta de estar apercibidos. Una cosa ha traído la otra y se ha caído en falta; como ya digo en el artículo anterior, hay que estar apercibidos y tener la ley

divina siempre presente en todas las ocasiones necesarias de nuestra existencia planetaria.

Es verdad que habrá muchas excepciones entre los espiritistas, que no tendrán por qué acusarles, pero habrá muchas más cosas que les habrá sucedido como las que dejo dichas.

Es casi perdonable que la humanidad haya dejado de cumplir lo que el Señor manda en su Evangelio, a pesar de que nuestro juicio no la exime de la responsabilidad que contrae; pero que, entre los espiritistas, en su mayoría, se fijen tan poco en el cumplimiento de la ley divina proclamada por el Señor, esto es falta grave que, si no se procura remediar, llevará entre nosotros muchas perturbaciones y será causa de nuevas expiaciones.

No en vano el Padre nos envió el espíritu más grande que ha venido a la Tierra. No en vano vino este elevadísimo espíritu a ser ultrajado, martirizado y clavado en cruz, después de haber probado su gran misión con sus hechos y su doctrina. No en vano Allan Kardec y los espíritus de luz nos lo enseñaban como modelo. Es el camino, la verdad y la vida; fuera de sus enseñanzas, no hay salvación posible.

Por eso, comprendiendo Allan Kardec la importancia del Evangelio, aclaró algunas palabras y conceptos para que estuvieran al alcance de todas las inteligencias, en cuyas aclaraciones tomaron una parte muy directa elevados espíritus, dictando comunicaciones que, por su orden moral, llegan al alma. Así es que, si los espiritistas hacemos caso omiso de tales enseñanzas y de esta indiferencia resulta una falta de perfección moral entre nosotros, no podremos culpar a nadie, sino a nuestra falta de gratitud y a la falta de reconocimiento hacia un hecho tan culminante como es la venida del Señor a la

Tierra, a su ley, a su abnegación, a su sacrificio y a su amor hacia sus hermanos. Si nuestra indiferencia es tanta que apenas recordamos la ley proclamada y sellada con sangre en el Calvario que esperamos alcanzar ¿qué hará el espiritista que se olvida de la ley? ¿En qué fuente beberá? ¿En dónde encontrará los consuelos que necesita para sufrir los embates de la vida? ¿A quién acudirá cuando se encuentre en lo más recio de sus pruebas? ¿Quién le servirá de modelo? Está demostrado hasta la evidencia que, si el Señor vino a la Tierra, fue para servirnos de guía, y el que le siga a Él, no se perderá en el camino de la existencia terrenal, porque Él es el camino, la verdad y la vida.

Por eso, todo espiritista ha de ser admirador del Maestro; debe estudiarlo en sus palabras, en su moral, en su ley, en sus sacrificios, en su abnegación, en su amor, en su prudencia y sobre todo en su elevadísima misión, ya que ésta tiene dos puntos esenciales que son de una importancia capital para el curso de nuestra existencia terrena.

He dicho que era necesario conocer la ley divina para cumplirla; esto es lo primero en que debe fijarse el espiritista para seguir el camino de justicia y de amor; pero hay en la misión del Señor otro objetivo de capital interés para el bien de nuestro espíritu y es el consuelo, la resignación y la paciencia que nos puede inspirar su sacrificio.

Todos estamos en la Tierra para ser probados y muchos en expiación. A veces, pasan años con pruebas y expiaciones leves; pero cuando la prueba es de aquellas que anonada al espíritu, cuando la expiación es tan dolorosa que apenas se puede sufrir, entonces es de gran utilidad el recordar, no solo los mandamientos, sino los sufrimientos y la resignación del Señor. Entonces debemos recordar

cuando estaba ante el tribunal de los escribas y fariseos; debemos recordarle cuando estaba en la prisión, cuando le coronaban de espinas, cuando atado a la columna le azotaban; debemos recordarle cuando llevaba la cruz a cuestas, cuando desnudo se vio solo en el Calvario, cuando lo extendieron sobre la cruz y le clavaron pies y manos, cuando fue elevado en la cruz, desfigurado, ensangrentado. En medio de tanta aflicción dio muestra no solamente de una resignación y calma superior a toda ponderación, sino de amor y perdón, como si hubiera sido tratado con la mayor consideración y respeto.

El recuerdo de tan grandes hechos nos inducirá a la resignación, a sufrir los grandes dolores sin quejarnos, a sufrir las grandes pruebas con ánimo sereno, esto hará que obremos como espiritistas. No solamente podemos sacar provecho recordando lo pasado, sino que, si al recuerdo unimos el amor al Señor, la admiración y la súplica, si tanto nos identificamos con Él, podemos recibir gran protección de lo alto y a veces su misma influencia. ¿Por qué no? ¿No escuchó Él a la mujer pecadora? ¿No curó a los ciegos, a los tullidos y a los leprosos? ¿No se dan ejemplos de que durante los siglos que han pasado son muchos los seres que han sido protegidos directamente por Él? Los apóstoles y mártires del cristianismo se vieron protegidos por Él: Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Pedro Alcántara y otros muchos tuvieron la incomparable suerte de hablar con Él y verle, recibieron sus instrucciones y consuelos, y ¿creéis, por ventura, que este elevadísimo espíritu nos ha abandonado y que es indiferente a nuestras súplicas y a nuestras lágrimas? ¿Creéis que Él, en medio de su gloria, solo se ocupa de pasar el tiempo gozando de su bienaventuranza, dejando de practicar la sacrosanta caridad que tanto practicó mientras estuvo aquí? ¿Creéis que Él solo se ocupará de morar y vivir entre espíritus de gran luz y nos dejará abandonados

a los que le amamos, pensamos y confiamos en Él? No lo creáis, hermanos míos. Él no abandonará a los seres que viven en la Tierra y le tomen por ejemplo. Él no abandonará a los que confíen en Él, como no abandonaba a los sinceros cristianos de todas las épocas.

Algunos dirán en su interior que aquí no hay nadie digno de merecer tanta protección. ¿Y por qué no? ¿Quién de vosotros dejaría de visitar a un criminal arrepentido, que clamara vuestra protección, que os pidiera un consejo, una palabra de amor, una mirada de cariño? ¿Quién de vosotros dejaría desatendidas las súplicas de un enfermo, de un inválido, de un niño perdido y abandonado? ¿Quién de vosotros negaría el dar la mano al que cae, al desfallecido, al moribundo? ¿Quién de vosotros negaría un pedazo de pan al que se muere de hambre, o un vaso de agua al que se muere de sed, y no derribaría la puerta de una ventana para proporcionar aire al que se asfixia?

Pues si nosotros, siendo malos, no sabemos ni podemos negar la protección al criminal arrepentido, al enfermo, al moribundo, al niño que se ha extraviado, a la madre que llora desconsolada la pérdida de su hijo; si no negamos el pan, ni el agua, ni el auxilio a los que lo necesitan, cómo queréis que el Bueno, el Grande, el que todo lo hizo por amor y abnegación, el que dijo: «dejad venir a mí los niños, que de éstos es el reino de Dios»; el que dio salud a los enfermos, paz a los corazones afligidos; el que vino a sufrir tanto para darnos ejemplo, digo, ¿cómo queréis que no oiga nuestras súplicas y deje de atenderlas cuando éstas salen de almas arrepentidas y que claman misericordia y protección, si Él es el amor y la caridad más pura que ha existido en nuestro planeta?

Qué somos nosotros sino criminales arrepentidos, mujeres extraviadas y vueltas al redil, enfermos de cuerpo y espíritu, niños

extraviados, que en el desierto de la vida clamamos: ¡Señor! ¡Señor! apiadaos de nosotros que sucumbimos.

¡Ah hermanos míos! No lo dudéis; el Señor ama a la humanidad terrestre, la quiere, trabaja con anhelo por su progreso y protege a los que le claman con sinceridad; tenemos ejemplos de lo que afirmamos y podrá tenerlos todo aquel que siga las huellas del Señor y amándole cumpla su ley. Por eso, entendemos que el espiritista ha de ser amante del Señor, debe admirarle y seguirle hasta allá donde pueda, en su ley y en sus ejemplos, y así evitará caídas que pueden ser muy graves, y que le pueden traer la tribulación en esta vida y el sufrimiento en el espacio.

ENTRE LOS HERMANOS Y EN LOS CENTROS ESPIRITISTAS

Todo espiritista debe hacer uso de toda la humildad posible ante sus hermanos, porque la humildad es siempre un ejemplo constante de buenas formas y nunca compromete ni es causa de disturbios ni rencillas; pero esta humildad no debe nunca ser fingida, sino leal y dispuesta a todo servicio, mientras éste sea justo y pueda redundar en bien de alguno de nuestros hermanos.

Siempre debe considerarse el espiritista inferior a sus hermanos y dispuesto a ser el servidor de todos, porque ya sabe que el primero debe ser el servidor de todos y, por más que haga y haya hecho, nunca podrá pagar lo que debe a Aquél que es el autor de todo; y, por más que sepa, no alcanzará nunca la infalibilidad. Así pues, siempre podrá equivocarse; por lo tanto, bajo este punto de vista, no hará nunca ni alardes de saber, ni de poseer facultades y menos considerarlas extraordinarias, sino exponer sus ideas y sus opiniones de una manera prudente, sensata y con oportunidad. Si alguna vez se ve importunado por alguno de sus hermanos, procurará contestar en buenas formas, y si no es posible que de momento su hermano entienda la razón, callará, esperando una buena ocasión, para que

pueda, con la humildad que debe caracterizarle, convencerle y llevarle a la razón, si esto es posible: así hará uso de la caridad, porque todo espiritista debe ser caritativo con su hermano.

Así como para realizar una empresa, realizar un negocio, adquirir algún objeto que nos agrada mucho, hacemos a veces sacrificios y trabajos, y realizamos empresas de alguna importancia, no debe olvidar el espiritista que no hay empresa más grande, ni trabajo más noble que el de atraerse el amor leal y sincero de sus hermanos; no hay en la Tierra nada de tanto provecho como el de ser hombre de paz, de amor y de concordia. Este hermano es una garantía para la paz y el progreso de sus hermanos, y es la base de toda propaganda provechosa y eficaz del Espiritismo.

Así pues, cuando comprendemos que uno de nuestros hermanos anda en el error, no debe ningún espiritista echarse encima, sino recordar que todos podemos caer enfermos de cuerpo y de alma, y si no es posible atraerlo por medio de la caridad, debe todo espiritista atraérselo por medio de la indulgencia. Hay un gran medio para atraer a los hombres y es buscar en ellos si hay algo que, sin faltar a la justicia, sea muy de su gusto y les halague mucho.

Cuando a uno de nuestros hermanos se le ve extravío en alguna costumbre o manera, tanto en el hablar como en el obrar, no se debe nunca llevar sobre él la murmuración, ni juzgarlo ligeramente, ni abandonarlo, ni echarlo, antes de haber probado los medios posibles de atraerlo.

Digo que si se nota en él alguna inclinación o costumbre que no falte a la justicia, a veces nos lo podemos atraer, procurando aparentar que aquellas costumbres o inclinaciones son de nuestro agrado, procurar contraer amistades íntimas por aquel lado, para ver

si teniéndonos después más confianza, llegamos a tener influencia moral para llevarlo al buen camino. Esto es lícito y de alta práctica moral, siempre que esto no pueda separar al espiritista que tal hace en bien de su hermano, del buen camino.

Para más claridad: debemos estudiar las cualidades buenas que hay en nosotros, para ver si, con la unión de estas, reparamos defectos. Ahora, cuando sobre un hermano se ha hecho todo lo posible y él no se deja convencer, es necesario, sin ruido, ni sin choque de ninguna clase, separarse o separarlo, procurando no contaminarse, ni que nadie se contamine con él, pero siempre después de haber adoptado todo aquello que aconseja la humildad, el amor, la indulgencia y la caridad¹.

He dicho que todo espiritista debe ser caritativo con su hermano, y esto lo demuestra el que, si se nos obliga, según ley divina, a practicar la caridad en todo, mucho más debemos practicarla entre los que, bajo el punto de vista espiritual, debemos formar una sola familia.

Así pues, el espiritista no debe abandonar a su hermano, ni en la crisis, ni en la enfermedad, ni en la miseria; muy al contrario, debe ser para él como un padre o como una madre; consolarle en sus aflicciones, asistirle en sus enfermedades, ayudarle en sus necesidades, protegerlo en su ancianidad, darle la mano en su

¹ Sabemos que los propios Espíritus Protectores se alejan de las criaturas que se niegan a corregirse (véase en *El Libro de los Espíritus*, Segunda Parte, Capítulo IX, el tema que trata del asunto). El único remedio es dejarlo continuar en la difícil experiencia que han elegido. Cuestión del libre albedrío. (Nota de Herculano Pires)

juventud; en una palabra, todo espiritista debe ser para su hermano, la verdadera providencia terrenal, sosteniéndole hasta donde se pueda, en todos los trances de la vida planetaria. Así como en la parte moral debemos ser caritativos, indulgentes y humildes con nuestros hermanos, no lo debemos ser menos *en* la parte material. Así es como crearemos entre nosotros una verdadera fraternidad, porque el amor dispensa muchas cosas, y si llegamos a amarnos mucho, no hay duda que nos sufriremos los defectos con gusto.

He aquí la manera de dar buen ejemplo a la humanidad, que tan llena de males y egoísmos está; he aquí la manera de hacer más llevadera la cruz que por ley hemos de llevar en este mundo, porque el amor es la savia divina y el bien y la paz; he aquí la manera de atraer las miradas de la humanidad y demostrarle que la palabra «hermanos» no es una pura fórmula, sino la expresión del amor que nos sentimos. He aquí la manera de constituir una familia, que nos quitaría muchas amarguras que hoy nos agobian y nos daría muchos días de paz y de alegría y reinaría en nuestras reuniones tanta cordialidad y tanto amor, que en ellas se regenerarían nuestros espíritus. No quiero decir con esto que no haya paz entre nosotros, pero habría más; no diré que no haya amor y protección, pero esta sería más decidida y otros horizontes se despejarían en nuestras reuniones, en nuestros Centros, en nuestras sesiones. Hay amor y protección mutua entre nosotros, pero esta ha de ser más decidida; hay amor entre nosotros, pero éste ha de ser más entusiasta; hay caridad, pero ésta ha de ser más amplia y extensiva. Si en la Tierra no es posible, fuera de la familia, hallar moradas de paz, debe serlo entre nosotros: por eso hay que tratarnos con indulgencia, amor y caridad.

Solo así cumpliremos lo que nos hemos propuesto al venir a la Tierra, porque no somos espiritistas porque sí, sino que lo somos

porque vinimos ya preparados, y no hay duda de que, desde el mundo espiritual, hicimos propósitos de hacer mucho bien y solo la turbación puede hacernos olvidar tan buenos propósitos: por eso es necesario hacer grandes esfuerzos para que la protección espiritual pueda despertar propósitos olvidados.

Y no siempre el amor en germen, la caridad y la humildad domina en los Centros y reuniones espiritistas. Causa lástima el ver, como yo he visto algunas veces, luchas en los Centros para llegar a ser los primeros; causa lástima el ver a veces luchas, discusiones, desavenencias, por si será éste o aquél que ejercerá el cargo de presidente. Esto ha pasado algunas veces, demostrando hasta dónde se llega cuando se pierde el buen sentido espiritista. Esto llega a suceder cuando en un Centro se pierde el verdadero amor al Padre y el agradecimiento al Señor y Maestro.

Los que más influyen en un Centro espiritista son los que han de vivir más alerta y son los que más han de guardar las reglas prescritas en los artículos anteriores, porque son los encargados de vigilar y conducir a los que tienen menos alcances y menos comprensión.

Si a todos los espiritistas incumbe el ser prácticos en la caridad, en la adoración al Padre en espíritu y verdad, a la admiración de su gran obra, de su gran providencia y de su gran amor; a la admiración y estima del Sublime Mártir, Señor de los señores; al conocimiento y práctica de su ley; a la práctica de la humildad, de la indulgencia, de la templanza y del amor al prójimo. ¡Cuánto más incumbe a los que por alguno o varios conceptos llegan a tener influencia y a dirigir algunos de sus hermanos! La misión de éstos es sumamente delicada, porque, según su manera de obrar, pueden llevar a algunos o a muchos al buen camino o les pueden hacer encallar en los peligros de la vida. Los que por su entender comprenden más y se convierten en

guías de sus hermanos, no se pertenecen a sí mismos, son como ejemplo de sus hermanos y no pueden hacer bancarrota a la verdad, sino ser fieles a la ley divina y procurar siempre vivir alerta, para no interpretar mal la ley; deben ser modelos en todo, nunca pueden dejarse dominar por el amor propio, que siempre es muy mal consejero, que debe rechazar todo espiritista y mayormente el que ha venido con una inteligencia superior a la generalidad.

Los que destacan por su comprensión sobre la mayoría, pueden sacar un gran bien de su misión y elevarse a gran altura espiritual, si su existencia la emplean en el bien para sus hermanos, siendo modelos en las virtudes y prácticas consignadas; pero pueden contraer una gran responsabilidad, si la inteligencia y superioridad que tienen sobre sus hermanos la emplean para satisfacer miras u opiniones personales, o bien andando con poco cuidado, saben sacar poco fruto de sus facultades.

Yo, a pesar de ser persona insignificante, tiemblo solo al pensar que pudiera cometer alguna falta, que por desidia mía o por amor propio, o por falta de amor al Padre, de agradecimiento al Señor o por falta de indulgencia, amor o caridad, pudiera ser causa de que alguno de mis hermanos se desviara. No podemos ser infalibles; pero cuando en algo no hemos sido correctos en la práctica de la ley divina, si esta incorrección nos perjudica solo a nosotros mismos, debemos corregirla; pero si ésta trasciende y puede perjudicar a nuestros hermanos en la práctica del Espiritismo, debemos estar prontos en dar toda clase de satisfacciones, acudiendo a todas aquellas virtudes que el caso requiera, hasta dejar borradas las huellas de la incorrección cometida.

A veces, sucede que son dos las personas que ejercen una influencia decidida entre los hermanos de un mismo Centro; éstos

han de procurar siempre que no se formen bandos, sino mantenerlos siempre en la mayor unidad posible; y si la influencia de cada uno de los dos no bastara para mantenerlos unidos en el amor y la unidad de miras, bajo el punto de vista que debe reinar siempre en los Centros espiritistas, los que tal influencia ejercen deben ponerse el último de todos, sellando su boca y solo hablando para aconsejarles lo que el Señor manda en su ley.

Hace poco tiempo vinieron algunos espiritistas ante mí para dirimir sus cuestiones, a fin de que yo diera la razón al que según mi parecer la tuviera. Porque no me dijeran que no había escuchado sus razones les atendí. La ofensa consistía en algunas palabras poco respetuosas que unos dirigieron a los otros; al preguntarme mi parecer fue mi contestación la siguiente:

-Los que habéis pronunciado palabras poco caritativas sobre vuestros hermanos, ¿habéis pensado antes de pronunciarlas en el deber que tiene todo espiritista de practicar la ley de caridad, amor, indulgencia y fraternidad a que os obliga el Espiritismo? Y los que habéis recibido la ofensa, antes de daros por resentidos, ¿os habéis acordado del Señor y Maestro que se dejó besar por el apóstol traidor y no respondió ni una palabra a los insultos, a los golpes, a las heridas que le inferían sus verdugos y martirizadores, antes bien, les perdonó y pidió perdón para ellos?

Es muy natural que no pudieran darme ninguna contestación categórica. Entonces les dije:

-Id, pues, aprended bien lo que el Espiritismo os manda y enteraos bien de lo que manda el Señor en su Evangelio y de lo que Él hizo, y cuando estéis bien enterados y lo practiquéis, vosotros

mismos me diréis quiénes de vosotros tienen razón y quiénes no la tienen.

Así entiendo que no es fácil que haya nunca disensiones en donde reine el amor, la caridad y la humildad, porque cada uno se considerará que es el servidor de los demás y tendrá sumo gusto en serlo, porque sabrá que así cumple la ley y así progresa, y que por este camino llegará a su felicidad, mientras que siguiendo por el camino contrario labra su ruina, que antes o después tendrá que soportar. Entiendo, también, que pueden presentarse asuntos difíciles de solucionar; en estos casos, los más prudentes se callan y suplican a Dios y esperan que el tiempo y los acontecimientos vengan a poner remedio a los males, y solo se acude a una resolución extrema, cuando ni la caridad, ni la indulgencia, ni el amor, ni la humildad pueden remediar esos males.

Pero la resolución se ejecuta con la prudencia y buenas formas que aconseja la moral más acrisolada, evitando murmuraciones y, sobre todo, hechos que puedan trascender fuera de los espiritistas, porque si no, se incurre en grave falta, se originan escándalos y publicidades que hacen gran daño a los que nos observan, y da lugar a considerar a los espiritistas como se considera a los demás hombres que no profesan ninguna doctrina moral.

En resumen: entendemos que en los Centros espiritistas debe haber quien dirija y enseñe; pero éstos no se hacen por votaciones¹ ni

¹ Si bien el liderazgo de un centro no lo dirime exclusivamente una mera votación y es una cuestión que tiene frecuentemente que ver con capacidades personales, morales y espirituales, mostrándose por sí mismo en el día a día; eso no obsta a que los centros y asociaciones espíritas lleven a cabo votaciones

a voluntad de los hermanos, sino que éstos vienen ya nombrados desde arriba; por eso el especial cuidado debe ser en saber reconocer los que vienen aptos para hacer un trabajo especial y, si se llegan a conocer, procurar que ocupen el lugar por el cual han venido entre nosotros y, mientras no haya motivo, deben permanecer en su puesto, porque de lo contrario se corre el riesgo de perder la verdadera lógica espiritista y caer en graves errores¹.

y asambleas frecuentes donde reine la democracia y se eviten disensiones haciendo primar el sentir de la mayoría. Es la vacuna ante muchos problemas y es lo que hacía el propio Allan Kardec en la *Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas*, recomendando estatutos, un reglamento interno, con asambleas frecuentes, y es también a lo que obliga la legislación vigente en relación a las asociaciones. Estas leyes humanas obligan a tener un presidente y una junta directiva, y acertadamente estas leyes asignan a estos cargos la función de hacer cumplir la voluntad de las asambleas, es decir de la mayoría de los socios. El gran error está en aquellos que por tener tal o cual cargo se sienten jefes en lugar de servidores. Así pues, el liderazgo lo dará el conocimiento, creando opinión, la moralidad dando ejemplo, y el que *dirija y enseñe*, siguiendo las palabras de Miguel Vives, lo hará precisamente por esas cualidades de forma natural, independientemente que detente o no temporalmente el cargo de presidente de una asociación. Las asambleas democráticas abren las vías para que esto sea posible, y que un centro esté dirigido más por el sentido común y la racionalidad, por las opiniones más sabias, que, porque fulanito sea el presidente, o porque menganito que es médium lo haya dicho. (Nota de Salvador Martín)

¹ El autor plantea, en este punto, el delicado problema de la dirección de los Centros y demás instituciones doctrinarias. Al leer atentamente, vemos que concilia la forma de elección con la del reconocimiento de la misión. No quiere decir que un hermano tome la presidencia o la dirección de los trabajos por mandato de los Espíritus, pero sí que hay personas "escogidas" por lo Alto

No nos cansaremos de repetir: en los Centros en donde reine el amor y la adoración al Padre en espíritu y verdad, la admiración, respeto y amor al Señor, la indulgencia, la caridad y la humildad, no faltará paz y armonía entre los hermanos, su vida se deslizará más tranquila, sentirán gozo en el alma. Porque muchas veces recibirán la influencia de buenos espíritus, harán un gran progreso y hallarán una recompensa en el mundo espiritual, más grande de lo que se puede calcular.

y encaminadas al Centro para ejercer funciones especiales. Cada grupo debe "saber reconocer", o descubrir a esas personas, eligiéndolas y manteniéndolas en su puesto. Es lo que generalmente se hace en las instituciones en las que reina el amor evangélico. Las disputas de cargos sólo aparecen donde ese amor es sustituido por los intereses mundanos. (Nota de Herculano Pires)

EL ESPIRITISTA ANTE LA HUMANIDAD

Dice el Señor: «vosotros sois la sal del mundo; si la sal pierde su sabor, ¿con qué será salado?» Que es como si dijera: «vosotros sois la luz del mundo; si la luz pierde su claridad, ¿con qué se iluminará?»

Todo espiritista que haya hecho profesión pública de sus creencias no debe olvidar nunca por dónde pasa, a dónde va, y allí donde frecuenta; se nos observa y se nos estudia, para ver cómo obramos los espiritistas, ya que saben que nuestra manera de pensar es muy distinta de la de los que no profesan nuestras ideas. De modo que debemos tener muy presente aquellas palabras de un gran espíritu: prudencia en el pensar, prudencia en el hablar, prudencia en el obrar, porque si olvidamos las reglas que el Espiritismo nos prescribe y que algunas de ellas están anotadas en los artículos anteriores, podemos caer en ridículo, por no estar nuestros actos ajustados a la moral que el mundo espera de nosotros, cuya moral, cuando es bien practicada, es el mejor medio de propagar y ensalzar nuestros principios. De manera, que una actitud correcta y llena de dulzura, es de una atracción poderosa y podemos atraer con ella las simpatías de muchos y hacernos agradables por nuestro trato.

Nuestras maneras y costumbres es lo primero que todo espiritista debe emplear en su propaganda; primero obrar, después hablar, a no ser que las necesidades de las circunstancias nos obliguen a hablar primero que obrar. Cuando así deba hacerse, debemos ser muy prudentes y humildes, y debemos dar pruebas de una excelente educación. Pero, si es posible, obrar primero; vale más que nos conozcan primero por las obras que por las palabras; así cuando venga la hora de hablar, nos escucharán con más respeto y seremos mejor atendidos, procurando no entrar en propagar nuestras ideas, sino en ocasión oportuna, empezando siempre por demostrar lo que es la moral del Espiritismo, sus tendencias y sus fines, que son el hacer mejores a los hombres, traer la paz a la humanidad y demostrar un porvenir más feliz que el que poseemos en la Tierra, y solo debe entrarse en la explicación de fenómenos espiritistas, cuando ya las personas a quienes se habla han aceptado la moral y en algo comprenden su sublimidad. Y en casos que se puedan exponer hechos, deben exponerse aquellos que puedan ser mejor comprendidos y estén al alcance de las personas con quien hablamos.

A veces, hemos oído hablar a espiritistas entre personas profanas al Espiritismo y hemos tenido que escuchar la explicación de fenómenos que han estado muy fuera del alcance de las personas que escuchaban al espiritista, y esto casi siempre ha dado por resultado o la burla, o la mayor incredulidad, porque han considerado fanático al citado espiritista, perdiendo así toda influencia moral sobre aquellas personas. Por eso, la propaganda moral, casi siempre, es bien recibida y mayormente si el espiritista que la propaga es persona que sabe portarse de una manera distinguida; cosa muy fácil para todo espiritista estudioso y que esté bien enterado de lo que el Espiritismo le prescribe. Y no debe

olvidarse que uno de los primeros mandamientos de la ley es: «*Amarás al prójimo como a ti mismo*»; y si bien es muy difícil practicar este mandamiento al pie de la letra, no es menos verdad que nosotros estamos obligados a practicar la caridad entre nuestros semejantes. Así es que si entre nosotros debemos ser indulgentes, benévolo y debemos dispensar, disimular y hasta perdonar, no hemos de ser menos entre la humanidad. Los que no son espiritistas sostienen a veces cuestiones, altercados, disputas, riñen y a veces se maltratan; nosotros debemos huir en absoluto de todo esto.

Si con buenas formas podemos llevar las cosas a su lugar, podemos y debemos hacerlo, pero si para esto nos hemos de separar de las reglas prescritas, debemos callar o buscar la mejor manera de salir de tal situación, y si de cualquier asunto, a pesar de nuestra prudencia y amor, no podemos salir bien librados, debemos sufrir con paciencia las iras de la ignorancia y de la mala fe; debemos perdonar sin reservas dentro de nuestra alma y debemos devolver bien por mal si es posible.

Por eso, no debemos olvidar la práctica del Maestro y Señor. Él es el modelo, la verdad y la vida. ¿Qué dijo Él cuando le insultaban, le apostrofaban, le maltrataban y le escupían? Nada, bajaba los ojos y perdonaba en su interior. Pues si el que tanto es y tanto podía lo hizo tal como quedó escrito, ¿haremos nosotros al revés? Desgraciado del espiritista que tiene ocasión de devolver bien por mal y no lo hace. Desgraciado del espiritista que puede perdonar y no perdona, pues vendrán días que exclamará: ¿de qué me sirvió saber lo que sabía y haberme llamado espiritista?; más me hubiera valido no haberlo sabido, que no hubiera contraído tanta responsabilidad.

Hay espiritistas que, guiados por su ardiente caridad, se dedican a curar enfermos por medio del magnetismo, ya con agua

magnetizada o con pases magnéticos; cuando entre estas prácticas no se mezcla nada de pretensiones de ninguna clase, sino un ardiente amor al enfermo y el deseo único de hacer bien, con una fe ardiente al Padre, pueden alcanzarse buenos resultados, pero se ha de tener en cuenta, que si el espiritista ha de tener prudencia en todos los casos, mucho más debe tenerla el que quiere dar salud a los enfermos; éste debe llevar una vida muy pura exenta de faltas y defectos que puedan retirarle la buena protección, porque sino, en lugar de hacer un bien a los enfermos, les hará un mal, les perjudicará.

El que quiera aliviar o curar a la humanidad doliente, aunque sea nada más que dentro de sus relaciones particulares, debe llevar vida de santidad, llamémosla así para dar una distinción al que tal haga, mayormente si el espiritista que cura no es hombre que posee la ciencia médica, u otra ciencia que le acredite como a tal. Pero los que solo lo hacen por amor a la humanidad deben despojarse de todo lo que pueda empañar la brillantez de su espíritu para que su periespíritu y su cuerpo puedan transmitir buenos fluidos. De manera que deben aplicarse, siempre, las siguientes máximas: Si quieres curar a los demás, cura primero tu cuerpo y tu alma, de lo contrario mal podrás curar a los otros si tú estás enfermo.

Claro está que si debe tener por práctica las maneras y costumbres que dejamos consignadas, se abstendrá de hacer promesas, a aquellos a quienes trate, que no pueda cumplir, porque el que se dedica a prácticas tan elevadas nunca debe confiar en sus propias fuerzas, sino contar con su buen deseo, su voluntad y sobre todo con la ayuda de Dios y de los buenos espíritus, procurando tener fe en el que curó a los ciegos, tullidos y resucitó muertos.

Obrando así, mucho podrá esperar del que Todo lo Puede y su misión será paño de lágrimas, para los que lloran y los que sufren¹.

En resumen: la humanidad gime, llora, se desespera por lo mucho que sufre; el egoísmo todo lo devora; las víctimas de la maldad se suceden las unas a las otras, las religiones se han desviado del camino; son escasos los hombres de bien, los cuales son siempre intermediarios entre la humanidad y la Providencia.

Los espiritistas somos los encargados de traer la luz ya que nosotros sabemos por qué la humanidad sufre, por qué llora, por qué se desespera; sacrificuémonos, pues, para poder explicar la causa de sus sufrimientos, de sus lágrimas, de su desesperación; obremos de manera para que sepa que el dolor depura, eleva, purifica, ensalza y así cumpliremos nuestra misión. El espiritista que mucho quiere hacer por sus semejantes no debe perder de vista al Señor cuando le azotaban atado al pilar, cuando le coronaban de espinas, cuando llevaba la cruz, cuando consumaba el sacrificio; para saber imitarle en sus actos de amor a la humanidad, de abnegación y de sacrificio.

«Vosotros sois la sal del mundo; si la sal pierde su sabor, ¿con qué será salado?»

¹ Pero no debe olvidar que debe dar de gracia lo que de gracia recibe, porque es muy perjudicial y anti espiritista el hacer una profesión lucrativa de la protección que viene de arriba. Bueno es hacer la caridad; pero es muy malo explotar.

EL ESPIRITISTA ENTRE LA FAMILIA

Si el espiritista ha de ser prudente, virtuoso, tolerante, humilde, abnegado y caritativo entre sus hermanos y entre la humanidad, ¡cuánto más tiene el deber de serlo entre la familia!

Si son sagrados los deberes que tenemos que cumplir entre nuestros hermanos y entre la humanidad, lo son mucho más los que tenemos que cumplir con la familia; porque hemos de tener en cuenta que además de los vínculos que en esta existencia nos atan con lazos indisolubles, tenemos siempre historias pasadas que se enlazan con la historia presente.

Los que no son espiritistas, todo lo atribuyen a la casualidad; pero nosotros sabemos que no hay efecto sin causa y que las contrariedades o satisfacciones de hoy son continuación de nuestras vidas pasadas. Por eso, el espiritista debe ver en su familia un depósito que se le ha hecho, sobre el cual tiene muchos deberes que cumplir y muchos sacrificios que hacer; por eso, el esposo debe ser el apoyo y sostén de su esposa, debe respetarla, amarla y protegerla en todo, aconsejarla, orientarla y proporcionarle, en todas las circunstancias de la vida, lo que sea necesario. También la esposa debe cumplimiento, amor, respeto y sinceridad a su esposo, siendo,

para ella, siempre la primera persona a la cual debe confiar todos sus secretos y todas sus tendencias, sin separarse jamás del respeto y observancia que debe al que Dios le ha dado como guía en este mundo de dolor.

Ya sé que para muchos huelgan estas palabras, mayormente cuando los esposos tienen unas mismas tendencias, son de buen carácter y sienten las mismas inclinaciones; pero cuando entre los dos hay caracteres opuestos o un mal genio que hace difícil la unión, ya es otra cosa.

¿Y si se encuentra el esposo con tendencias opuestas en su familia, los cuales no quieren que él tenga ideas o profese el Espiritismo? ¿Cómo se las arregla el tal jefe de familia? Es muy difícil prescribir reglas para cada caso particular; solo podemos decir que en este caso, el espiritista debe escudarse en una prudencia, un tacto y una paciencia a toda prueba; entonces, es cuando debe estar más unido a los de arriba, tener mucho amor al Padre, recordar mucho la paciencia y la abnegación del Señor y estar muy en contacto con su Guía espiritual, por medio de la oración y por la indulgencia que siente para los que le atormentan. Su conducta entre su familia ha de ser un bello modelo de toda clase de virtudes, para que el ejemplo pueda un día llevar la convicción, o a lo menos la tolerancia entre los suyos, y, sino es posible, que no se rebele, que se deje sacrificar si es necesario, que considere que lo de hoy es resultado de lo de ayer, que, cuando así lo haga, puede esperar gran recompensa.

He visto, durante mi vida espiritista, dos hermanos que sufrieron mucho entre su familia, y, a pesar de sus sacrificios, su paciencia y su abnegación, no pudieron lograr que se toleraran sus creencias entre sus deudos, siendo muy a menudo objeto de burlas y de desprecio de los seres más queridos. Pues de estos dos hermanos, ya

desencarnados, he tenido ocasión de oír sus comunicaciones, algunas veces, en circunstancias que no dan lugar a duda. Esas comunicaciones han sido, moralmente hablando, de gran elevación y han demostrado una dicha tan grande en estos espíritus, que puedo asegurar, que, de los seres desencarnados en nuestra época, ninguno ha demostrado disfrutar de tanta dicha ni de tanta felicidad. El sacrificio fue grande en la Tierra, porque nada hace sufrir tanto como verse despreciado y burlado de los que se ama; pero estos sufrimientos son doblemente recompensados por nuestro Padre, por nuestro Dios, por el que todo lo tiene, todo lo sabe y todo lo puede.

Pero estas situaciones son excepcionales y son pocos los que se hallan en ellas. Lo más común es que el espiritista llegue a ser padre de algunos hijos cuya misión no está exenta de peligros, y a veces es necesaria una abnegación a toda prueba, con un buen sentido práctico espiritista.

A veces, no todos los hijos tienen la bondad que el padre desea, sino al contrario, acarrear disgustos y sinsabores que causan grandes sufrimientos, los cuales han de saber sufrir los padres teniendo mucho cuidado en sentir el mismo afecto sobre los buenos como sobre los que por su carácter causan penas y disgustos.

El espiritista debe sentir igual amor para todos sus hijos, y no debe olvidar que los que más necesitan de su misericordia son los que de alguna manera tienen menos bondad y menos conocimiento.

Hay hijos que, con solo darles la mano, el padre, los lleva a todas partes, mientras que hay otros que, además de darles la mano se les ha de empujar. He visto padres espiritistas que, a pesar de amar a todos sus hijos, han tenido preferencia por aquellos que los han visto más pacíficos y más obedientes. Si esto no hubiese sido más que en

apariencia, hubiera podido ser una buena medida para conducir a los demás; pero no fue así, sino que siguieron las preferencias a unos, y a los otros casi se los relegó al olvido. Esto es una mala práctica que puede costar cara al que tal haga.

Es verdad que a veces el padre no puede hacer demostraciones iguales a todos sus hijos, por la diferencia de conducta y de comprensión de los mismos; pero el padre y la madre deben llevar el amor en su corazón, y si cabe, mucho mayor por el hijo que más lo necesita; ya por su atraso moral o por otras causas de la vida. Porque no debe olvidar todo espiritista que tenga hijos que no los ha tenido por casualidad, sino bajo un plan providencial, para el bien suyo y el de sus hijos.

Quizá son enemigos que tienen deudas graves contraídas y que Dios los pone el uno al lado de otro, unidos por lazos de familia, para que paguen una deuda que de otro modo no podrían pagar. Quizás la mujer abandonada de otras existencias, que sirvió para satisfacer caprichos, viene a reclamar nuestro apoyo porque sabe que tiene derecho a tenerlo. Por eso el espiritista, si bien debe poner buen cuidado en la educación de todos sus hijos, la debe tener más grande por aquellos hijos que vienen cargados de defectos y son causa de grandes disgustos.

¡Cuántas historias hay entre los seres encarnados que si pudiéramos ver nos harían bajar la cabeza y nos pondrían en constante cuidado para no equivocarnos! Es verdad que estas historias no las podemos saber, pero nos basta saber que no hay efecto sin causa y que Dios, con su gran sabiduría, nada hace inútil sin un motivo altamente justificado.

Así es que, si el esposo encuentra mala esposa, si la mujer encuentra un mal marido, no es casual, sino sabiamente ordenado. Si un padre bueno tiene hijos malos, no es castigo, sino el resultado de una ley justa, por eso, el espiritista que sabe todas estas cosas y muchas más, no debe tomar la vida como paraje de recreo, sino como una sucesión de hechos que le herirán hasta en lo más íntimo de su alma, que le harán sufrir, que le causarán sufrimientos y lágrimas, pero el espiritista debe ser fuerte, animoso, compasivo, abnegado, caritativo para todos y muy en particular para los defectos de sus hijos, depósitos sagrados que el Padre le hace para que sea su protector y guía, a fin de hacerles dar un paso, en caso de no poder hacer más. Todo espiritista debe proceder con mucho cuidado en la misión de padre, sin dejarse arrastrar nunca, ni por una atracción desconocida en su causa para unos, ni por la frialdad que puede sentir por otros; la justicia y el deber deben ser el regularizador de esas afecciones o repulsiones secretas que siente el alma.

Ya hemos dicho que un hijo nuestro puede ser un gran enemigo de otras existencias, como un amigo cariñoso, y no hay duda que, dentro de los secretos de nuestra alma, resuenan aún las impresiones de lo pasado. Por eso el Espiritismo es tan eficaz para hacernos progresar, porque su última solución es amar, amar y amar. Amar al que nos quiere, al que nos odia, al que nos protege, al que nos persigue, al que nos hace el bien, al que nos quiere mal. Y este mandamiento, que es ley practicarle entre la humanidad, lo es aún más practicarle entre la familia. El espiritista que su ley y su práctica sea el amor, no verá tinieblas, su vida se deslizará con la mayor paz posible en la Tierra, y después alcanzará la felicidad.

Si el espiritista, en lugar de tener esposa e hijos, tiene aún padres, no debe olvidar el deber de tenerles toda clase de respeto, cariño y

amor; considerar que han sido los representantes de la Providencia en la Tierra para él, y está obligado a darles paz, consuelo, protección, amparo. Está obligado como hijo, a hacer por sus padres lo que ellos hayan hecho por él, y si sus padres no se hubiesen portado bien con él, no está menos obligado, porque, en este caso, ellos pertenecerían al orden de espíritus inferiores y el espiritista debe ser el ejemplo constante de virtud y abnegación, para que aprendan los que aún no sabían o no han sabido cumplir con sus deberes.

En resumen: creemos que el espiritista, en todas las situaciones de la vida, ha de cumplir como buen hijo, como buen esposo, como buen padre, como buen hermano y como buen ciudadano.

Así, siendo práctico en la ley divina, cuyo sentido práctico está en la ley proclamada y practicada por el Señor y Maestro, será luz que iluminará a los que estén a su alrededor, será mensajero de paz y de amor entre todos, y llevará la paz de las moradas de luz entre los hombres de la Tierra.

EL ESPIRITISTA ANTE SÍ MISMO

El hombre tiene la costumbre de ser muy indulgente consigo mismo. Siempre encuentra medios para justificar su conducta, aunque ésta no sea tan correcta como debe.

Siempre procura excusar sus defectos y atenuar sus faltas. Tanto es así que, muy a menudo, se oye de labios de muchos, cuando se trata de inculcarles el Espiritismo, que dicen: «yo no creo en nada, si sigo la corriente es para seguir a la mayoría, pero en materias de la otra vida creo que lo mejor es hacer el bien posible, y si hay algo después de la vida presente, nada malo me puede suceder». Y estos hombres entienden que practican el bien, siendo padres correctos para sus hijos, no haciendo ningún mal, ni en su casa ni fuera de ella, pagando todas sus deudas y compromisos, y dando alguna limosna cuando les viene a bien. Estos hombres creen que así ya lo han hecho todo y que están preparados para cuando sean llamados a juicio. ¡Cuán engañados viven!

La sociedad vive mal y a veces lo que para la sociedad es cosa corriente, es falta grave ante la ley divina. No basta no hacer mal, es necesario hacer mucho bien, y además ¿cómo sabe el hombre si hace mal o bien, si no se rige por la ley divina, y sí solo por la ley humana?

Aunque cumpla con los deberes sociales, ¿en dónde estará la práctica «Amarás al prójimo como a ti mismo. Volverás bien por mal. Si te hieren en una mejilla volverás la otra. Bendecirás a los que te maldicen. Y orarás por los que te ultrajen y te persiguen»?

Las leyes humanas dejan escapar las faltas que no alcanza el código penal, pero las leyes divinas alcanzan a todas las faltas que de alguna manera afectan a la conciencia. Por eso, los que piensan como dejamos dicho, se equivocan; porque si bien viven en paz, según la ley humana, están en descubierto con la ley divina y cuando llegue su hora, sufrirán las consecuencias de su error. Y mientras sigan pensando y obrando así, la sociedad no se reformará y todos serán víctimas de su egoísmo y de la falsa interpretación de la ley, que, en definitiva, nos ha de colocar a cada uno según sus obras.

Los espiritistas no debemos proceder así: todo espiritista ha de ser muy severo consigo mismo. Nunca en su interior debe dispensarse una falta, nunca debe buscar atenuantes para justificar su conducta, si ésta en algo ha dejado que desear; él debe ser el primero y más severo juez de sí mismo, no debe olvidar que, si está en este mundo y tiene que sufrir y luchar, la causa está en su atraso, en sus imperfecciones y defectos. Que urge se quite de encima todo lo que no sea amor, virtud, caridad, justicia, o sino, en vano tratará de tener paz y nunca podrá honrar la doctrina que profesa y no será digno de llamarse espiritista.

Ya sabemos que es muy difícil llegar a ser hombre justo en todo, pero, aunque el espiritista, por su historia pasada, se encuentre con resabios de lo que fue ayer debe luchar siempre para avanzar en el camino de depuración, sin desalentarse, aunque le sea difícil el rehabilitarse o depurarse, hasta que llegue a ser hombre digno en todo.

Para conseguir esto, aconsejamos una práctica que nosotros hemos seguido y seguimos durante bastantes años, práctica que nos ha dado muy buenos resultados llegando a obtener todo cuanto nos ha sido necesario para conseguir nuestros propósitos de vivir con justicia y dentro del amor de Dios.

Todo espiritista procurará, todos los días antes de acostarse, hacer un examen de todo lo que durante el día ha sentido y ha hecho.

Hay tres maneras de faltar: de pensamiento, de palabra y de acción o de obra. La falta de pensamiento es aquella que ya por sentir pasiones injustas o mal reprimidas, o por no ser bastante indulgentes con las faltas del prójimo, o por codiciar cosas injustas, el espiritista puede sentir deseos que son punibles ante la ley divina. Como el espíritu tentador muchas veces acosa al espiritista por este lado y le tiene muy a menudo bajo su dominio, aunque no llegue a hacerle cometer la falta, esto le produce a tal espiritista cierto malestar y le imposibilita, mientras está en tentación, de concebir pensamientos y deseos del bien, y, por lo tanto, mal podrá practicarlos si no lo piensa.

El espiritista que al hacer el examen vea que está sugestionado por una tendencia injusta, debe hacer el propósito de resistir a los pensamientos impuros o faltos de caridad. Para esto, debe pedir mucho al Padre, recordar la pureza de las palabras y de los hechos del sublime Maestro y no olvidar que todos tenemos un ángel guardián que está encargado de guiarnos, que tendrá mucha satisfacción en cooperar en nuestra regeneración y que ayudará a su protegido, mientras éste persista en sus buenos propósitos. Y aunque esto a veces no se consiga enseguida, aunque el espiritista que falta de pensamiento no logre, a pesar de sus esfuerzos, separar pensamientos malos, no debe acobardarse, sino persistir, día tras día, en sus buenos propósitos, pedir y confiar y ya verá, como a la postre, serán

coronados con éxito completo sus esfuerzos, y entonces se sentirá más tranquilo y los buenos pensamientos afluirán sobre él y conseguirá la práctica del bien sin grandes trabajos.

Si la falta es de palabra, que por falta de previsión se haya sido indiscreto, intolerante o absoluto, el espiritista enseguida que reconozca su mal proceder, no le deben doler prendas, sino enseguida y sin dilación ninguna, debe proceder a dar cumplida satisfacción a la persona o personas ofendidas, procurando, con toda sinceridad, demostrar verdadero arrepentimiento, hasta conseguir que aquella falta cometida sea dispensada.

Entonces al hacer el examen, el espiritista además de rogar al Padre y pedir al Señor que tan amable fue para todos, debe llamar poderosamente al guía espiritual, procurando tomar todas las resoluciones que sean necesarias para corregirse de tal defecto, procurando cumplir los propósitos que haya formado. Si no triunfa de su carácter tan pronto como desearía, no debe tampoco acobardarse, sino resistir consigo mismo y perseverar. Pidiendo, arrepintiéndose y dando tantas satisfacciones como sean necesarias, cada vez que incurra en falta para borrarla. Sin olvidar que esta conducta le garantizará la protección de arriba y le pondrá en condiciones para que las personas que trate le reconozcan su buena voluntad, a pesar de sus defectos. Y esto hará que, sin tardar mucho, se encuentre corregido de las faltas en que acostumbraba incurrir de palabra.

Si la falta es de obra, ésta ya es más grave y el espiritista debe procurar por todos los medios posibles no incurrir en ella. Hay obras que pueden ser faltas leves como otras que pueden ser faltas graves. En las primeras, puede el espiritista, con la ayuda de Dios, de los buenos espíritus y de sus hermanos, corregirlas. Digo con la ayuda de

sus hermanos, porque, cuando el espiritista incurre en falta de obra, no debe fiarse de sí mismo, sino que, además del decidido propósito de no volver a las andadas y pedir mucho la protección de los buenos espíritus, debe buscar el consejo y la protección de aquellos hermanos espiritistas que, más prácticos que él en las cosas de la vida, tengan ya otro temperamento y otras virtudes.

Estos hermanos, si el espiritista es sumiso y está bien arrepentido de sus faltas, pueden ayudarle con sus consejos, y entre los de arriba, los de aquí y los buenos propósitos del interesado, puede llegar a corregirse y ser espiritista correcto. Si la falta es grave acarrea consecuencias que no se borran con buenos propósitos, sino que le alcanza hasta la expiación. Por esto aconsejamos a todo espiritista que, si tuviera la desgracia de incurrir en una falta grave, solo una larga penitencia podría borrarla. Entendemos por penitencia un olvido absoluto de todas las cosas que pueden halagar y distraer. Entendemos por penitencia una vida de retiro, de mortificación, sufriendolo todo por amor a Dios y por reparación de la falta. Entendemos por penitencia dedicarse a la caridad en bien de los pobres, de los enfermos, de los afligidos, y no pensar más que en agradar a Dios y ser útil al prójimo, a medida de las fuerzas del penitente. Solo así se borran las faltas graves. Así es que todo espiritista que desgraciadamente se encontrara en este caso, en sus exámenes de conciencia ha de hacer grandes arrepentimientos y propósitos muy decididos y no cesar hasta conseguir su rehabilitación. Mucho puede el arrepentimiento, la oración y la práctica de la caridad.

El espiritista que siga nuestros consejos y siga las prácticas que dejamos indicadas en los capítulos: «El espiritista ante Dios, ante el Señor y Maestro y entre los hermanos», mucho podrá adelantar y

mucho podrá hallar en la vida venidera. De lo contrario, muy difícil le será salir de esta existencia y tener vida tranquila y de dicha en el espacio.

Hay espiritistas, y no pocos, que viven siguiendo los impulsos de su corazón, sin pararse en las faltas de pensamiento, poco en las faltas de palabra y, si bien se fijan en las obras, no dan toda la importancia que requieren todos aquellos actos y acciones que no son bastante justas.

Estos espiritistas, aunque no hagan males de importancia, viven sin regla fija y no adelantan, y en muchas cosas se diferencian poco de los que no son espiritistas. Estos hermanos en creencias van mal y se exponen a quedar en malas condiciones al salir de la Tierra y el procedimiento de hoy puede costarles muchas lágrimas y muchos sufrimientos. Por eso, muchos de los espiritistas desencarnados, según nuestros estudios, han quedado en mala situación y son muy pocos los que quedan con una posición brillante en el espacio y es por falta de estudios de sí mismos y por falta de cuidado en la manera de pensar, hablar y obrar. Hay, pues, que vivir apercebidos, y no distraerse en la vida terrestre, los que quieran aprovecharse de ella para su progreso y para su bienestar. Es necesario orar, pedir, suplicar, y aconsejarse con aquellos que son prácticos en la vía de purificación. Hay que consultar libros de moral espiritista, y sobre todo *El Evangelio según el Espiritismo*, por Allan Kardec, en el cual están previstos muchos de los peligros que pueden hallar los espiritistas en la vida terrestre.

Es necesario no olvidar, y esto deben tenerlo presente todos los espiritistas, que el tiempo que pasamos en la Tierra es sumamente corto, y que el tiempo que tendremos que pasar y que sin remisión nos espera en el espacio, será sumamente largo. Aquél será feliz o

desgraciado, según hayamos cumplido o dejado de cumplir; procuremos, pues, progresar en virtudes, en amor y adoración al Padre, en respeto y veneración al Señor y Maestro, en caridad y abnegación hacia nuestros semejantes, y no dudemos de que nuestra felicidad será grande y se habrán acabado para nosotros los sufrimientos y males que tantos años nos aquejan y nos tienen retenidos en planetas de expiación.

EL ESPIRITISTA ANTE LOS SUFRIMIENTOS Y DOLORES DE LA VIDA

Sabemos los espiritistas que la Tierra es lugar de expiación y de dolor, como sabemos también que el dolor purifica, depura y eleva, y sabemos más; y es que el dolor es uno de los medios que nos hace progresar más rápidamente. ¿Cómo, pues, debemos tomar los dolores y sufrimientos físicos en la vida? Con calma, con resignación y hasta con alegría, recordando siempre que el dolor es el camino más rápido para elevarnos a regiones más altas, y el más seguro para apartarnos de las veleidades humanas.

Hemos visto espiritistas que han sufrido, no solo con resignación, sino con alegría, porque si bien en los momentos del paroxismo del dolor los he visto quietos y serios y a veces algo fatigados, cosa muy natural. Pero, pasado el paroxismo, los he visto relativamente tranquilos y alegres, y cuando sus enfermedades se lo han permitido, han sido expansivos y muy dispuestos a ensalzar la justicia de Dios. De éstos he visto pocos. Pero los que han desencarnado y hemos podido saber de ellos, siempre han demostrado un estado muy feliz en el mundo espiritual, estando muy satisfechos de la calma y serenidad con que supieron sufrir los dolores de la existencia material.

He visto otros espiritistas que, si bien aparentaban resignación en los dolores de la existencia material, los he visto muy tristes y afligidos, los he visto llorar y lamentarse de sus sufrimientos. Estos espiritistas, entiendo, que no andan muy bien y están poco seguros de no caer, porque la tristeza engendra mal humor, y esto puede dar lugar a murmurar del destino; y, si se llega a la murmuración, se está en el primer paso de la rebeldía. Cuando un espiritista está en este estado revela atraso moral y un desconocimiento de lo que es la ley divina. ¿Qué diríamos de un comerciante al que se le presentan muchos negocios para realizar, en los cuales logra grandes ganancias y entonces se enfada y murmure porque le vengan tales negocios? Diríamos que el tal comerciante no sirve, porque cuando viene la ocasión de recoger un capital no la aprovecha. Así son los espiritistas que, cuando les vienen dolores en la vida, se entristecen o se atribulan y a veces se rebelan.

El espiritista debe tomar la existencia material como un curso de pruebas de todas clases, físicas y morales, que sirven para realizar un verdadero progreso. El espiritista nunca debe tomar la existencia material como la vida verdadera, sino como un periodo de estudio y de prueba que lo prepara para la que sí lo es, porque ésta está en la erraticidad.

Por cada día que pasamos unidos a la carne hemos de pasar miles de años en la vida del espacio, pues, ¿qué significan estos pequeños periodos que llamamos vida material para la que nos aguarda que es la del espíritu?

Si la ley nos obliga a sufrir, porque nada ocurre en la creación sin justicia, debemos los espiritistas aferrarnos a la calma y serenidad más grandes, porque sabemos que es un gran bien para nosotros y que hemos llegado a la hora propicia para probar si el Espiritismo

está arraigado en nuestro interior, o si es superficial la creencia que tenemos. Si es superficial, no podemos llamarnos espiritistas, pero si está arraigada en lo más hondo de nuestra alma, sabremos tomar las pruebas y dolores de la existencia como debemos y honraremos la doctrina que profesamos.

No debe dudar ningún espiritista que en el reino de Dios no se entra por sorpresa, ni se llega a la felicidad sino después de haberse depurado; así es que las comodidades, las alegrías mundanas y los goces de la Tierra no son buenos caminos para alcanzar la felicidad en el espacio como tampoco debe dudar ningún espiritista que, cuanto más cerca se halla de su felicidad espiritual, más probado estará en las cuestiones de la Tierra. No hay más que recordar la vida de los mártires, de los justos, de los humildes y de los buenos y compararla con la manera de vivir de los grandes, según el mundo, de los opulentos, de los potentados, y se verá que, mientras los primeros tienen la vista fija en la vida del porvenir, los segundos no ven más que las delicias del mundo. De lo que digo, da una excelente prueba el Señor y Maestro en sus Mandamientos y en sus actos.

«Bienaventurados los que sufren, que de ellos es el reino de Dios.

Bienaventurados los afligidos, que ellos serán consolados.

Bienaventurados los perfectos, que ellos verán a Dios».

Éstas son las palabras del Señor. Confiemos todos en Él; sigamos su ejemplo; sea todo espiritista que sufra grandes dolores, fuerte, lleno de calma, de amor al Padre, de resignación y de sumisión a la justicia divina, y si en algunas épocas la tentación arrecia, que se defienda con la oración, con el amor a los que sufrieron antes que él,

y que no olvide que, tras el dolor sufrido con calma y alegría, viene la dicha, la felicidad y la vida eterna¹.

¹ Debemos recordar que la rebeldía aumenta el dolor, intensifica el sufrimiento, mientras que la resignación favorece la acción benéfica de los buenos Espíritus, siempre dispuestos a ayudar a los que sufren. La oración es gran lenitivo de los dolores sin remedio. Por ella, el espíritu en pruebas establece la conexión fluídica con sus Benefactores Espirituales, que le darán el alivio posible y la fuerza moral necesaria para soportar la prueba hasta el final. (Nota de Herculano Pires)

¿CÓMO DEBEN SER LOS CENTROS ESPIRITISTAS?

Los Centros espiritistas deben ser «**la cátedra del Espíritu de Verdad**», porque si su cátedra no tuviese el espíritu de luz la tendría el espíritu del error; y desgraciados de aquellos espiritistas que están bajo la influencia del espíritu de tinieblas que poco, muy poco, adelantarán en la vía de su progreso.

Por eso, se han visto Centros espiritistas que han caído en aberraciones graves, porque a causa de su falta de examen, o por no seguir una conducta adecuada a las circunstancias, han sido dominados por influencias perversas y han contraído tremendas responsabilidades en lugar de progresar y perfeccionarse.

La Iglesia católica dice que el púlpito es la cátedra del Espíritu Santo, mas nosotros sabemos que no hay santos en el verdadero sentido de la palabra, sino espíritus más o menos adelantados, más o menos perfectos, más o menos puros.

Sabemos, también, que el Espíritu de Verdad puede, en circunstancias dadas, inspirar a un político, a un sacerdote, a un hombre de ciencia, sean cuales sean sus creencias, según la importancia del asunto que trate, que desarrolle o discuta, pero no por privilegio ninguno, sino porque es el medio de que se vale la Providencia para hacer que la humanidad progrese; es la manera

como el Altísimo se vale para que vaya cambiando el estado de cosas que han de regenerarse; pero nunca se podrá atribuir ninguna escuela, ni religiosa, ni política, ni social, la asistencia exclusiva del Espíritu de Verdad.

Pero yo digo que los Centros espiritistas deben ser cátedra del Espíritu de Verdad, y digo esto porque en los Centros espiritistas se celebran sesiones; en éstas, como saben todos mis hermanos, se reciben comunicaciones, estas comunicaciones son inspiradas por espíritus que inspiran o dominan a los médiums; si estos espíritus no son de Verdad, ¿a dónde irán a parar los que sean encaminados por espíritus del error? Porque se ha de tener en consideración que las comunicaciones son escuchadas con suma atención y que la mayoría de los hermanos que concurren a las sesiones mediúmnicas hacen mucho más caso y fijan más su atención en la comunicación de los espíritus que en las exhortaciones del espiritista más entendido; así que, si estas comunicaciones son inspiradas por el Espíritu de Verdad, es muy justificada y es de gran provecho esta atención; pero si el espíritu que se comunica es ligero o espíritu de error, no hay duda que la influencia que ejercerá sobre el común de los reunidos será perniciosa y perjudicial. Por eso se ha de preocupar a toda costa que en los Centros espiritistas sea el Espíritu de Verdad el que domine y exhorte en las sesiones espiritistas, y como no es el lugar ni la fórmula lo que atrae a los Espíritus de Luz, es necesario guardar ciertas reglas para atraerlos y hacerles agradable la estancia entre nosotros.

Entiendo, pues, que los Centros espiritistas deben serlo de amor, de caridad, de indulgencia, de perdón, de humildad, de abnegación, de virtud, de bondad y de justicia, a fin de atraer a los buenos espíritus.

El presidente o director de un Centro espiritista debe ser modelo en todo, porque si los demás hermanos que componen el Centro deben procurar guardar una conducta modelo, incumbe más el guardarla al que dirige y enseña; éste ha de ser sufrido hasta lo sumo, no debe ser nunca precipitado, no puede dejarse arrastrar por influencias particulares, sino obrar según el bien general de los hermanos que dirige.

Si es posible, debe estudiar, en lo que la prudencia indique, el carácter, y tendencias de cada uno de los hermanos que están incluidos bajo su dirección, para encaminar, instruir y dirigir a cada uno, según las necesidades de su carácter y su manera de ser.

No debe olvidar, cuando se encuentra revestido de un cargo, que, aunque entre los hombres nada es, lo es de mucha importancia ante Dios; que, si por desidia o falta de previsión, en que quizá pudiera incurrir, o por falta de amor y de caridad entre los suyos, permite deficiencias o maneras que pueden perjudicar moralmente a los que dirige, será altamente responsable. No debe olvidar todo presidente o director de un Centro espiritista que en la dirección de sus hermanos tiene un depósito sagrado, que un día le rendirá grandes beneficios si sabe dirigirles bien, pero le atraerá grandes responsabilidades si no obra como debe.

Por eso, todo director o presidente debe vivir siempre apercibido, teniendo y llevando su pensamiento muy elevado; debe ser amante de la oración mental; debe estar bien enterado de la ley divina (Evangelio); debe recordar la abnegación, el sacrificio y el amor del Señor y Maestro, para que en todas las ocasiones de su existencia tenga presente la manera de obrar como espiritista, a fin de que tengan motivo de admirarle los que le siguen, nunca de censurarlo, porque en su Centro él es la luz, es el encargado de la

Providencia para dirigir a los que le siguen; es el guía espiritual visible que tienen sus hermanos para su dirección, instrucción y consuelo en la presente existencia; es, en fin, el que puede librar, a los que se le han confiado, de las caídas, preocupaciones y tinieblas de la Tierra.

Por eso, con su dulzura, su amor y su palabra persuasiva, siempre mansa y tolerante, debe corregir todo aquello que pudiera ser causa o motivo de que el espíritu de tinieblas pueda encontrar medios para meterse entre las enseñanzas y exhortaciones que se reciban en el Centro; debe procurar que dentro del mismo no se entablen conversaciones sobre cosas ligeras, ni mucho menos sobre asuntos que pudieran redundar en crítica o murmuración sobre hermanos ausentes.

No debe olvidar que la caridad y el amor al prójimo nos obligan a no tratar del ausente cuando no se hable bien de él, o si acaso la necesidad obliga, sea hecho tal como se hace con una persona que se la ama mucho y se sufre cuando aquella se desvía. Todo presidente o director debe procurar, al entrar en sesión, que los hermanos tengan conciencia y estén apercebidos del acto que van a realizar, a fin de evitar que malas influencias participen del acto e impidan que se pueda recibir la influencia y las instrucciones del Espíritu de Verdad.

Por otra parte, los hermanos que concurran y formen el Centro, deben tener obediencia y respeto al que Dios les ha dado como guía y consuelo, que es una gran cosa encontrar en la Tierra quien nos encamine hacia al Padre y nos señale los escollos de la vida y nos separe de las caídas, que tan caras cuestan en el porvenir.

Pero esa obediencia y este respeto no debe ser ni fanáticos ni obcecados, sino resultado de las obras practicadas por el que tanto se afana para servirles de ejemplo. El hombre no debe, bajo ningún concepto, abdicar de la razón y del libre examen, pero debe ser respetuoso y tolerante con el que trabaja para su mejoramiento, y no debe olvidar que nadie puede llegar a la infalibilidad, así es que, si llega a notar deficiencias o distracción en el que dirige, nunca debe acudir a la murmuración, ni a la crítica, sino a la prudencia, para saber lo que ha de dispensarse y lo que ha de corregirse. Y si llega el caso en que haya de adoptarse la exhortación o el aviso no debe olvidar que antes de verificarlo ha de acudir a los hermanos de mayor criterio, prudencia y caridad, en consulta de su opinión, y si resulta que la exhortación se impone, debe buscarse ocasión y maneras para obrar con el tacto y prudencia que el caso requiera, no olvidando los servicios y trabajos que tiene hechos el presidente o director.

El Centro que así obre, estoy seguro de que el Espíritu de Verdad informará en sus sesiones el Espiritismo, y aquellos hermanos progresarán y se prepararán un buen porvenir.

A veces, he oído algunos hermanos que han dicho: «¡Qué suerte el haber conocido el Espiritismo!» Yo contesto: Verdaderamente, es una gran ventaja para emplear bien el tiempo en nuestra actual existencia; pero también el haber conocido el Espiritismo nos trae aparejados grandes deberes que cumplir. Nosotros no podemos vivir como el común de los demás hombres; nosotros hemos de combatir nuestros defectos, hemos de adquirir virtudes, hemos de vivir apercebidos, hemos de ser la luz y el ejemplo, para que los hombres admiren al Padre y se conviertan y entren en la vía de depuración.

La luz, la calma, el consuelo y la seguridad del porvenir que nos da el conocer el Espiritismo, es la parte dulce y de bienestar que nos proporcionan tales conocimientos. Pero la corrección que hemos de hacer en nosotros mismos (porque nadie hay perfecto), el combatirnos defectos y separar superfluidades y perfeccionar la virtud y la humildad, esto nos lleva a una observación y a un trabajo constante, porque si nos extasiáramos en gozar de las ventajas que nos trae el Espiritismo, y olvidáramos la corrección y la adquisición de virtudes, ¡qué sería de nosotros!

He prescrito reglas y maneras para los presidentes y directores de Centros espiritistas; pero yo mismo me digo:

¿Tú que tantos años te ha tocado exhortar y enseñar, has cumplido con estas reglas?

¿Has sido tolerante, amoroso, caritativo y humilde como debías ser?

¿Has sido oportuno, discreto y abnegado como aconsejas?

Lo dudo, sin embargo, yo no puedo afirmar ni negar en este caso; mis hermanos, los que tantos años me han observado, los que tantos años me han seguido, éstos son los que pueden juzgar.

Yo creo que no me habrán faltado deficiencias; sé que he tenido defectos; sé que casi nunca he estado a la altura de mi cargo; pero suplico a mis hermanos que me perdonen; suplico que en lo que hayan observado que no fuera bastante correcto que no me sigan; suplico más, suplico que me observen, y que lo que vean en mí que no sea bastante sano, correcto y caritativo, que si en mis palabras y en mis obras no hay la caridad, la humildad y la justicia que debe haber, que me exhorten, que me avisen. Pero que lo hagan con

caridad, que no olviden, en este caso, que yo les amo y que deseo ser amado por ellos, que me hablen como habla una madre a su hijo, que yo haré lo mismo. Y si no les atiendo la primera vez, que pudiera suceder, siendo tan ruin como soy, que no se cansen. Harán una verdadera obra de caridad.

¿Puedo yo juzgarme a mí mismo? ¿Puedo creer que todo lo hago bien? Pues para convencerme necesito vuestro juicio, saber vuestra opinión, pero suplico que seáis amables y benévolos conmigo, como yo lo he sido con vosotros, que ésta es la verdadera caridad.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Habré cumplido fielmente mi misión? ¿Habré sido para mis hermanos lo que debía ser? ¿Habré sido bastante agradecido a los beneficios que Vos, ¿Padre mío, me habéis hecho?

Cuando recuerdo los días de mi incredulidad, cuando recuerdo aquellas noches pasadas entre el sufrimiento y la soledad, perdida toda esperanza, perdidos todos los seres queridos, y comparo los días de esperanza, rodeado de verdades y consuelos, dados por aquellos mismos que yo creía perdidos; cuando comparo los bienes inmensos, consoladores, encontrados por medio del Espiritismo, mi amor se eleva a vos, Padre mío, y comprendo que todos cuantos sacrificios y todos los trabajos practicados en bien de mis hermanos, son muy poca cosa al lado de los bienes que he recibido de Vos.

Por eso con toda mi alma os pido el perdón de mis deficiencias, de las faltas que, sin duda, habré cometido, de la falta de abnegación que habré tenido, de mi poca humildad y caridad con mis hermanos, y os pido luz, mucha luz, para que en el poco tiempo que me resta de estar sujeto a la Tierra pueda reparar y corregir lo que haya en mí de

deficiencias, de imperfecciones, para que en mi insignificante misión os pueda demostrar mi agradecimiento y mi amor, y en los días aciagos que hayan de venir, haced, Padre mío, Bien mío, Grandeza mía, que recuerde el Gran ejemplo del Maestro divino, del Señor de los señores, del Puro, del Inmaculado Jesús.

¡Ah! ¡Qué dichoso seré si en los días de prueba sé recordaros y amaros!; ¡Qué dichoso seré si en los días de angustia os sé mirar, cuando coronado de espinas subíais la cuesta del calvario con la cruz!; ¡Qué dichoso seré!, ¡Señor mío, si en los actos de dolor sé obrar como Vos, sufriendo sin dar pena a nadie y demostrando serenidad y calma, como Vos demostrasteis en vuestra crucifixión!

Dadme, Señor, la verdadera conciencia de la importancia que tiene, para mi progreso, el saber sufrir bien. Dadme, Señor mío, amor de mi alma, la verdadera conciencia, el verdadero conocimiento de lo que significa el ejemplo que nos habéis legado para nuestro bien, para alivio de nuestras aflicciones. Dadme la verdadera convicción de lo que puedo alcanzar si soy paciente, sufrido, abnegado, caritativo, no para alcanzar méritos, sino para llegar a la tranquilidad de mi espíritu, que desea lo que no hallo en la Tierra.

Siento lo que no encuentro aquí, mi espíritu desea amor verdad, fraternidad verdad, indulgencia verdad, y comprendo que para hallar lo que anhela mi espíritu no lo puedo hallar en la Tierra, sino en otras moradas.

Por eso, Señor de mi alma, os pido luz, amor, paciencia, virtud, para que cuando llegue la hora de partir de la Tierra pueda morar entre los que se aman, se toleran, se dispensan y siguen por el camino

que Vos nos habéis trazado, camino que al fin nos llevará a las moradas de felicidad.

Hermanos todos los que dirigís y los que escucháis y aprendéis; los que tenéis la misión de exhortar y los que seguís según las instrucciones de los del espacio y de los de la Tierra, amaos mucho, toleraos y corregíos con indulgencia; fijad todas vuestras esperanzas en la vida que ha de venir; sed abnegados y caritativos moral y materialmente hasta allá donde lleguen vuestras fuerzas, y no dudéis que, añadiendo a todo esto un gran respeto y admiración al Padre hasta dónde pueda llegar vuestra admiración, el Espíritu de Verdad tendrá su cátedra en vuestros Centros y os enseñará a seguir, prácticamente, al que Dios nos presentó como modelo, y que, según sus propias palabras, es el camino, la verdad y la vida. Os enseñará a hacer de los Centros espiritistas un edén de felicidad, reinará la paz de los justos y sentiremos ya entre nosotros el preludeo de la paz que ha de venir. Nuestra misión se deslizará tranquila en la Tierra, comunicaremos nuestra paz y nuestra esperanza a muchos, y seremos la luz del mundo, inspirados y educados por el Espíritu de Verdad¹.

¹ Miguel Vives se refiere al Espíritu de Verdad genéricamente, considerando a todos los buenos Espíritus como pertenecientes a ese conjunto de entidades que luchan por la regeneración de la Tierra. Sabemos que el guía de Kardec le dio el nombre de Espíritu de Verdad y que más tarde, según podemos ver en *Obras Póstumas*, los Espíritus que ayudaban al Codificador revelaron estar bajo la dirección de ese Espíritu. La posición de Vives es típicamente espírita: todas las buenas aspiraciones y comunicaciones nos llegan a través del Espíritu de Verdad, que preside el movimiento espírita en la Tierra y que no es sólo el Espíritu director de ese conjunto de espíritus, sino el

propio conjunto. Cada Espíritu verdadero, y por lo tanto elevado, es portador de un mensaje del Espíritu de Verdad. (Nota de Herculano Pires)

ANTE LAS TENTACIONES

A sí como es muy difícil encontrar en la Tierra ningún ser que en su parte física goce siempre y en todas las ocasiones de una salud perfecta, lo es mucho más encontrar un ser verdaderamente equilibrado en su parte moral.

Nada hay perfecto en este mundo, y así como la atmósfera y la manera de ser en lo material tiene una relación muy distinta en la manera de ser de nuestro organismo y nos predispone a ciertas enfermedades, así los elementos espirituales que nos rodean indagan de tal modo nuestra manera de ser moral, que aprovechan lo más insignificante para desarrollar en nosotros sufrimientos morales o malestar interior con el objeto de mortificarnos o detenernos en la vía del progreso; porque los elementos espirituales que constantemente nos rodean se infiltran y penetran en nosotros, como los elementos atmosféricos crean a nuestro alrededor microbios y otros bacilos que desarrollan enfermedades, cuando nuestro físico no se opone a su desarrollo.

Así pues, debemos estar prevenidos para ahuyentar las influencias espirituales tanto como los miasmas materiales, y así como por más precauciones que tomemos no podremos separar del todo las influencias del frío y del calor y otros cambios bruscos, así tampoco por más precauciones que tomemos no podremos separar del todo la tentación.

Lo que podremos hacer es no caer en lo que a ella nos induzca; y aquí debe estar nuestro método, en esto debemos poner toda nuestra atención y todo nuestro cuidado, aunque esto nos cueste sacrificio. Con los elementos atmosféricos, ¿qué hacemos? En invierno nos abrigamos y en verano nos desabrigamos y buscamos lugares frescos para que no sintamos tanto las molestias de los rigores del tiempo, y si de todos modos hemos de sufrir las molestias del tiempo, nos conformamos y no les damos importancia; sufrimos resignados y procuramos resistir todo lo posible, y decimos esto es el frío o el calor, esto ya pasará, concluyendo por no hacer caso de ello; pues lo mismo debemos hacer con la tentación, porque es un mal inherente a todos; porque no hay ser encarnado que no sufra, porque casi diríamos es una condición precisa y casi me atrevería a afirmar necesaria a nuestro progreso.

Pero entiéndase que la tentación no tiene siempre y en todos los individuos el mismo carácter y las mismas formas; como los grados de virtudes y de defectos son múltiples, varios e infinitos, también son muchas las variedades de tentación. No siempre el espíritu que nos tienta se vale de incitar deseos y pensamientos malos en nuestro entendimiento, sino que a veces penetra en nosotros, y desde dentro de nuestra conciencia nos hace sentir deseos que parece una necesidad satisfacerlos. Que éstos lo mismo pueden pertenecer al orden físico, como la sensualidad y las distracciones, recreos, vicios, etc., etc., como deseos de venganza, de crítica, de amor desmedido, o de repugnancia hacia determinadas personas.

Hay seres de bastante rectitud y buenos deseos en quienes, el espíritu de tinieblas, le es muy difícil penetrar en su entendimiento o en su interior. Pero muy a menudo sucede que estas personas, muchas veces, a la primera contrariedad sueltan palabras

inconvenientes y dichas con tono áspero, o se excitan por poca cosa, y es que, aunque no sentían, ni en su entendimiento ni en su interior, influencia o malestar alguno, el espíritu de tinieblas tenía aquel ser preparado para darle embestida y hacerle caer, y lo logra o lo lograría a la primera ocasión. Generalmente, la tentación radica en el entendimiento, por eso se llama así; pero no es esto solo lo que ejecuta el espíritu de tinieblas para hacernos caer.

Sucede, a veces, que el ser siente una tristeza y un malhumor, muchas veces sin motivo aparente, y si lo hay, es a veces tan insignificante que el mismo individuo se sorprende que motivo tan deleznable le produzca tanto malestar. Este estado es más bien posesión que tentación. El espíritu que causa este estado, si no se le resiste mucho, puede hasta no solamente quitar la tranquilidad y poner al individuo en una situación comprometida, sino alterarle la salud. Ya explicaré, después, los medios para resistir a este estado.

A veces la tentación o posesión reviste otra forma y es la de prendarse demasiado de otra persona, que, sin saber por qué, se siente hacia ella un afecto injustificado. Esta posesión la ejerce el espíritu de tinieblas para hacer cometer injusticias; esto lo mismo puede suceder entre y dentro de la familia, como al tratar personas extrañas. Esta clase de posesión, como la anterior, a veces hace sufrir mucho y se necesita mucha fuerza de voluntad para contrarrestarla.

Aquí es cuando debemos recordar las palabras del Señor y Maestro: «Velad y orad», «Orad y vigilad». Es cuando debemos tener el pensamiento muy levantado y ejercer un gran espíritu de justicia, para no separarnos en nada ni para nada de lo que sea justo, y si con esto no podemos separar la posesión, no debemos cansarnos de pedir y tener pensamientos elevados y oponer una paciencia y resignación a toda prueba, que con esto el ser encarnado adelanta mucho. Estas

penas ocultas que a veces por nada del mundo el ser comunicaría a nadie tienen gran mérito ante Dios y hacen muy fuerte al espíritu encarnado.

No debe olvidarse nunca que en la Tierra no tendremos nunca paz completa, y si ésta llegamos a sentirla alguna vez, durará poco. Así pues, cuando seamos atormentados por estos estados, debemos ser fuertes, resistir y oponer una paciencia, serenidad y calma sin límites. Al mismo tiempo no debemos olvidar que a pesar de la pena que nos puede ocasionar, en un momento dado desaparece y nos quedamos tan tranquilos como si nada hubiese sucedido. Ésta es la causa de estos cambios tan súbitos en la lucha que hay entre los espíritus que nos aman y los que nos aborrecen. Por eso, nunca debemos desconfiar de los seres del espacio que nos aman; al contrario, debemos confiar mucho en ellos y pedirles y suplicarles su protección cuando nos veamos apurados; que mucho hacen para nosotros si nos ponemos en condiciones para recibirlos o para recibir de ellos la influencia necesaria en nuestras necesidades.

La tentación de pensamiento no nos causa tanta pena como la posesión. Ésta debemos combatirla extirpando pasiones, vicios y deseos ilícitos. Esta tentación la conoce todo el mundo menos los que están dominados por la incredulidad, pero todos, los que algo creemos de la vida venidera, la conocemos. En esta tentación, el espíritu de tinieblas empieza por hacer el pensamiento y el deseo ilícito, promueve sensaciones y excita deseos si se le presenta ocasión. En esta tentación se debe cerrar el pensamiento a toda idea que sea una infracción de la ley divina, y si a pesar de la resistencia el pensamiento continúa excitado, debemos colocarnos en el lugar de la víctima y reflexionar si nos agradecería a nosotros que nos robaran lo

que es sagrado y de gran estima para nosotros, y entonces colocarnos en el terreno de lo justo.

Parece que es por demás tratar estos asuntos entre espiritistas, pero no es así. Cuando entramos en el Espiritismo no somos seres perfectos, muy al contrario, a veces, tenemos grandes defectos que combatirnos; y mucho más cuando el espíritu de tinieblas, que es el que nos dominaba mientras permanecemos entregados solo a las cosas del mundo, no quiere separarse de nosotros y se aferra a lo que él había dominado hasta entonces.

A veces sucede, y este fenómeno pasa a la mayoría de los que entran en el Espiritismo, que al momento de conocerlo sienten tan vivos deseos de ser el hombre o la mujer nueva, que tornan derroteros y echan de sí deseos ilícitos; forman grandes resoluciones de hacer vida nueva y lo consiguen. Dura algún tiempo esta determinación y se limpian de todo, pero después de ese inicio la impresión del principio va extinguiéndose y vuelven a sentir poco a poco los mismos deseos, y a veces el espíritu que antes dominaba vuelve a tomar posesión de su antigua morada y vuelven a caer. Si entonces el espiritista no se escuda en la oración, en el amor, la caridad y un fuerte deseo de ser libre, las cosas se tornan peores que antes¹.

¹ En Mateo, XII: 43-45, Jesús enseña que el espíritu inmundo alejado del hombre, vuelve más tarde, y encontrando la casa limpia y adornada, pasa a habitarla de nuevo, en compañía de otros siete espíritus, peores que él. Y añade: “*Y son los últimos actos de ese hombre peores que los primeros*”. (Nota de Herculano Pires)

Por eso hemos visto a muchos que han empezado bien y se han quedado en el camino; y si mal estaban antes de empezar, después han estado peor. A los que más les sucede esto es a los que han estado muy aferrados a los intereses, o sea, al dinero. Esta pasión es muy difícil de desterrar y la más costosa de corregir; de manera que al egoísta o interesado le es muy difícil, por no decir imposible, entrar en el Espiritismo y sostenerse en él.

Aquí se puede aplicar la frase de gran trascendencia de Allan Kardec: «Sin caridad no hay salvación posible»; de manera que el espíritu que está aferrado y ama mucho los intereses materiales, casi se le puede decir que, mientras dure este estado, es incapaz de comprender y de entrar realmente en el Espiritismo. He aquí la barrera que retiene a la humanidad.

El amor al dinero es señal evidente de falta de caridad y de amor al prójimo, y el que se encuentra en este estado no realizará grandes progresos en su alma. El ser encarnado debe buscar la manera de subvenir a sus necesidades de una manera justa y honrosa; pero cuando estas están cubiertas no debe tener ambición ni entusiasmas anhelos hacia los demás, mayormente si es espiritista. Todo cuanto pueda adquirir de más debe procurar que sea con medios completamente lícitos, y, de lo que atesore, debe procurar que participen en una gran parte los desgraciados. Solo así se le permitirá tener algo sobrante, sin caer en responsabilidad. De lo contrario, si no tiene en cuenta a los pobres en sus ganancias, a los pobres, aunque parezcan ganancias lícitas ante el mundo, son una usurpación ante Dios; y el que tal hace, si es espiritista, no progresa, sino que retrocede: «Sin caridad no hay salvación posible», y que no les duelan prendas a los que están en condiciones de adquirir dinero.

El espiritista debe pensar que su felicidad no está en la Tierra, sino en el espacio; así pues, debe hacer todo lo posible para enriquecer a su espíritu de virtudes y de obras buenas, y para esto no debe olvidar que uno de los enemigos más grandes, que puede mantener dentro de sí, es el amor al dinero, mejor dicho, el egoísmo, que es el peor y más fatal enemigo que puede morar en él.

Ya he dicho cómo se combate esta pasión y la tentación que puede traer, y es haciendo partícipes de una gran parte de nuestros ahorros a los desgraciados. Esto hará que nuestras iniciativas y nuestros trabajos redunden en bien de los que sufren; el que tal haga tendrá la satisfacción de poseer algo para su bienestar terrenal y luego progresará su espíritu, porque con su iniciativa y su trabajo, además de proporcionarse lo necesario, hará mucho bien. De manera que cuando realice un buen negocio, haga un trabajo que le reporte mucho, ya ha de destinar, al momento, una cantidad, proporcionada a las ganancias o a la cantidad adquirida, para remediar los males o necesidades de los que sufren. Y esto sin escuchar pensamientos egoístas, ni de conveniencia personal, sino, de forma rápida, tomar esa determinación y ejecutarla; de lo contrario el espíritu de tinieblas acude y desbarata los buenos deseos y todo lo hace inútil.

En cuanto a la tentación posesiva, que es cuando el espíritu radica su influencia más bien en la conciencia que en el entendimiento, hay una manera de conocerla y combatirla, y es oponer en nuestro íntimo un deseo de justicia muy recta. Por ejemplo: ¿Repugnancia hacia una persona o personas determinadas? Aquí debe oponerse un espíritu de caridad a toda prueba. Si es un amor desmedido debe combatirse con un espíritu recto de justicia. Por ejemplo: ¿Es justo lo que sientes por esta persona? Si no es justo, se puede estar seguro de que aquella impresión es sostenida por algún enemigo del espacio,

mayormente si aquel deseo o amor desmedido dan lugar a los deseos de alguna pasión, o si bien las atenciones que se sienten por aquella persona pueden dar lugar a alterar la armonía, ya dentro de la familia, o dentro de nuestras relaciones íntimas.

Ya he dicho que la tentación tiene muchas maneras de valerse entre los encarnados. Pero si el ánimo se escuda en un verdadero espíritu de justicia, se descubrirá en seguida la causa y podrá combatirse. Y si solo con querer no se logra separar las influencias que perjudiquen a la moral y al cumplimiento del deber, entonces debe acudirse a la oración, evocar con entusiasmo y fe a nuestro guía espiritual y a las influencias de espíritus elevados, que ellos acudirán con gusto a nuestro llamamiento y se verán satisfechos en sus deseos, que siempre son que sus hermanos de la Tierra progresen y se eleven.

Así pues, por afligida que sea nuestra situación, nunca debemos desconfiar de los socorros de arriba, y mucho más si éstos se piden. En estos casos es cuando están mejor aplicadas las palabras del Señor: «Pedid y se os dará; llamad y se os abrirá; velad y orad»; y al mismo tiempo, mientras se sufre, se debe poner una resignación a toda prueba y una paciencia inalterable, que es lo que más cansa al espíritu tentador.

De manera que si en los estados de nuestro ánimo y en las tentaciones de nuestra mente oponemos siempre un espíritu de recta justicia y una resignación y paciencia a toda prueba opondremos una valla al espíritu de tinieblas que nunca podrá inducirnos al error y no nos podrá causar ni trastorno ni retroceso ninguno. Al contrario, obrando de esta manera, todas las molestias que el espíritu de tinieblas nos pueda causar tendrán un resultado contraproducente a lo que tal espíritu se proponga, y es que con los sufrimientos de la tentación, sufridos y combatidos con espíritu de recta justicia, con

paciencia y resignación, el ser encarnado progresa y da pruebas al Padre que por amor al cumplimiento de la ley sufre, se resigna y espera; suprema manera de obrar de los espíritus que han vivido, viven y vivirán en la Tierra.

Con esta manera de obrar, el espíritu encarnado en la Tierra no se evitará todas las molestias y sufrimientos que nos pueden causar los espíritus atrasados que pululan a nuestro alrededor, pero triunfará de todas sus acometidas, y los sufrimientos que le causen le servirán para progresar mucho.

Si obramos de la manera que dejo dicha, podremos repetir las palabras de un gran escritor antiguo. «Cuando se resiste la tentación, es la Hormiga del León; más cuando el ser se entrega a ella, es el León de la Hormiga. Pues sigamos siendo siempre el León y la tentación la Hormiga, y así no tendremos que temerla», sino, al contrario, seremos dueños de nosotros mismos, pensando, sintiendo y queriendo o deseando únicamente lo que el deber nos imponga. Así nos evitaremos muchas angustias en la vida y nos prepararemos para morar más tarde en el reino de Dios.

Sin embargo, no debemos olvidar nunca, mientras nos toque estar en la Tierra, que hemos de ser contrariados en todo. La humanidad está muy atrasada y apenas se encuentra una persona que sepa cumplir con todos sus deberes, y como es indispensable vivir en relación con muchas, ya sean de familia, ya sean en nuestras relaciones de amistad, no nos han de faltar nunca contrariedades. Por eso mientras estemos en la Tierra es necesario vivir alerta, escudarse con un amor, una admiración y adoración al Padre sin límites, y poner toda nuestra esperanza en la grandiosidad de su obra, que es la casa en donde hemos de vivir eternamente.

Es necesario seguir la ley divina proclamada por el Señor y Maestro. Es necesario ponerla en práctica y tener gran amor y fe en la palabra del Señor, y si algún día las angustias de la vida nos persiguen, no olvidemos sus palabras: «Bienaventurados los que sufren que de ellos será el reino de Dios». Procuremos que la confianza en sus promesas nos dé valor y fuerza para soportarlo todo, pensando que la existencia terrenal no es más que un soplo, un período cortísimo de nuestra existencia universal y que por cada día y cada noche que pasamos de sufrimiento en esta Tierra, si sabemos conformarnos y sabemos imitar a los mártires y a los justos, tendremos mil años de reposo y de felicidad.

Ánimo, hermanos míos; los que sufrís, dejad que el cuerpo se haga pedazos o sucumba por el dolor; mantened el espíritu fuerte en la práctica de la sumisión y del valor; permaneced enamorados de Dios, del gran Señor, y del cumplimiento de su ley; no olvidéis que la recompensa superará a todos vuestros deseos y vuestras esperanzas.

Por último, aconsejo que el hermano que se encuentre agobiado por la tentación busque a otro hermano que considere digno y de confianza y le abra su corazón, se lo explique todo y le pida su ayuda. Pero considero que las personas que sean consultadas, llamadas en auxilio de estas almas enfermas, que bien pueden ser los presidentes de reuniones y Centros, deben ser calladas como una tumba, prudentes, misericordiosos, caritativos, dulces en el hablar y proceder, capaces de toda abnegación, con un entero amor al Padre, y con una sumisión al Señor y Maestro y a su Ley, a toda prueba. Debe considerar, el que sea consultado, que ejerce el deber de un guía espiritual, que puede hacer un gran bien al ser que le consulta, si sabe dirigirle con rectitud, mansedumbre y caridad. Es muy necesario que haya entre los espiritistas, hermanos de experiencia en

la práctica de la virtud, de la caridad, del amor al prójimo y de la adoración al Padre y veneración al Señor, para que estos hermanos tengan suficiente luz para, en caso de necesidad, poder ayudar a sus hermanos y darles la mano en el intrincado sendero de la vida. Bienaventurado el que se esfuerza para llegar a tal estado, que éste ya no verá tinieblas y merecerá la confianza de los de arriba y de los de la Tierra. Así es como después de esta morada terrestre, se llega a penetrar en el reino de Dios.

EL TESORO DE LOS ESPÍRITAS

Sí, un tesoro; y tan difícil de apreciar en su justo valor que la imaginación más clara y de más inteligencia no podrá apreciarlo más que en su principio.

Los reyes de la Tierra dan a sus hijos el nombre de príncipes y los príncipes dan a sus hijos los títulos de duques, condes, etc., y es por las grandes riquezas y títulos nobiliarios que poseen; más todos los reyes y príncipes, duques y condes juntos no poseen ni las riquezas ni los títulos que tiene nuestro Padre Dios, y las riquezas juntas de toda la burocracia del mundo nada son en comparación de las riquezas que tiene nuestro Padre, todas creadas para nosotros, sus hijos, que nos las dará en propiedad y las disfrutaremos eternamente.

Los reyes visten a sus príncipes de oro y pedrería, pero nuestro Padre nos vestirá de luz inmortal.

Los reyes dan a sus príncipes medios de locomoción para viajar con recreo y comodidad por sus reinos, y el Padre nos dará alas y medios de transportarnos con la rapidez del pensamiento, sin encontrar obstáculos.

Los reyes procuran, para sus príncipes, darles todos los medios de felicidad, pero no les pueden evitar ni las enfermedades ni las incomodidades que irremisiblemente lleva la materia; más nuestro

Padre nos dará un estado en que no habrá ni enfermedades ni molestias.

Los reyes no pueden evitar ni el cansancio, ni el sueño, ni el frío, ni el calor a sus hijos, y nuestro Padre nos dará un estado en que no tendremos que dormir, ni nos cansaremos, ni sentiremos nunca frío ni calor.

¡Ah, hermanos míos! ¡cuán grande es lo que nos aguarda! Pero, eso sí, el Padre, por medio de la ley, nos exige que seamos cumplidores de la misma, y no por capricho, sino por acto de justicia y necesidad, porque sin la ley no habría orden, sin orden no habría armonía, y sin orden y armonía no habría felicidad. Así pues, para que seamos todos felices hemos de ajustarnos a la ley, a la armonía, al orden. De este modo, allá en donde estemos llevaremos orden, armonía y, los que vivan con nosotros, llevarán armonía y orden, y todos cumpliremos la ley, y así todos seremos felices.

Pero para hacer todo esto hemos de comprender la ley que lleva en sí respeto a lo grande, a lo sublime, a lo justo; lleva virtud, caridad, amor, justicia, abnegación. Y como esta ley divina y universal está demostrada y explicada por el Espiritismo, por eso digo: **los espiritistas tenemos un tesoro en nuestras manos**; y digo esto porque no todos los seres encarnados están en disposición de comprender el Espiritismo y menos de practicarlo. El ser no puede comprender la verdad hasta que se ha despojado de muchos errores, hasta que su bondad y su amor ha llegado a cierto estado. Así pues, los espiritistas, sin podernos denominar buenos, estamos sobre el nivel de la generalidad, y ¿para llegar a este estado podemos nosotros calcular cuál será el número de existencias que habremos tenido que pasar para llegar al nivel en que nos encontramos? No, mil veces no; primero nos dominó el instinto, después las pasiones, luego los

defectos, y en medio de grandes luchas hemos llegado a merecer que se nos contara en el gran apostolado de la época, llamado Espiritismo.

Pero hemos de tener en cuenta que, del instinto, las pasiones, los vicios y los defectos, nos han quedado aún resabios, y aquí está nuestro tesoro si sabemos arrancarlos de raíz. Sin ese trabajo, que es de gigante, no podremos poseer este tesoro hasta que nos hayamos hecho dignos de poseerlo.

Así pues, los espiritistas hemos llegado a entrar en el camino que conduce a la realización de todos los progresos que necesita el espíritu para heredar la felicidad eterna. Porque este camino, que es el Espiritismo, ahorra todas las dudas, desvanece todos los errores, ilumina la inteligencia, da valor al espíritu para luchar contra toda preocupación. De manera que, si el espiritista no es indolente, puede realizar todo cuanto desee para su bien; por eso os digo que los espiritistas tenemos un tesoro en nuestras manos.

Por eso también os he dicho que es trabajo de gigante el realizar la extinción completa de los resabios que nos han quedado del instinto, pasión, vicios, defectos, etcétera, y por eso, entiendo que todo espiritista debe estudiarse a sí mismo y llegar a conocerse. Conocimiento que a veces es muy difícil, máxime si el instinto de orgullo y vanidad aún tiene resabios entre nosotros. Pero pidiendo y estudiando se llega al conocimiento de sí mismo. El espiritista debe observar si se ofende por cualquier contrariedad o palabra que le mortifique. Si se ofende o se resiente por poca cosa, no debe titubear en creer que el amor propio desmedido, sinónimo de vanidad, aún tiene sus raíces en el espíritu. Debe dirigir toda atención a poner en claro esta tendencia o instinto pasado; procurando buscar maneras para sufrir humillaciones sin que éstas lastimen su carácter. Y no

debe dejar esta práctica hasta que sufra los desprecios y desengaños sin que su espíritu deje la serenidad y calma. Porque muchos de los desprecios, desengaños y juicios gratuitos hechos sobre nosotros, que a veces tanto nos dañan, hieren más nuestro amor propio, resentido por esas acciones, que el daño que realmente nos causan. Cuando es así, no debemos titubear en creer que, si nuestro amor propio fuera menos, sufriríamos aquello sin gran resentimiento.

No diré que no haya desengaños en la vida que hieren al más humilde, mas entonces debe entrar la resignación, el devolver bien por mal, y la seguridad que nos da el Espiritismo de que esta clase de sufrimientos son un gran progreso para el espíritu ofendido, que si se saben sufrir nos darán valor.

Si el espiritista siente en sí alguna pasión o vicio que puede hacerle caer, debe ser valiente, y aunque le cueste la misma vida debe cortarlo de raíz; porque vale muchísimo más sufrir por desterrar un vicio y adquirir una virtud, que no sufrir quizá mucho más dando rienda suelta a la pasión. Aquí está el trabajo de gigante del espíritu, porque cuando el espiritista quiere huir del todo de los resabios pasados, es cuando el espíritu del mal, que va a perder todo dominio sobre aquel espíritu, resiste y pone toda clase de obstáculos para no perder la presa, se vale de todos los medios, hasta de los sueños, a fin de preparar la emboscada para hacerle caer de nuevo. Pero el espiritista que quiere emanciparse debe resistir y debe decir dentro de sí mismo: «Todo por Dios y por la práctica de su ley; vale más sufrir que sucumbir; primero la muerte de mi cuerpo que la turbación y el atraso de mi espíritu». Con tales determinaciones el espíritu tentador es rechazado, pierde su influencia y el espíritu recobra su libertad y triunfa.

En cuanto a los pequeños defectos y las luchas de la vida, que todos tenemos y todos hemos de sufrir, vale mucho una práctica constante de virtud, abnegación y caridad. El espiritista no debe ser ni impertinente, ni de mal genio, ni precipitado, ni murmurador; sino paciente, disimulador de faltas, amable hasta lo posible, servicial, y debe procurar el bien de sus inferiores, ya en familia, ya en su ambiente social. Debe ponerse una aureola de buena influencia y de confianza; debe ser consolador del que sufre hasta allá donde lleguen sus fuerzas. Así es como se consigue realizar y alcanzar este gran tesoro que tenemos en nuestras manos.

Pero para conseguir esta vida ascendente de perfección no debemos olvidar que necesitamos de la protección de los grandes espíritus. Que no debemos nunca desconfiar de ellos, siempre y cuando nos pongamos en disposición de que puedan influir sobre nosotros, porque a medida que adelantamos en ese camino, llamamos de una manera poderosa la atención de buenos espíritus, que nos aman y que se interesan mucho por nuestro progreso y porque alcancemos nuestra felicidad. Por lo tanto, podemos contar con su influencia, con su amor, y si son tan grandes nuestros propósitos y los ponemos en práctica, entonces se posesionarán de nosotros de tal modo que nos harán objeto de sus deseos y de su voluntad, y por mediación nuestra harán un bien a la humanidad.

No lo dudéis, hermanos míos; a los espiritistas no nos falta más que voluntad y buenos deseos, que cuando esto se posea en alto grado, el espiritista realizará maravillas y hará prodigios. Encontraréis en el Espiritismo seres que antes de ser espiritistas nadie los conocía y hoy tienen un nombre universal, y aunque la humanidad de hoy no hace caso ni de sus periódicos, ni de los libros escritos por ellos, vendrán días en que la humanidad menos

incrédula y más sensata y adelantada que la de hoy, buscará sus escritos y los transmitirá a la práctica. Porque estos hombres y estas mujeres son la vanguardia del progreso, porque por sus trabajos y deseos del bien están inspirados por el espíritu de verdad, que les inspira la moral y la ciencia del porvenir.

Hermanos míos, mucho podéis hacer si tenéis voluntad; no debéis olvidar que los que habéis sido contados en este apostolado que se llama Espiritismo, sois seres distinguidos por los de arriba. Y los que sois jóvenes, los que, en la edad del bullicio, de las caídas, de las distracciones y de los placeres del mundo, os dedicáis a la propaganda y a la práctica de ley tan sublime como es el Espiritismo, llegaréis muy lejos si perseveráis y sois constantes. Vosotros sois una esperanza para los viejos espiritistas, y elementos de gran valía para los espíritus que trabajan en bien de la humanidad; vosotros seréis los maestros espiritistas del porvenir; seguid constantes en la tarea empezada, sed fuertes, sed prácticos en las enseñanzas espiritistas, sed buenos discípulos, obedientes, respetuosos, que, si sois buenos discípulos en vuestra primera época de espiritistas, en vuestra segunda seréis buenos maestros.

Es verdad que, en el Espiritismo, humanamente hablando, no hay categorías, pero espiritualmente sí; éstas son muy reconocidas desde el mundo de los espíritus, y desgraciados de aquellos que no saben respetarlas, que poco adelantarán en la existencia terrenal. Por más que intenten levantarse, nunca lo lograrán; harán como los tratantes de géneros, que quieren hacer negocio y no conocen las clases; que por mucho que se esfuercen, nunca hacen negocio, porque toman la clase primera por la última y la última por la primera, quedan engañados, hacen malos negocios y pierden. Así pues, si queréis ser

buenos maestros en el porvenir, sed buenos discípulos ahora hasta que la Providencia os llame a desempeñar más alta misión.

Mucha falta hace que haya en el Espiritismo personas muy entendidas y virtuosas para dirigir una luz tan radiante como es el Espiritismo, y estas personas son muy buscadas y atendidas por los grandes espíritus. Así pues, cuando venga vuestra hora de ascender, ya seréis llamados de una manera poderosa.

Pero vosotros, jóvenes de hoy, podríais preguntarme:

¿Y cómo podremos conocer esta hora?

Cuando la providencia hace o quiere que se realice un hecho, nada ni nadie lo puede evitar; por lo tanto, cuando uno de vosotros sea llamado a ser maestro, los hechos se realizarán de tal manera que no podréis evitarlo vosotros mismos, a no ser que cortarais el hilo de vuestra existencia o quisierais precipitaros en un abismo faltando a todos los deberes, y estos hechos no se realizarán en vuestro pensamiento y en vuestra voluntad, sino en hechos que quizás desbaratarán todos vuestros planes, y contra vuestra voluntad os encontraréis envueltos en una situación que quizá vosotros la consideraréis anormal o aflictiva, pero que de ninguna manera podréis evitar.

De mí os diré que aunque muy poca cosa he sido en Espiritismo, cuando la Providencia me quiso traer al insignificante puesto que hace treinta y dos años ocupo, primero me quitó la salud, la alegría, y cuando ya me consideraba verdaderamente perdido y desgraciado, entonces me presentaron el Espiritismo delante y no pude excusarme de verle y practicarlo, porque entonces fue mi única salvación, y cuando estuve algo instruido para dirigir y encauzar en aquellos

tiempos la propaganda del Espiritismo en Tarrasa, falleció repentinamente Joaquín Rovira Fradera, antiguo e ilustrado espiritista, y entonces no pude evitar que la presidencia del Centro “Fraternidad Humana” viniera sobre mí, lo que nunca lo he sido de derecho, sino de hecho. Y digo esto porque siempre que ha sido necesario presentarse como tal, he suplicado a alguno de los, por cierto, muy dignos hermanos, que se presentara como presidente. En cuanto a la propaganda, siempre he ocupado mi puesto.

Pues cuando veáis señales y acontecimientos extraordinarios que no podáis evitar, aunque éstos os contraríen y os perjudiquen, y veáis delante que os llama el Espiritismo a su servicio, aceptadlo con gusto, no miréis atrás, ni lo que os perjudica, porque a veces al principio de desempeñar tan útil misión, viene ya la cruz encima. Porque cruz ha de llevar el que tiene la misión de enseñar y conducir a sus hermanos, porque ya sabemos cuál es la condición humana: sacrificar al que nos hace un bien, y si bien los espiritistas hemos adelantado algo más que la generalidad, ya tengo dicho que nos han quedado aún resabios del pasado y que tendremos que luchar aún. Pero cuando seáis llamados los jóvenes de hoy a desempeñar cargos de pequeños mentores, acordaos que aquella será obra de abnegación, de sacrificio y de humildad, y que vosotros habréis de poseer en grado sumo estas virtudes. Nada de ofenderos nunca por lo que os puedan hacer; vuestra paciencia habrá de ser a toda prueba, y la única práctica posible es el devolver bien por mal. ¿Qué importan todos los sacrificios hechos, aunque os paguen mal y os calumnien y digan todo mal de vosotros?

Hay un gran Maestro que es el guía de todos los que enseñan su ley y la practican. A este ejemplo deberéis dirigir toda vuestra voluntad, y si lo seguís, Él se encargará de defenderos, y aquellas

angustias que os harán sufrir los que aún no son prácticos en la gratitud, os llevarán la felicidad futura. No os aflijáis nunca por las angustias que os pueden causar, bendecidlos. Yo bendigo la lengua que durante el ejercicio de mi cargo ha querido herirme; yo bendigo todas cuantas pruebas durante el transcurso de tantos años me hayan hecho pasar; benditas mil veces, que, de éstas, si es que he sufrido alguna sin haber dado motivo, no perderé la recompensa. Estos sufrimientos son enormemente recompensados en el reino de Dios. Todo el tiempo que se pasa en la Tierra que no sirve para el adelanto de nuestro espíritu, es tiempo perdido.

Ánimo, pues, juventud espiritista; aprended mucho en el camino de la virtud y de los conocimientos y prácticas espiritistas, que se necesitan muchos maestros para el porvenir; aprended de los maestros que tenéis, y así ese tesoro que tenéis en vuestras manos, que se llama Espiritismo, os vestirá de gala eternamente en el reino de Dios.

Por fin, yo, el más insignificante, el menos apto y el que menos autorizado está, me atrevo a daros un consejo: todo cuanto tenéis, sois y poseéis, lo debéis a Dios, Padre, Infalible, Universal, Autor de todo lo creado.

Así pues, portaos como buenos hijos. Acordaos que cuando erais pequeños os dio los encantos de la selva virgen; cuando ya un poco más iniciados en los conocimientos humanos, os puso en sociedad para que desarrollarais las afecciones de vuestra alma, y en ella encontrasteis amigos, esposa e hijos. Y hoy que ya sois aptos para conocer un principio de la verdad, os ha llamado a este apostolado que se llama Espiritismo. Amadle, pues, amadle más que a vosotros mismos, más que a vuestras esposas y a vuestros hijos. Adoradle en la creación, ya que tantas grandezas os tiene creadas, para que cuando

las hayáis alcanzado, sean vuestra paz y vuestra dicha eterna. El Padre está en todas partes, sabe lo que pensáis, os ve y os ama. Sed constantes admiradores de Él y adoradle muchas veces al día, que Él os oye y sabe lo que pensáis, lo que pedís y lo que deseáis, y así como tanto os dio cuando no lo pedíais, ni teníais fe ni esperanza en Él, hoy, que le amáis y le pedís, os dará todo cuanto le pidáis, si es algo justo y que os conviene.

Acordaos que el mayor de los hermanos, el digno sublime Maestro, el Señor de los señores, antes de que vosotros lo conocierais, antes de que hubierais fijado vuestra atención, cuando todos estábamos sumidos en las veleidades y caprichos, Él dejaba las moradas de luz, se apartaba de la dicha y descendía para sufrir la barbaridad humana; mientras nosotros estábamos entregados al libertinaje humano. Él sufría cruentos martirios sin exhalar una queja, sin decir una palabra, sino dando ejemplo de caridad, de indulgencia, de perdón, de amor y de sacrificio, cuyas prácticas y hechos no llamaron nuestra atención en aquella época, pero hoy ha de ser el ejemplo en donde debemos tener fija nuestra mirada y nuestra atención, porque es el único camino que nos conducirá al logro de nuestra felicidad. Cuando lleguéis a ser pequeños maestros, tomad pues al Gran Señor por Maestro, seguidle y amadle mucho, porque sin la abnegación y el sacrificio no podréis entrar en el reino de Dios, y cuando vengan las horas de grandes pruebas, si lo tomáis por Maestro no quedaréis descontentos de su protección.

Él vino mucho antes para preparar a los que habían de hacer el sacrificio; vino antes para que cuando llegara la hora de subir cada uno de nosotros la cuesta de nuestro calvario, lo viéramos delante con su cruz, con su corona de espinas, con sus carnes flageladas, y se quedó después para guiarnos en el camino. No lo dudéis, jóvenes

espiritistas, el Señor está sobre el apostolado espiritista y se vale de todos aquellos que aman y con justicia practican la ley.

¡Ah Señor! ¡Cuándo os conocerán los hombres! ¡Cuándo recordarán que el que dio su vida para enseñarnos el camino no nos puede abandonar! ¡Cuándo comprenderán que vuestra humildad y amor son superiores a vuestra grandeza! ¡Cuándo comprenderán que, a medida que avanzan los espíritus, más se acercan a Vos y que cada espíritu que alcanza la felicidad eterna es un lauro para Vos, que sois el que nos habéis señalado y enseñado el camino! ¡Gracias os doy Señor mío! ¡Porque me habéis dado a comprender cuánto nos amáis! ¡Gracias, Maestro y bien mío, que, compadecido de mi pequeñez, me habéis alentado! Mi vida os pertenece, porque nunca podré pagaros tanta solicitud, tanto amor y el bien que me habéis hecho. Vuestra humildad no tiene límites, y al que os ama y se esfuerza en practicar la ley no le dejáis desalentado; lo mismo entráis en la cabaña del labriego que en el palacio del potentado; Vos, Gran Señor, no hacéis diferencias de personas, sino de virtudes; allí donde tiene su morada el amor, la virtud y la caridad, allí es morada vuestra, allí acudís y dais aliento, valor, esperanza y paz al espíritu. Confíemos en Él, juventud espiritista, y no desmayemos en el camino. Adoremos al Padre por su grandeza, amemos al Señor por su gran amor.

CONCLUSIÓN

No sé si habré sido fiel intérprete de la voluntad de los buenos espíritus. Si es así, este pequeño trabajo que publicarán los hermanos Carbonell y Esteva, en lo que vean que puede ser aprovechable, sin duda es obra de los espíritus, que, prescindiendo de mi insuficiencia, muy notoria, me han inspirado para dar algunos consejos a los espiritistas. Pero si no he sido fiel, si he sido mal intérprete de los hermanos que viven en la vida libre del espacio, los editores citados ya echarán este trabajo al cesto de papeles viejos, por ser trabajo inútil. Si así fuera, sólo suplico que, si en este trabajo hay algún pensamiento bueno, se aproveche por ser obra de los seres de ultratumba, a quienes debemos estar agradecidos, y ellos no tienen la culpa si yo soy mal intérprete e ignorante a la vez.

Ahora sólo me resta dar gracias a Dios de todo, por su grandeza y por su amor.

¡Oh Padre mío, amor mío, dueño mío! yo os amo y os pido vuestra protección para poder cumplir vuestra ley; iluminad mi razón, fortificad mi ánimo y dadme un amor tan grande para Vos que no os olvide ni de noche ni de día, y que tanto en la oscuridad como en la calma y en las horas de paz, pueda llevar vuestro amor en lo más íntimo de mi alma, para que vuestra influencia sea tan grande en mí que no deje penetrar ninguna

de las influencias del mundo y de fuera de él que pudieran turbar mi espíritu. Y a Vos, Señor mío, Dios mío, amor mío, dadme tanto respeto y veneración como yo deseo sentirlos, para que en todos los actos de mi vida reine en mí vuestra ley, vuestro amor y vuestra influencia, para que el recuerdo de vuestra grandeza y de vuestra abnegación no se aparte nunca de mí.

Y a mi guía espiritual, mi agradecimiento más entusiasta por las muchas veces que me ha inspirado y por la indulgencia que ha tenido conmigo, ya que no siempre seguí sus consejos e indicaciones, de lo que hace años estoy arrepentido y hecho promesa solemne de no apartarme en lo más mínimo de sus mandatos y de su voluntad. Preferiría antes dejar de ser, o que acabara mi existencia material.

VIDENCIA

Estando la médium en oración, vio a Teresa de Ávila muy hermosa, la cual le dijo:

«Según las virtudes que practicáis en vuestra vida terrestre, ocupáis un estado más feliz o más desgraciado en el espacio. El ser que en la Tierra ha sido virtuoso, caritativo, sufrido, resignado y amoroso, cuando desaparece de la Tierra es semejante al viajero que emprende un viaje en un día de primavera, que a medida que avanza en su camino, el sol sube majestuoso en el espacio y su viaje está lleno de luz y de hermosura; pues el espíritu que obra bien al desaparecer de la Tierra, va abriendo sus facultades a la luz, y cuando despierta lo encuentra todo alumbrado, comprende en donde se halla y sabe que es feliz.

Pero el espíritu que en la Tierra ha sido egoísta y avaro, que todo lo ha esperado de vuestro mundo, que no ha sido ni misericordioso, ni caritativo, ni virtuoso, este espíritu entra en el mundo espiritual cuando el Sol está en su ocaso; a medida que va despertando, las tinieblas van aumentando y cuando está completamente despierto todo lo ve tenebroso y terrible; quiere saber dónde está, pero no le es posible averiguarlo; va de una parte a otra y no encuentra más que tinieblas, desierto y espanto; en el espacio todo es lúgubre y entonces empieza la desesperación.

Habitantes de la Tierra: apresuraos a atraer la luz sobre vosotros con buenas obras, cambiad de vida los que practicáis el mal, o sino vuestra última hora será terrible y vuestro despertar horroroso».

SEGUNDA PARTE

**MARCHA PARA EL
FUTURO**

HERMANO SAULO

EL ESPÍRITA ANTE LA DOCTRINA

Obligación primordial del espírita es velar por su tesoro: La Doctrina Espírita. Pero, para eso, él debe estudiarla, conocerla bien, pues, de lo contrario, ¿cómo habrá de cuidar de ella? El Espiritismo no es apenas una eclosión mediúmnica, no es solamente manifestaciones de espíritus. Es la Doctrina del Consolador, del Espíritu de la Verdad, del Paráclito, prometida y enviada por el Cristo para orientarnos.

Siendo así, no basta al espírita frecuentar sesiones, hacer oraciones, implorar el auxilio de los Buenos Espíritus.

Si Jesús nos dio el mensaje redentor del Evangelio, y prometió que nos enviaría el Consolador –y en la época precisa realmente lo envió–, es que tenemos que conocer el Evangelio y conocer el Espiritismo. Los hebreos estudiaban minuciosamente la Ley Antigua, que está en el Viejo Testamento. Los cristianos estudian la Ley Nueva, que está en el Nuevo Testamento. Los espíritas, que son los cristianos renacidos del agua y del espíritu, deben estudiar las obras de Kardec, que son la Codificación del Espiritismo, la Nueva Revelación.

Muchos espíritas dicen que no disponen de tiempo para estudiar los libros doctrinarios. Entienden que basta escuchar a los

Guías, en las sesiones mediúmnicas. Muchas veces, sin embargo, esos mismos Guías no tienen conocimiento doctrinario, son espíritus tan ignorantes cuanto sus mismos protegidos. Y el Evangelio nos enseña que, si un ciego guía otro ciego, ambos van a caer en el barranco. Vivimos en un mundo en fase de transición evolutiva. En un mundo, por tanto, en que proliferan espíritus agitados por ideas nuevas, deseosos de transmitirnos sus «revelaciones» personales. ¿Qué es lo que será de nosotros, si no nos esclarecemos ni nos precavemos?

Hay espíritas que se dejan llevar por los falsos profetas, encarnados y desencarnados, que llenan nuestro mundo de novedades absurdas, perturbando el movimiento doctrinario e impidiendo la buena divulgación de la luz. Creen esos espíritas que Allan Kardec ya está superado, y por tanto que la obra de Kardec no tiene nada más que enseñarnos. ¡Ah, cómo se engañan esos pobres hermanos, influenciados por momentáneas ilusiones! Entonces Jesús, nuestro Maestro y Señor, ¿no sabía lo que nos prometía, cuando anunciaba la venida del Consolador, para quedar eternamente con nosotros? Jesús nos envió toda una admirable Falange de Espíritus de Luz –la Falange del Espíritu de la Verdad– ¿para hacer revelaciones tan insignificantes, que no resistirían más de un siglo?

Pues hace poco más de un siglo que el Espiritismo apareció en el mundo, para consolar y orientar a los hombres, con vistas al Mundo Regenerador al que nos dirigimos, en el proceso de evolución de la Tierra. ¿Y en ese breve espacio de ciento y poco de años, toda la Revelación Espírita ha envejecido? Si la verdad es eterna y, tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento, continúa brillando de la misma manera que hace miles de años, ¿no tenemos entonces la verdad en el Espiritismo?

Piensen en eso los hermanos que se dejan llevar por las novedades del momento. Y tengan cuidado, pues la responsabilidad espiritual es nuestra mayor responsabilidad en la existencia terrenal. ¡Ay de aquellos que, por vanidad, pretensión, deseo de destacar, contribuyan para la confusión y la desorientación de sus hermanos espíritas!

Hay espíritas que dicen: las obras de Kardec no traen novedades, hay otros libros que nos hablan de cosas más interesantes, contándonos hechos desconocidos, que nos traen nuevas enseñanzas. ¡Ah, pobres hermanos que no tienen en cuenta la promesa del Señor, que menosprecian su dádiva! ¿Entonces el Señor y Maestro nos promete el Consolador y nos lo envía, para ahora nosotros dejarlo de lado y correr como locos detrás de los falsos profetas, de los falsos Cristos, de los falsos Kardec, que proliferan en la vanidad humana? ¿Acaso somos más elevados en discernimiento que el propio Maestro?

No, hermanos, no tenemos el derecho de pensar así. El Espiritismo es la Mayor Verdad que podemos conocer, en esta fase evolutiva de la Tierra. Su aparición fue preparada por lo Alto. Antes de encarnarse Kardec, para cumplir su misión, ya habían sucedido numerosos hechos espíritas en el mundo; predisponiéndonos a la comprensión del trabajo del Codificador. Él mismo, el Codificador, vivió cincuenta años preparándose, adquiriendo cultura y experiencia, conquistando toda la ciencia de su tiempo, madurando en el seno de la Humanidad, para integrarse plenamente en ella, y tras esos cincuenta años recibir de lo Alto la incumbencia de investigar los fenómenos y organizar la Doctrina. Emmanuel nos dice, en *A Camino de la Luz*, que Kardec era uno de los más lúcidos discípulos de Jesús, enviado a la Tierra para cumplir la promesa del

Consolador. ¿Y acaso queremos ser más que él y que el Espíritu de la Verdad, que le asistía y guiaba?

Algunos hermanos alegan: «El Espiritismo es demasiado simple, es el ABC de la Espiritualidad; tenemos mayores instrucciones en la Teosofía o en los Rosa-Cruces». Deberían pensar antes que necesitamos precisamente del ABC, pues somos todavía analfabetos espirituales. El Espiritismo no tiene la pretensión de saber y enseñar todo. Porque las doctrinas que enseñan todo, en verdad nada saben. Veán lo que los Espíritus respondían a Kardec, en el primer capítulo de **El Libro de los Espíritus**, a respecto de nuestro conocimiento de Dios: «Dios existe, no lo podéis dudar, y eso es lo esencial. Creedme no vayáis más allá. No os perdáis en un laberinto del que no podríais salir. Eso no os haría mejores, sino tal vez un poco más orgullosos, porque creeríais saber, cuando en realidad no sabríais nada».

¿De qué nos valdría pensar que sabemos esto o aquello, sin en verdad saberlo? Solamente nuestra vanidad ganaría con eso, y los beneficios de la vanidad son las pérdidas para el espíritu. Ocurre que todavía somos incapaces de conocer las causas primeras y las finales. Lo que más nos importa es evolucionar, progresar espiritualmente. Para eso estamos en la Tierra, con todas las limitaciones. Aprender el ABC que el Espiritismo nos ofrece, que los Buenos Espíritus nos aconsejan y que el Espíritu de la Verdad nos envió, como la cartilla de estrellas que necesitamos urgentemente. El espírita, como nos enseña Miguel Vives, tiene un tesoro en sus manos. Dará prueba de ignorancia y engreimiento, si cierra los ojos a ese tesoro para buscar otros, aparentemente más valiosos.

¿Qué vale más, hermanos: la humildad o la vanidad? Si es la vanidad, podéis adornaros con todos los grandes conocimientos

ocultos, con todas las explicaciones misteriosas sobre Dios y el Infinito, con todas las fábulas y utopías a las cuales se refería el apóstol Pablo. En ese caso, dejaréis de lado la humildad. Esa pequeña violeta del Mundo Espiritual, abandonada por vosotros, avivará entonces su perfume entre los humildes. Y de éstos, según enseñó Jesús, será el Reino de Dios.

No penséis, sin embargo, que el Espiritismo es una doctrina estática, que no quiere ir más allá. Por el contrario, él es una doctrina dinámica y avanza siempre. Pero avanza en la medida de lo posible y de lo conveniente, con los pies en la tierra, para evitar el vértigo de las alturas. En la proporción que crecemos moralmente –prestemos mucha atención a esta palabra: **moralmente**–, el propio Espiritismo, dentro de las mismas obras de Kardec, desvelará nuevos mundos y nuevas enseñanzas ante nuestros ojos. Será entonces que estaremos en condiciones de comprenderlas. Todo se hace de manera progresiva, no a saltos. Apegaros al Tesoro del Espiritismo, que la misericordia de Dios colocó en vuestras manos, si queréis realmente aprender en lugar de engañaros.

En conclusión:

- El espírita debe estudiar constantemente las obras de Kardec, que son el fundamento del Espiritismo, y no dejarse llevar por las fascinaciones de la vanidad o la ambición de saber lo que no puede;
- Debe comprender los límites de su actual condición evolutiva, y humildemente procurar el medio de progresar.

EL ESPÍRITA ANTE LAS RELIGIONES

El Espiritismo es la Religión en Espíritu y Verdad, de la que Jesús habló a la Mujer Samaritana: «Día vendrá en que los verdaderos adoradores de Dios lo adorarán en espíritu y verdad». Mas hay espíritas que no comprenden eso y niegan la religión espírita. ¿Es posible que quitemos del Espiritismo la fe en Dios y la ley de la caridad?

Todo el problema, que tanta discusión ha levantado entre algunos hermanos intelectuales, se resume en la falta de comprensión de lo que sea la religión. Los hermanos antirreligiosos gastan mucha tinta y papel al querer probar un absurdo. Alegan que Kardec no quiso llamar el Espiritismo de religión. Pero el mismo Kardec explicó, porque lo evitó –no lo rechazó, apenas evitó–, llamar el Espiritismo de religión: no deseaba confundir una doctrina de luz y libertad con las organizaciones dogmáticas y fanáticas del mundo religioso.

En este caso, dirán algunos hermanos: El Espiritismo está en contra de las religiones. Pero esto no es verdad. El mismo Kardec declaró, como podemos ver en *Qué es el Espiritismo*, que él es el mayor auxiliar de las religiones. Sucede, sin embargo, que la religión espírita no se estructura en un sistema religioso. Hoy, después de los

grandes estudios filosóficos realizados sobre esa cuestión, desde finales del siglo pasado hasta nuestros días, todo hombre con cultura comprende que la religión no es iglesia, sino sentimiento. El gran filósofo Henri Bergson enseñó que hay dos tipos de religión: la social, que es dogmática y estática, y la individual, que es libre y dinámica. Así pensaba también Heinrich Pestalozzi, para quien la religión verdadera es la Moralidad. Vemos ahí uno de los motivos por el cual decía Kardec que el Espiritismo tiene consecuencias morales, en vez de referirse a consecuencias religiosas. Hoy en día, el Codificador no tendría duda en hablar de religión, porque el concepto actual de religión es mucho más amplio¹.

El Espiritismo tiene tres aspectos, como sabemos: el científico, en el cual él se presenta como ciencia de observación e investigación, tratando de los fenómenos espíritas; el filosófico, en el que procura interpretar los resultados de la investigación científica y darnos una

¹ Allan Kardec claramente rehúsa en *Qué es el Espiritismo* utilizar el término religión, recomendamos consultar esta misma fuente que referencia el Hermano Saulo. En cuanto a la opinión y justificación vertida por el Hermano Saulo, en estos párrafos, queda evidenciado que son argumentos muy forzados, como lo son también, parafraseándolo, muchos ríos de tinta en buena parte del movimiento espírita pro religión. Y es mucho decir que hoy en día el codificador no tendría duda en hablar de religión, pues culturalmente y en el sentir popular, hoy, y posiblemente más que nunca, la religión cobra muy mala fama y sigue vinculándose con cuestiones que nada tienen que ver con el Espiritismo. Así pues, este debate pro religión -fruto seguramente de la respetable idiosincrasia propia de un pueblo- no tiene, hasta el día de hoy, argumentos sólidos, ni fundamentos dentro de la codificación espírita; y ante la duda cualquier definición del Espiritismo ha de ser la del propio codificador, Allan Kardec. (Nota de Salvador Martín)

visión nueva del mundo; y el religioso¹, en el cual nos enseña cómo aplicar, en la vida práctica, los principios de la filosofía espírita. ¿Queremos, acaso quedarnos apenas en los principios, sin aplicarlos? Este libro de Miguel Vives es un manual de moral espírita y, como vemos en sus páginas, está enteramente impregnado de religión. Pero, por supuesto, de religión en espíritu y verdad, sin ninguna sujeción a ritualismos anticuados o reinventados, a sacerdotes o sacramentos. El Espiritismo es la Religión de la Moralidad, a que se refería Pestalozzi.

Uno de los principios fundamentales de la moral espírita, como sabemos, es la tolerancia. La religión espírita, por tanto, al contrario de las religiones dogmáticas y sacerdotales, que son siempre agresivas, es sumamente tolerante. Por eso mismo, el espírita no debe atacar, criticar, menospreciar a otras religiones. Poco importa que ellas hagan lo contrario, con respecto al Espiritismo. Lo que nos cabe es respetar todas las formas de creencia que nuestros hermanos de la Humanidad quieran adoptar. ¿No enseñó Jesús que son muchos los caminos que llevan al Padre? ¿Cómo puede el espírita, que comprende el espíritu de esa enseñanza, atacar esta o aquella religión?

¹ Kardec denomina a este aspecto moral. Aunque sea una simple cuestión de palabras, merece la pena recordar que para Kardec las palabras eran a tal punto importantes, que comienza exactamente *El Libro de los Espíritus*, destacando su importancia y la claridad de su significado: “*Para las cosas nuevas se necesitan palabras nuevas. Así lo exige la claridad del lenguaje, a fin de evitar la confusión propia del sentido múltiple de los términos*” (Primer párrafo de la Introducción de *El Libro de los Espíritus*). (Nota de Salvador Martín)

Pero, si no puede atacar, si no debe criticar (en el mal sentido de la palabra), tampoco no puede y no debe quedarse con los pies en dos barcas, diciéndose al mismo tiempo espírita y adepto de otra religión. Pues si tenemos la religión en espíritu y verdad, ¿qué hemos de hacer con una religión formalista y dogmática? Cabe aquí la pregunta del apóstol Pablo a los Gálatas: Vosotros comenzasteis bien vuestra carrera; ¿quién os ha estorbado de obedecer a la verdad? (V: 7). Y también la enseñanza evangélica de Jesús: «Sea tu hablar: sí, sí; no, no». Todas ellas ayudan al espíritu a evolucionar. ¿Pero, cuando ya tenemos el conocimiento del espíritu, hemos de volver a la carne?

Las religiones son escuelas, en las que los espíritus aprenden la verdad espiritual. Quien ha pasado por la escuela primaria y está en la secundaria, ¿puede frecuentar al mismo tiempo las dos? Y quien ya entró en el curso superior, ¿ha de volver al secundario? Si el Espiritismo nos enseña que lo que vale es la intención, ¿cómo íbamos a continuar en la práctica de los ritos? Si ya aprendimos que Dios está en el corazón de cada uno, ¿cómo continuar incensándolo en el altar? Si sabemos que los sacramentos son fórmulas exteriores, simples símbolos destinados a enseñar verdades más profundas, y si ya alcanzamos esas verdades, ¿hemos de retroceder a la práctica de las fórmulas?

El espírita sabe que todas las religiones tienen por finalidad conducir a las criaturas humanas a la comprensión de la espiritualidad. No puede condenarlas, pero tampoco puede sujetarse a ellas. Debe aprobarlas para aquellos hermanos que aún carecen de ellas. Pero, por su parte, tiene la obligación de mostrar y ejemplificar la libertad que ya ha alcanzado. Y el deber de ser fiel a la verdad que ha encontrado. ¿Sería justo que un escritor volviese a deletrear el abecedario? ¿O que un escritor se burlase de los niños que deletrean?

¿No fue delectando que él aprendió a escribir? Del mismo modo es la posición del espírita ante las religiones. Le cabe comprenderlas pero siempre firme en su posición de espírita.

Quien no es fiel en lo poco, tampoco lo será en lo mucho, como nos enseña la parábola. El espírita que, para atender al respeto humano, a las conveniencias sociales o hasta incluso a sus intereses particulares, tuerce el sentido de la tolerancia espírita para participar de rituales en los que ya no cree, ni puede creer, es infiel para consigo mismo y para la verdad espiritual que descubrió en el Espiritismo. Es infiel en lo poco, pues lo que recibió en esta vida es apenas el principio de lo que recibirá más tarde. ¿No mostrándose digno de ese poco, como podrá esperar lo mucho?

Recordemos aún una advertencia de Pablo, que nos sirve de mucho actualmente: Porque si alguno te ve a ti, que tienes conocimiento, que estás sentado a la mesa en un lugar de ídolos, la conciencia de aquel que es débil, ¿no será alentada a comer de lo sacrificado a los ídolos? (I. Cor. VIII: 10).

El espírita no tiene apenas libertad mas también responsabilidad. Será responsable por sus ejemplos ante los débiles. Él está en condiciones de participar de los ídolos (es decir: de los sacramentos y rituales de las iglesias), sin afectarse personalmente. Pero no puede olvidar que afectará a los otros. Si, por su ejemplo, abre las puertas del movimiento espírita a la infiltración de elementos formalistas, será responsable por la deformación de la práctica doctrinaria. Esa es una grave responsabilidad, contra la cual debemos estar alerta. ¡Dios nos libre de tener que responder por la desfiguración de la propia verdad que nos salvó del error!

En conclusión:

- El espírita debe respetar todas las creencias sinceras, todas las religiones que llevan a la criatura al Creador, no atacando ninguna ni burlándose de sus prácticas;
- Pero no tiene el derecho de, en nombre de la tolerancia, tornarse cómplice de prácticas religiosas o de enseñanzas teológicas que pueden llevar a sus hermanos de vuelta al pasado;
- Todas las religiones son buenas para aquellos que las aceptan y practican con sinceridad, pero si el espírita no es sincero consigo mismo, y con su propia religión, ¿quién puede creer en él?

EL ESPÍRITA Y LA CULTURA

El Espírita tiene el deber de instruirse, de integrarse en la cultura de su tiempo. El Espíritu de la Verdad enséñanos un nuevo mandamiento, al declarar: ¡Espíritas! Amaos, esta es la primera enseñanza. Instruíos, esta es la segunda. Kardec, a su vez, nos enseña que el Espiritismo se relaciona con todas las ciencias, y que solo pudo aparecer, después que ellas se hubiesen desarrollado en el mundo.

La antigua ley, la del Viejo Testamento, era la ley de la justicia, dura y fría como la espada. Por eso, la Biblia está llena de matanzas, ordenadas por los propios profetas. La ley renovadora de Cristo, que modificó el mundo y todavía hoy continúa transformando nuestros corazones endurecidos, era la ley del amor. La nueva ley que nos vino con la Nueva Revelación, con el Espiritismo, es la ley de la instrucción ¿Pues no es el Espiritismo nuestro gran instructor, aquel que nos recuerda las enseñanzas evangélicas, que nos las explica, que nos enseña de dónde venimos, para dónde vamos y por qué estamos en la Tierra? ¿No es el Espiritismo el que nos consuela en nuestros dolores y en nuestras desesperaciones, no por una vaga promesa, sino por el conocimiento de nuestro destino?

La enseñanza del Espíritu de la verdad, a la que nos referimos más arriba, está en el capítulo «El Cristo Consolador». de *El Evangelio según el Espiritismo*. La enseñanza de Kardec, sobre la

relación del Espiritismo con las ciencias, está en el primer capítulo de *La Génesis*. Aconsejamos la lectura de ambos, junto con este capítulo, para una mejor y más amplia comprensión del problema. Porque hay espíritas que aún no han comprendido casi nada del Espiritismo, y a pesar de que se encuentran en él desde hace veinte, treinta o más años, continúan pensando que no necesitan instruirse. «Para mí, basta la fe», nos decía uno de esos hermanos, que cerraba los ojos ante la luz de la Nueva Revelación.

La fe, como todos sabemos, es una necesidad. Un hombre sin fe es una criatura inútil. En eso también Kardec tiene mucho para enseñarnos, mostrándonos que existe la fe humana y la fe divina. Los propios incrédulos deben tener fe en algo, si quieren ser útiles. Pero no podemos olvidar que la fe espírita no es ciega, no está impuesta por otros, no debe prevalecer a pesar del absurdo en que por acaso pueda apoyarse. No, nada de eso. La fe espírita, como la definió Kardec, es la fe razonada, o sea, la fe iluminada por la razón. ¿Y de que luces dispondrá la razón, para con ella iluminar la fe, si no tenemos instrucción? La luz natural, apenas, es insuficiente para enfrentar los numerosos y complejos problemas que la incredulidad ilustrada de nuestro tiempo levanta, sin cesar, contra el Espiritismo y contra todas las formas de fe.

Claro que el espírita no precisa tornarse un sabio. Sería bueno que todos pudiesen serlo, pero eso es imposible y sería contrario a la propia ley de evolución. Cada uno de nosotros tiene ya su rumbo evolutivo a seguir, en la fase en que nos encontramos. Pero si el espírita no precisa ser sabio, tampoco debe ser ignorante. ¿Cómo va él a sostener su fe, y con ella ayudar a los que sufren la ceguera del ateísmo, del materialismo o de la más simple duda? Con artículos de fe, no se convence más a nadie de la verdad espiritual. Estamos en la

edad de la razón, en la fase racional de la evolución humana. Tenemos que cimentar nuestra fe en el conocimiento, si queremos que ella sea una luz para todos, y no solo una lámpara de uso particular.

Así, vemos que el mandamiento del Espíritu de la Verdad: «instruíos», está directamente ligado al mandamiento de Cristo: «amaos». Pues, si nos amamos, está claro que deseamos la salvación de la fe para todos, y consecuentemente no podemos cerrarnos en nuestra cómoda ignorancia, en esa beatitud de la ignorancia, que caracterizó a tantos beatos del pasado. No hay lugar para beatos en el Espiritismo. Los que quieran permanecer en él deberán instruirse, liberándose de sus falsas ideas, de sus conceptos anticuados, de sus errores. Sin instrucción no podemos cumplir el mandamiento de amor al prójimo y del amor a Dios. ¿Pues, cómo amar a Dios sin comprenderlo, sin tener idea de su grandeza y de su naturaleza inteligente? ¿Y cómo amar al prójimo sin ayudarlo a instruirse, a esclarecerse, a liberarse de las supersticiones, de las mentiras, de los falsos juicios?

Todo espírita puede y debe instruirse. Cada cosa viene a su tiempo y, por tanto, de acuerdo con su época. En la antigüedad bíblica, los medios de instrucción eran casi nulos y los conocimientos muy reducidos. Dios nos mandó entonces la fría ley de la justicia, y por ella el profeta Elías hizo pasar por el filo de espada a los sacerdotes enemigos. En el tiempo de Jesús, en un mundo más evolucionado, en el que el hombre se beneficiaba con mayor conocimiento y una más amplia comprensión de las cosas, Dios nos mandó la ley ardiente del amor, y los apóstoles la enseñaran a todos los pueblos, dando su sudor, su sangre y su vida por amor a todos. En los tiempos actuales, después del llamado siglo de las luces, el

siglo XVIII, Dios nos manda la ley de la instrucción, y los espíritas deben cumplirla, para ayudar a la Tierra a subir en la Escala de los Mundos. Hoy, la instrucción se difunde en la Tierra por todos los medios, y el espírita que no se instruye es solo porque no quiere.

Es evidente que cada uno tiene su propia medida. Unos podrán instruirse más, otros menos. Unos tendrán mayores posibilidades y llegarán hasta las cátedras de la sabiduría mundana, para iluminarlas con la sabiduría divina del Espiritismo. Otros dispondrán de pequeñas posibilidades, y aprenderán lo suficiente para enseñar a los que saben menos. Las instituciones espíritas, por su parte, deben convertirse en verdaderas casas de instrucción, no solamente evangélica y doctrinaria, también de cultura general. Los Centros pueden mantener escuelas superiores y fundar Universidades. Porque la Universidad Espírita es la nueva luz que debe brillar en el mundo de la cultura.

Muchos dicen que no debemos crear una especie de cultura aislada, a través de escuelas que separen a los espíritas de los demás. Pero la escuela espírita no será ni podrá ser sectaria. Será la escuela de todos, ofreciendo a todos la nueva cultura que el Espiritismo viene a implantar en la Tierra. Las escuelas del mundo, como sabemos, enseñan el materialismo, al lado del dogmatismo religioso. Difunden conocimientos mezclados con supersticiones, sembrando el ateísmo. ¿Es a esa cultura, que lleva la ceguera espiritual, que los espíritas deben confiar a sus hijos y a las generaciones futuras? No. Es deber de los espíritas, como fue deber de los judíos en su tiempo y deber de los cristianos en su tiempo, crear una nueva modalidad de instrucción y preparar el mundo para una nueva cultura. Y eso sólo puede ser realizado a través de la escuela espírita, que no desvirtuará el conocimiento humano en favor del materialismo o del

dogmatismo religioso, si no lo iluminará con la verdadera luz del conocimiento espiritual.

La enorme facilidad de difusión de la cultura, que caracteriza a nuestra época, puede ser un medio de envenenar y pervertir generaciones, como ha sucedido en varios países, llevados a la deshumanización y a la brutalidad, ante nuestros ojos, o puede ser un medio de esclarecer y orientar a las generaciones, como hace el Espiritismo con los que se le acercan. ¿Tendremos el derecho de dejar que se procese el envenenamiento colectivo? No, puesto que tenemos en nuestras manos el tesoro de la cultura espírita, y es nuestro deber de amor y fraternidad distribuirlo a todos.

En conclusión:

- El espírita no tiene el derecho de acomodarse en la poltrona de la fe ingenua y simplona: su deber es estudiar y esclarecerse en los principios de su propia doctrina;
- La fe razonada exige el desarrollo de las potencialidades de la razón, lo que sólo puede hacerse a través de la instrucción;
- Para amar y ayudar al prójimo, el espírita no puede estacionarse en la ignorancia: precisa aprender, adquirir conocimientos, instruirse.

EL ESPÍRITA Y LA POLÍTICA

El Espiritismo es la política del amor. Ligando a los hombres entre sí, en la Tierra, y a los hombres con los espíritus, entre la Tierra y el Espacio, realiza la mayor y más bella política de todos los tiempos, para la buena administración de las riquezas públicas del espíritu. Mas, siempre que sea posible, el espírita puede y debe dar, a la política del mundo, la ayuda divina de la política del cielo.

La palabra política viene del griego *polis*, que quiere decir ciudad, y significa el arte de gobernar y administrar la ciudad. Como sabemos, las ciudades griegas eran Estados. Así, política es el arte de gobernar el Estado y administrar las riquezas públicas. ¿Puede el espírita quedar ajeno a un problema como éste, que afecta a toda la colectividad?

No. El propio Espiritismo, como dijimos antes, es una política superior, aplicada no solo a la ciudad del mundo, mas también a la ciudad celeste y a las relaciones entre las dos ciudades. El espírita, por tanto, es político, en el buen y exacto sentido de la palabra. Pero su política no es ni puede ser una política de intrigas, golpes, engaños, maniobras. Sólo puede ser hecha de amor, comprensión, fraternidad y luz.

Por eso, los espíritas, en general, son extraños a la política del mundo. Detestan el ambiente de interesada mezquindad en el que se

procesan las maniobras políticas. Y no admiten que el Espiritismo esté involucrado en la política, con lo que hacen muy bien. Los pocos espíritas que se vuelven políticos mundanos, si son realmente sinceros y firmes en su fe, enfrentan duras dificultades y terribles sufrimientos. Porque no puede un espírita sincero respirar con naturalidad en el ambiente pesado y malsano de la política mundana. Los que se adaptan a ese ambiente son dignos de piedad, pues sacrifican la más bella oportunidad de perfeccionamiento espiritual que Dios les concede, a cambio del plato de lentejas de los intereses mundanos. Breve pasa la vida presente de esos hermanos, pues breve es nuestra vida en la Tierra, y al entrar en la vida espiritual, lamentarán el tiempo perdido y la oportunidad desperdiciada.

Bien dijo Cristo: «Mi reino aún no es de este mundo». Porque un día lo será. Cuando pase esta época de transición, y la Humanidad entre en la fase de regeneración de que nos hablan *El Libro de los Espíritus* y *El Evangelio según el Espiritismo*, el Reino de Cristo comenzará a afirmarse entre los hombres. Una humanidad que se regenera está en el camino del Cielo. Las leyes mundanas comenzarán a modificarse, influenciadas por las leyes divinas. Kardec estudia ese problema con la ayuda de los Espíritus, al tratar de la influencia del Espiritismo en la legislación del mundo. Cuando esto suceda, los espíritas ya no necesitarán abstenerse de la política, sino al contrario, deberán integrarse en ella, para ayudarla a evolucionar más rápidamente.

Hasta entonces aún queda mucho. Y los espíritas han de mantenerse alerta durante muchos años en cuanto a las fascinaciones y los peligros de la política. Habrán de evitar, sobre todo, las infiltraciones políticas en las sociedades espíritas, particularmente en los Centros Espíritas, que deben ser casas de oración y de paz, de

amor y fraternidad. ¿Cómo conciliar estas luces celestes con los odios, las intrigas, las mezquinas disputas de la política? Actualmente, los Centros Espíritas que se dejan llevar por la política prefieren más a César que a Dios. En realidad, están desvirtuando sus funciones, desviándose de los caminos arduos del espíritu y sumergiéndose en el camino ancho y fácil de las comodidades materiales. Infelices de los hermanos que no perciben eso y se dejan fascinar por las facilidades ilusorias de la política mundana. Lo pagarán caro en la vida espiritual.

El argumento principal de los espíritas fascinados por la política es el de que no podemos entregar a los malos la dirección de la vida pública. ¿Pero quién les dio el derecho de juzgarse mejor que los demás? El simple hecho de que hayan aceptado el Espiritismo no les concede ese derecho. El Espiritismo es el remedio para los males del mundo. ¿Cuántas veces nosotros, los espíritas, no somos más que las partes enfermas del mundo, sometidas a la medicación del Espiritismo? El espírita debe ser suficientemente humilde para no creerse capaz de reformar el mundo y transformar la sociedad, por su simple participación en la vida política. Si no lo es, estará sujeto a muchos engaños, y principalmente estará expuesto a la influencia mistificadora de los espíritus perversos que se aprovechan siempre de nuestras pretensiones vanidosas, para transformarnos en sus instrumentos. Tomemos nuestro remedio espírita, curándonos primero, para después poder auxiliar a los otros a curarse. Y que Dios nos permita una cura rápida, a pesar de nuestros muchos males, a veces crónicos, viejos de muchas encarnaciones.

No por eso, sin embargo, el espírita, debe abstenerse de sus deberes políticos. Por el contrario, esos deberes deben ser cumplidos escrupulosamente por los espíritas. Lavarse las manos como Pilatos

no es la actitud a asumir. Mas cumplir los deberes políticos es algo muy diferente a entregarse a la vida política. Para cumplir con ellos nos basta observar las leyes, comparecer a las convocatorias electorales, votando con pensamiento elevado y sin pasiones, apoyar, con buenos argumentos, y cuando sea posible, con la ayuda práctica, las buenas causas, defender a los oprimidos, librarse siempre de apoyar las causas más injustas, perjudiciales a la colectividad y liberarse de compromisos con los crímenes políticos, sea en beneficio propio o de otros, y menos aún con la absurda pretensión de beneficiar al Espiritismo o las instituciones espíritas. Para entregarse a la vida política, es necesario involucrarse en todas sus escabrosidades, en todas sus embrolladas situaciones actuales.

La política del mundo se hace, todavía, por pasión a las cosas mundanas, particularmente la pasión del poder, que embriaga la vanidad humana. El espírita tiene otra política que ejecutar: la de la humildad, que identifica al hombre con los infelices, los sufridores del mundo, y no le lleva a las altas posiciones terrenas, sino a los puestos de socorro de la caridad cristiana. «En mi Reino, dice Cristo, los mayores son los que sirven». El primer deber político del espírita es servir. Y para servir no necesita cargos en partidos políticos, ni cargos o puestos en la administración pública. Le basta el sentido espírita de la caridad, en todas sus formas, según enseña el Espiritismo. “Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo”: ¿Qué mejor política puede existir que esa? Porque esta es la política espírita y, por tanto, la política de todo espírita sincero.

Jesús no necesitó la política romana o la política judía, para cumplir la más bella y más eficaz de todas las misiones políticas ya realizadas en el planeta. Kardec no necesitó de la política francesa,

para implantar en Francia y en el mundo la política de amor del Espiritismo.

El espírita, cuando es llevado al mundo de la vida pública por circunstancias independientes a su voluntad personal, no debe esquivar el cumplimiento de sus deberes. Mas debe estar en el cargo como un administrador consciente de los bienes ajenos, comprometido en la práctica del amor y de la justicia. Nunca debe involucrarse en disputas políticas que dividen a las criaturas y siembran el odio. Ni debe admitir, para agradar al partido o a la administración, a la que haya sido llevado a servir, ningún acto de injusticia para los que pertenezcan a partidos o corrientes contrarias.

En conclusión:

- El espírita, desde el momento en que aceptó conscientemente el Espiritismo, se alistó en la política del amor universal;
- Su único partido es el del Reino de Dios, y su plataforma política es el Sermón de la Montaña;
- Si es llevado a cargos públicos, llamado a cualquier actividad política del mundo, no debe olvidar su condición de espírita, y hacer todo lo posible para que la luz que hay en él no se convierta en tinieblas.
- Amor y caridad deben constituir sus armas políticas, aunque eso le cueste la oposición de los propios compañeros, pues es mejor estar solo con la Verdad que estar acompañado de la mentira.

EL ESPÍRITA Y LA CUESTIÓN SEXUAL

Los hombres hicieron del sexo un motivo de escándalo. Tornando el sexo en una cosa impura y repelente. Pero el sexo es una manifestación del poder creador, de las fuerzas productivas de la Naturaleza. El espírita no puede encarar la cuestión sexual como asunto prohibido. El sexo es la propia dialéctica de la Creación y existe en todos los Reinos de la Naturaleza.

El paganismo llegó a hacer del sexo motivo de adoración. Los pueblos primitivos revelan un gran respeto y asumen una actitud religiosa ante el sexo. Pero para esos pueblos, todavía muy próximos a la Naturaleza, el sexo no está sujeto a los desajustes, a los abusos y a la degradación del mundo civilizado. El cristianismo condenó el sexo e hizo de él la fuente de la perdición. Pero el Espiritismo reconsidera la cuestión, poniendo un término medio entre las exageraciones paganas y cristianas. El espírita sabe que el sexo es un gran campo de experiencias para el espíritu en evolución, y que es a través de él que la ley de la reencarnación se procesa, en la vida terrena. ¿Cómo, pues, considerarlo impuro y repelente?

En *El Libro de los Espíritus* Kardec comenta: «Los Espíritus se encarnan hombres o mujeres, porque no tienen sexo. Como deben

progresar en todo, cada sexo, como cada posición social, les ofrece pruebas y deberes especiales, y nuevas ocasiones de adquirir experiencias». Como vemos, el sexo es considerado por el Espiritismo en su justo lugar, como un medio de evolución espiritual. El espírita, por eso mismo, no puede continuar encarando el sexo como lo hace el común de los hombres. No puede abusar del sexo, ni despreciarlo. Debe antes considerar su valor y su importancia en el proceso de la evolución.

En el medio espírita todavía existe mucha prevención contra los asuntos sexuales. Pero es necesario apartar esa prevención, a través de una comprensión más precisa del problema. No hay motivo para hacer del sexo un tema tabú, ni tampoco se debe exagerar en ese terreno, pues muchas criaturas se escandalizarían. Debemos que, durante miles de años, a través de generaciones y generaciones sucesivas, el sexo fue considerado, en la civilización cristiana, que nos ha visto nacer y en la que vivimos, un campo de depravación, de perdición de las criaturas. La simple palabra sexo provoca en mucha gente una situación de ambivalencia: interés oculto y repulsión instintiva. Por eso mismo, la educación sexual debe ser encarada seriamente en los medios espíritas y no puede quedar al margen de la pedagogía espírita.

La mayor dificultad para la cuestión sexual está en el hogar, en la vida familiar. Los padres espíritas no saben, generalmente, como preparar a los hijos para la llamada «revelación del sexo». El régimen del silencio continúa imperando en nuestros hogares, creando mayores dificultades para la solución del problema. La simple prohibición del asunto crea un clima de misterio en torno de la cuestión sexual, aumentando los motivos de desequilibrio para los

adolescentes. Los padres por su parte sufren también de inhibiciones derivadas del errado sistema de educación recibida.

En la familia, la actitud más acertada es la de no responder con endulzadas mentiras las indagaciones de los niños sobre las cuestiones sexuales. Pero tampoco se debe responder de manera cruda. Sería una imprudencia querer salir de un sistema de tabúes para adentrarse en una situación de grosera franqueza. Hay muchas maneras de hacer que el niño sienta que el problema sexual no es más ni menos importante que los demás. Cada madre o padre tienen que descubrir la manera más conveniente para su medio familiar. La regla más segura es la respuesta verdadera, de manera indirecta. Si el niño pregunta: «¿Cómo nacemos?», se debe responder, por ejemplo: «De la misma manera que los gatitos». Comenzando así, poco a poco, los propios padres van descubriendo la técnica de vencer las dificultades, sin embaucar a los hijos con leyendas y mentiras que crearían un ambiente de peligroso entusiasmo.

En las escuelas espíritas, el problema debe ser encarado con el mismo cuidado, pues la situación es aún más delicada; los niños de una clase pertenecen a diferentes familias, con diferentes costumbres. Es peligrosa la llamada «actitud científica», que siguen generalmente algunos profesores de ciencias. La frialdad científica no tiene en consideración las sutilezas psicológicas. Lo ideal sería que el asunto fuese discutido previamente en reuniones pedagógicas, entre los profesores de ciencias, de psicología, de moral y el orientador pedagógico. En realidad, el problema es más de pedagogía que de ciencias. El buen pedagogo sabrá conducirlo con el tacto necesario, sin producir choques peligrosos y sin permitir que el asunto caiga nuevamente en el plano del misterio.

En cuanto a los jóvenes, se deben promover cursos y seminarios al respecto, siempre con la asistencia de un profesor experimentado, de moral elevada y reconocido sentido común. Los jóvenes tienen una gran necesidad de buena orientación sexual, pues están en la fase de mayor manifestación de esas exigencias y, sino se les orienta correctamente pueden caer en lamentables equivocaciones. El joven espírita, aunque esclarecido por la doctrina, no está menos sujeto a los desequilibrios sexuales. Sabemos que esos desequilibrios tienen dos fuentes principales: los abusos y vicios del pasado, en encarnaciones desordenadas, y las influencias de entidades peligrosas, a menudo ligadas a los jóvenes por su pasado delictivo. Por eso mismo, el problema sólo puede ser tratado de manera elevada, con gran sentido de la responsabilidad. Los médicos espíritas pueden ser de gran ayuda a las Juventudes Espíritas en este tema.

En lo referente a los espíritas adultos, no están menos libres que los jóvenes. Son víctimas de una educación defectuosa, de un ambiente moral dominado por la hipocresía en materia sexual, y a veces traen agravadas, por ese ambiente, las herencias del pasado. Necesitan acostumbrarse, en el medio espírita, a encarar el problema sexual de una manera seria, evitando las actitudes negativas, que dan entrada a las influencias peligrosas. Encarando el sexo sin malicia, como una función natural y una necesidad vital, el espírita, al mismo tiempo, se corrige y modifica el ambiente en que vive, alejando del mismo los espíritus viciosos y maliciosos, que no encuentran más pasto para sus abusos. El mejor medio de ahuyentar a esos espíritus, y encaminarlos también a una reforma íntima, es la creación de una actitud personal de respeto a los problemas sexuales y el cultivo de un ambiente de comprensión elevada en el hogar.

Esa misma actitud se debe llevar a los ambientes de trabajo, por más contaminados que ellos se encuentren. El espírita no debe huir despavorido ante conversaciones impropias, pues con eso demostraría incomprensión del problema y provocaría mayor interés de los otros en perturbarlo. Pero tampoco debe estimular esas charlas, con su participación activa. Su actitud debe ser de completa naturalidad, de quien conoce el problema y no se espanta con las conversaciones de mal gusto, pero también de quien no encuentra motivos ni para alimentar esas conversas ni para participar de ellas. Siempre que sea posible, y con sentido de la oportunidad, debe procurar mudar el rumbo de la conversación hacia asuntos más provechosos, o incluso hacia los aspectos más serios del delicado problema sexual.

La mente viciosa se complace en las conversaciones deletéreas, en las imágenes grotescas, en las expresiones irrespetuosas. Escandalizarse delante de esas cosas, o rechazarlas con violencia, es siempre perjudicial y falta de caridad, pues esas personas son las que más necesitan de amparo y orientación. Lo mejor es procurar un medio de ayudarles a liberarse de ese enviciamiento. Y el medio más eficaz es orientar la conversación viciosa hacia aspectos graves, como las consecuencias de los vicios, las situaciones dolorosas en que se encuentran personas conocidas y la conveniencia de tratar el sexo con el debido respeto a las fuerzas creadoras de la Naturaleza.

El espírita, ante ciertos dolorosos casos de inversión sexual¹, se encuentra generalmente ante una gran dificultad. Lo más seguro es

¹ La sexualidad, sea heterosexual o de cualquier otro tipo, puede ser una herramienta utilizada por ciertos espíritus para llevar al sujeto al desequilibrio o la promiscuidad. Pero es también un medio de desarrollo de las grandes

apelar a los conocimientos doctrinarios y al poder de la oración. Ayudar al hermano desequilibrado a luchar valientemente para su propia recuperación, procurando corregir la mente viciosa y mantenerse lo más posible en actitud del que espera y confía en la ayuda de los Espíritus Superiores. Los trabajos mediúmnicos pueden favorecer en gran medida en esos casos, cuando se realizan con médiums serios, conscientes de su responsabilidad y de conducta moral recta. Si no se dispone de elementos así, de absoluta confianza, es mejor abstenerse de esos trabajos, insistiendo en la educación progresiva del hermano infeliz, a través de oraciones, lecturas y estudios, conversaciones instructivas y pases espirituales, aplicados de manera metódica, en días y horas adecuadas. Si el hermano enfermo colabora, con su buena voluntad, los resultados positivos llegan pronto. Porque nadie está condenado al vicio y al desequilibrio, a no ser por su propia voluntad o por su falta de voluntad para reaccionar.

Nuestro destino está vinculado a la manera en que encaramos el sexo. Eso bastaría para mostrarnos la importancia del problema. Es inútil querer huir de él. Lo que hace falta es modificar profundamente las viejas y viciosas actitudes que traemos del pasado y que encontramos de nuevo en la sociedad terrena, todavía profundamente oprimida por sus propias imperfecciones.

potencialidades del alma, una energía creadora hacia el Amor Universal. Una relación de pareja, fundamentada en el amor, sin distinción de orientación sexual, evita y previene muchos de esos desequilibrios. En el ser humano la sexualidad abarca un campo más amplio de la mera función de reproducción, y es frecuentemente, el medio a través del cual se rescatan errores del pasado, se liman enemistades, o se equilibran imperfecciones seculares. (Nota de Salvador Martín)

Encaremos el sexo como una manifestación del poder creador, tratándolo con el debido respeto, y nos transformaremos nosotros mismos, a los demás, transformando la sociedad en que vivimos. El espírita debe ser siempre un elemento apto para promover ese cambio, sin acomodarse nunca a las situaciones viciosas que dominan a las criaturas y las esclavizan, por todas partes, en la tierra y en el espacio.

En conclusión:

- El problema sexual debe ser encarado por el espírita con naturalidad, en vista de la naturalidad de la función creadora;
- El sexo debe ser considerado como fuente de fuerza, vida y equilibrio, debiendo por eso mismo ser respetado y no degradado;
- Entre el desarreglo del pagano y el preconcepto del cristiano dogmático, el espírita debe mantenerse en el equilibrio de la comprensión exacta del valor del sexo.
- No se puede faltar el respeto a las fuentes de la vida, ni enfocar el asunto desde la malicia y la impureza de los hombres.

EL ESPÍRITA Y EL MUNDO ACTUAL

La Tierra está pasando por un período crítico de crecimiento. Nuestro pequeño mundo, encerrado en mezquinas concepciones y estrechos límites, madura hacia el infinito. Sus fronteras se abren en todas direcciones. Estamos en vísperas de una Nueva Tierra y un Nuevo Cielo, según las expresiones del Apocalipsis. El Espiritismo vino para ayudar a la Tierra en esa transición.

Procuremos, pues, comprender nuestra responsabilidad de espíritas, en todos los sectores de la vida contemporánea. No somos espíritas por casualidad, ni porque necesitamos la ayuda de los Espíritus para la solución de nuestros problemas terrenales. Somos espíritas porque asumimos en la vida espiritual graves responsabilidades para esta hora del mundo. Ayudémonos a nosotros mismos, ampliando nuestra comprensión del sentido y de la naturaleza del Espiritismo, de su importante misión en la Tierra. Y ayudemos al Espiritismo a cumplirla.

El mundo actual está lleno de problemas y conflictos. El crecimiento de la población, el desarrollo económico, el progreso científico, el mejoramiento técnico y la profunda modificación de las concepciones de la vida y del ser humano, nos coloca ante una

situación de espantosa inestabilidad. Las viejas religiones se sienten sacudidas hasta lo más hondo de sus cimientos. Llega su decadencia al impacto del avance científico y de la propagación del escepticismo. Incrédulos de los viejos dogmas, los hombres vuelven a la fiebre de los instintos, es un inútil intento de regresar a la irresponsabilidad animal.

El espírita no escapa a esa explosión del instinto. Mas el Espiritismo no es una vieja religión, ni una concepción superada. Es una doctrina nueva, que apareció precisamente para cimentar el futuro. Sus bases no son dogmáticas sino científicas, experimentales. Su estructura no es teológica sino filosófica, apoyada en la lógica más rigurosa. Su finalidad religiosa no se define por las promesas y las amenazas de la Teología sino por la conciencia de la libertad humana y de la responsabilidad espiritual de cada individuo, sujeta al control natural de la ley de causa y efecto. El espírita no tiene derecho a temer y aterrorizarse, ni a huir de sus deberes y entregarse a los instintos. Su deber es uno solo: luchar por la implantación del Reino de Dios en la Tierra.

¿Pero cómo luchar? Este pequeño libro trata de indicar, a los espíritas, varias maneras de proceder en las circunstancias de la vida y en vista de los múltiples problemas existentes en la hora presente. No se trata de ofrecer un manual, con reglas uniformes y rígidas, mas presentar el esbozo de un derrotero, basado en la experiencia personal de los autores y en la inspiración de los Espíritus que nos ayudaron a escribir estas páginas. La lucha del espírita es incesante. Sus frentes de batalla comienzan en su propio interior y llegan hasta los límites más extremos del mundo exterior. Pero el espírita no está solo, pues cuenta con el auxilio constante de los Espíritus del Señor,

que presiden la propagación y el desarrollo del Espiritismo en la Tierra.

La mayoría de los espíritas han llegado al Espiritismo arremetidos por el dolor, por el sufrimiento físico o moral, por la angustia de problemas y situaciones insolubles. Pero, una vez integrados en la Doctrina, no pueden y no deben continuar con las preocupaciones personales que motivaran su transformación conceptual. El Espiritismo les abrió la mente para una comprensión completamente nueva de la realidad. Es necesario que todos los espíritas procuren alimentar, cada vez más, esa nueva comprensión de la vida y del mundo, a través del estudio y de la meditación. Es necesario también que aprendan a usar la poderosa arma de la oración, tan desmoralizada por el automatismo habitual al que ha sido relegada por las religiones formalistas.

La oración es el arma más poderosa que dispone el espírita, como nos enseñó Kardec, como lo proclamó León Denis y como lo acentuó Miguel Vives. La oración verdadera, brotada de lo íntimo, como la fuente límpida brota de las entrañas de la tierra, tiene un poder que el hombre aún no ha evaluado. El espírita debe usar constantemente la oración. Calmará su corazón inquieto y le aclarará los caminos del mundo. La propia ciencia materialista está hoy probando el poder del pensamiento y su capacidad de transmisión al infinito. El pensamiento empleado en la oración lleva además la carga emotiva de los más puros y profundos sentimientos. El espírita ya no puede dudar del poder de la oración, pregonado por el Espiritismo. Cuando algunos «maestros» ocultistas o espíritas descuidados califiquen la oración de muleta, el espírita convencido debe recordar que Cristo también la usaba y también la enseñó.

¡Bendita muleta es esa, que el propio Maestro de los maestros no arrojó a un margen del camino, en su luminoso paso por la Tierra!

El espírita sabe que la muerte no existe, que el dolor no es una venganza de los dioses o un castigo de Dios, sino una fuerza de equilibrio y una ley de educación, como explicó León Denis. Sabe que la vida terrena es apenas un período de pruebas y expiaciones, en que el espíritu inmortal se perfecciona, con vistas a la vida verdadera, que es la espiritual. Los problemas angustiosos del mundo actual no pueden perturbarlo. Él está amparado, no en una fortaleza perecedera, sino en la seguridad dinámica de la comprensión, del aprecio constante de la realidad viva que le rodea y de la que él mismo es parte integrante. Los cambios incesantes de las cosas, que nos revelan la inestabilidad del mundo, ya no pueden asustar al espírita, que conoce la ley de la evolución. ¿Cómo puede él inquietarse o angustiarse, delante del mundo actual?

El Espiritismo le enseña y demuestra que este mundo en el que ahora nos encontramos, lejos de amenazarnos con la muerte y la destrucción, nos realza con la resurrección y una vida nueva. El espírita tiene que enfrentar el mundo actual con la confianza que el Espiritismo le da, esa confianza racional en Dios y en sus leyes admirables, que rigen las constelaciones atómicas en el seno de la materia y las constelaciones astrales en el seno del infinito. El espírita no teme, porque conoce el proceso de la vida, en sus múltiples aspectos, y sabe que el mal es un fenómeno relativo, que caracteriza los mundos inferiores. Sobre su cabeza giran diariamente los mundos superiores, que le esperan en la distancia, y que los propios materialistas hoy procuran alcanzar con sus cohetes y sus sondas espaciales. No son, por lo tanto, mundos utópicos, ilusorios, mas realidades concretas del Universo visible.

Confiando en Dios, inteligencia suprema del Universo y causa primaria de todas las cosas -poder supremo e indefinible, al que las religiones dogmáticas dieron la errónea apariencia de la propia criatura humana-, el espírita no tiene nada que temer, siempre que procure seguir los principios sublimes de su Doctrina. Dios es amor, escribió el apóstol Juan. Dios es la fuente de Bien y de la Belleza, como afirmaba Platón. Dios es aquella necesidad lógica que refería Descartes, que no podemos sacar del Universo sin que el Universo se deshaga. El espírita sabe que no tiene solo creencias, pues posee conocimientos. Y quien conoce no teme, pues sólo lo desconocido nos asusta.

El mundo actual es el campo de batalla del espírita. Pero también su taller, ese taller en el que forja un mundo nuevo. Día a día él debe golpear el yunque del futuro. Cada día que pasa, un poco del trabajo estará hecho. El espírita es el constructor de su propio futuro y el auxiliar de Dios en la construcción del futuro del mundo. Si el espírita retrocede, si teme, si vacila, puede comprometer la gran obra. Nada le debe perturbar el trabajo, en el turbulento pero promisorio taller del mundo actual.

En conclusión:

- El espírita es el consciente constructor de una nueva forma de vida humana en la Tierra y de vida espiritual en el Espacio;
- Su responsabilidad es proporcional a su conocimiento de la realidad, que le ha dado la nueva Revelación;
- Su deber de enfrentar las dificultades actuales y transformarlas en nuevas oportunidades de progreso, no puede ser olvidado en ningún momento;

HERMANO SAULO

¡Espíritas, cumplamos nuestro deber!

EL PROFETA DE TARRASA

Miguel Vives y Vives fue un apóstol del Espiritismo en España. Desencarnó el 28 de enero de 1906, en la ciudad de Tarrasa, provincia de Barcelona, donde desempeñó su fecunda misión. Fundador de la Federación Espírita del Vallés, de la cual surgió la de Cataluña, fundó también el Centro Espírita Fraternidad Humana, de Tarrasa. Fue presidente del Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos. Y, como periodista espírita, fundó la revista «Unión», más tarde incorporada a la revista «Luz del Porvenir»;

No se dedicó a la literatura, mas dejó una pequeña obra reflejo de su trayectoria: esta guía de la vida espírita, que escogemos para abrir la Selección de Nuestras ediciones¹. Este librito es una especie de jugo: la vida de Miguel Vives, y sobre todo su vida espírita, aquí está en su esencia, en los resultados y en las normas en que se

¹ Miguel Vives dejó también otra obra póstuma titulada “Tesoros y Consuelos”, y aunque no la publicó en vida, es resultado de los escritos que entregó a su amigo Jacinto Esteva Marata, en su mayor parte videncias y escritos mediúmnicos, con el visto bueno del propio Vives. Es una obra totalmente desconocida dentro del movimiento espírita español de la actualidad, motivo por el cual la publicaremos próximamente para el conocimiento general. (Nota de Salvador Martín)

transformó, para que podamos beber su savia y seguir sus ejemplos. El Hermano Saulo no se equivoca al decir que el complemento que hizo para este volumen fue también inspirado por Vives, que prácticamente le dictó cada capítulo, escrito con extrema rapidez.

Miguel Vives fue el profeta de Tarrasa (así firmó su libro). Predicó el Evangelio, ejemplificó la vida cristiana y profetizó las tormentas que se abatieron sobre España, concitando a la juventud espírita, como se verá en estas páginas, a prepararse para enfrentarlas. La guerra civil de 1936-39, instaurando el fascismo en el país, realizaba la profecía de Vives: El Espiritismo fue borrado del mapa, sus principales dirigentes sacrificados o desaparecidos, más las palabras y la imagen del profeta no se apagaron. Y la juventud espírita siguió el ejemplo de los cristianos primitivos.

Hace más de cuarenta años que los espíritas españoles viven y profesan su fe bajo un régimen de temor. Miguel Vives y Vives es para ellos una bandera sagrada. Leyendo este librito el lector comprenderá el porqué. Y aprenderá a vivir el Espiritismo¹.

¹ No hemos querido aumentar el número de páginas de esta edición con más datos biográficos del autor que los que originalmente estampó en esta obra J. Herculano Pires, pero en <https://cursoespirita.com> se puede acceder a una amplia biografía del Profeta de Tarrasa. (Nota de Salvador Martín)